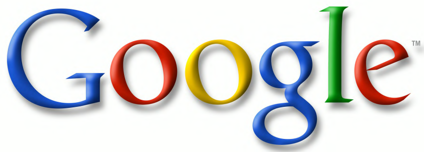
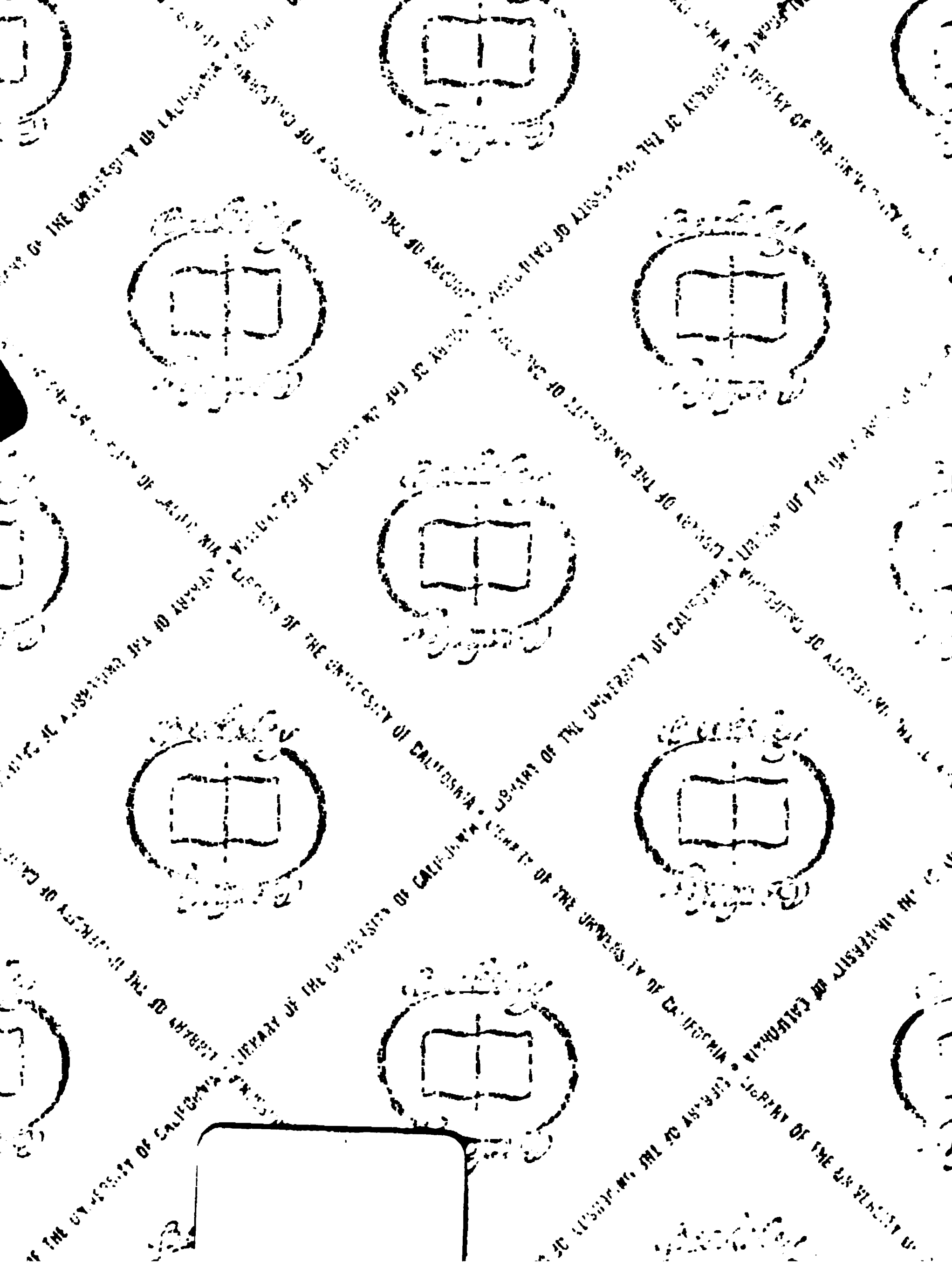
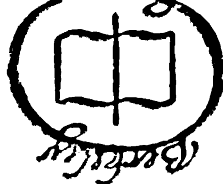
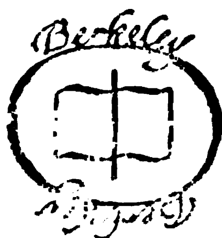
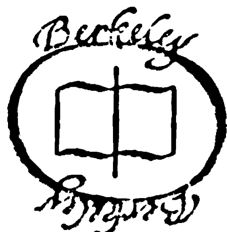
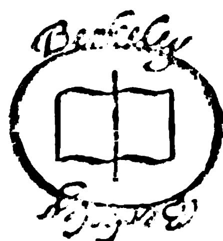
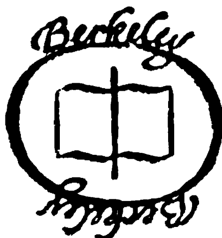
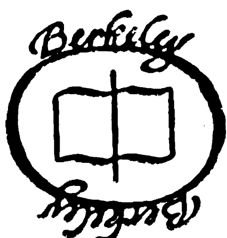
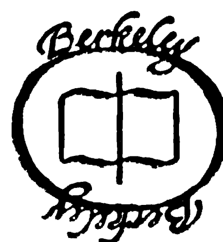





LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA



Berkeley

Berkeley

Berkeley

Berkeley

Berkeley

Berkeley

M. ARAMBURO Y MACHADO

LA Avellaneda



SU PERSONALIDAD LITERARIA



MADRID
IMPRENTA—CAÑOS, 4
1898

La Avellaneda

PERSONALIDAD LITERARIA

DE

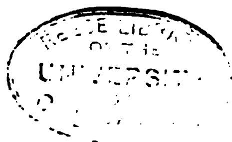
DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO CIENTÍFICO,
LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID
EL AÑO DE 1897

POR EL

Dr. D. Mariano Aramburo y Machado





MADRID
IMPRENTA TERESIANA
4, Caños, 4
1898

Dedicatoria



MUY ILUSTRE SEÑOR:

En la ya larga y agitada ausencia con que al destino plugo separarme de mis nativos lares, ansié mil veces, lleno de patrio amor hácia nuestra hidalga tierra, dar público y fehaciente testimonio de ese levantado sentimiento que dentro de mi alma regía y gobernaba, cual rey absoluto y señor supremo, cuantos impulsos y quereres tenían cabida en lo íntimo de mi ser, como fío en Dios que seguirá rigiendo y gobernando, en los venideros tiempos á que mi vida alcance, los designios de la voluntad y los nobles ardores de mi facultad sensible.

Y lo ansiaba con tanta más vehemencia cuanto más profundo era el duelo que me causaba el ingrato olvido de algunos de mis paisanos, expatriados en todo, hasta en los sentimientos, pensando, horrorizado, en que acaso algún día fuera yo confundido entre los renegados hijos

del país cubano. Torturaba entonces mi amante fantasía, con el poder de la decidida voluntad, buscando el modo de satisfacer el encendido deseo y librarme de la terrible censura; pero en la lucha entre la poquedad de mis dotes y la excelsitud del propósito, el triunfo se declaró siempre por aquella; recelaba de la fortuna la negativa de sus favores, y me atormentaba la idea de que el testimonio fuera pobre, y mezquino y ruín el tributo de mi filial amor al solar camagüeyano... Por ventura muy grande—de esas que expanden el ánimo y truecan en reposo la fatiga del trabajado entendimiento—tengo el poder escribir hoy estos mal perjeñados renglones á la cabeza del presente volúmen, que á Vos me honro en dedicar.

Cuando el año pasado me propuse despertar aquí en Madrid — testigo complacido de la mayor parte de los triunfos de nuestra esclarecida poetisa—el recuerdo de sus creaciones portentosas, guiábame sólo la esperanza de promover, por este medio, la afición de los noveles literatos que no vivieron en aquella época de simpática

obsesión romántica en que salieron á luz, y resucitar en los viejos hijos de las letras, que de cerca las admiraron, la predilección que por ellas sintieron de continuo. ¡Cuánto distaba entonces de mí la idea de que aquellas conferencias del Ateneo habían de proporcionarme, al cabo de no largo transcurso, el medio de satisfacer con hartura ese mi deseo, tan profundo como pertinaz!

Amigos míos, muy queridos y valiosos, de cuya benevolencia no puede dudar la gratitud, aunque sí de su imparcialidad la justicia, extremando el aplauso, juzgáronlas dignas de merecer los honores de la imprenta, y aún hubo alguno que públicamente incitaba al diablillo de la vanidad con encomiásticas instancias, para que me pusiera en la obligación de ceder á sus provocativas tentaciones. Y no porque en el escaso valor literario de mis discursos fiara yo, presuntuoso, el éxito de la empresa, sino porque se me antoja que en ellos brillan, envueltos en acabado simbolismo, los sentimientos que á mi personal empeño interesaba expresar solemnemente,

me decidí muy presto á poner en obra el antiguo proyecto mío y la nueva idea que aquestas halagüeñas recomendaciones me sugirieran.

Fué entonces, en efecto, cuando se me ocurrió asociar á la viva admiración por la inmortal compatriota el férvido cariño que arde en mi pecho hácia nuestro preclaro Camagüey, de cuyo Municipio sois Vos, Muy Ilustre Señor, legítimo representante. Parecióme que así, no pudiendo ser desdeñado por indigno el testimonio, pues que colocado bajo tan altos auspicios serían absueltas las deficiencias de mi ingenio, le aceptaríais paternalmente, dejando cumplido mi deseo. El cual vése hoy al fin colmado, al ofreceros el derecho de reimprimir las adjuntas páginas cuantas veces lo creáis oportuno, empleando los productos de la venta de sus ejemplares en aumentar los fondos que algún día destinéis á la erección de un monumento digno, por su majestad y valor artístico, de la mujer á cuya glorificación se consagre.

Os ruego, Muy Ilustre Señor, acojáis benigno este humilde holocausto, que es prenda sincera

de la profunda y leal afección de vuestro devotísimo siervo

Mariano Aramburo y Machado.

Muy Ilustre Ayuntamiento de la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Santa María de Puerto Príncipe.

CONFERENCIA PRIMERA



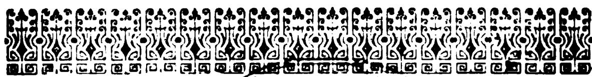
BIOGRAFÍA

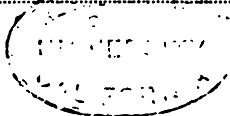
Y

POESÍA LIRICA

PRONUNCIADA

EL DÍA 29 DE ENERO DE 1897





CONFERENCIA PRIMERA

BIOGRAFÍA

Y

POESIA LÍRICA

> *¿Nace para la nada el ser del hombre?*
> *Participando de la infausta suerte*
> *Del cuerpo que la encierra, ¿se hunde el alma*
> *En la insondable noche del sepulcro?*
>
> LAMARTINE.

EMPEÑO temerario y arriesgado intento fué siempre presentar á la consideración ilustrada de un auditorio de reconocida competencia los frutos no sazonados de una labor literaria harto deficiente para que pueda satisfacer las naturales exigencias de un gusto delicado. Más temerario y arriesgado todavía cuando, como en la ocasión presente sucede, el que os habla no cuenta con rico patrimonio de ideas, y carece en

absoluto de esas maravillosas atracciones de la palabra y de esos irresistibles embelesos de la elocuencia que triunfan de las más arraigadas prevenciones, y rinden la voluntad más enemiga, las más tenaces preocupaciones, y hacen sentir los propios y personales sentimientos, y vencen y conmueven los más duros resortes, y agitan las más ténues fibras de la sensibilidad menos impresionable. Insuperablemente peligroso para quien como ahora, sin tan necesarias armas luchando, abandona la modesta condición y el cómodo puesto de puro elemento receptor que en el concierto de las letras ocupó hasta el actual momento, para ejercer, por accidental trastrueque de posiciones, el grave ministerio de la crítica, frente á maestros que la enriquecieron con sus enseñanzas, doctores que la ilustraron con sus juicios, sacerdotes de su culto que defendieron su templo contra las profanaciones de la ignorancia, celosos guardadores todos de los fueros inviolables de su jurisdicción suprema.

Y, sin embargo, señores, ni el conocimiento de mi pequeñez, ni el justo aprecio de vuestros merecimientos, ni siquiera la magnitud de la empresa me hacen retroceder en el camino trazado por desinteresados impulsos de revindicación, que, dominando todo temor y aniquilando toda

duda, doblegaron con suave violencia mi voluntad indecisa, y pusiéronme en el compromiso de departir amigablemente con vosotros. No os cause, pues, asombro si os digo que, siendo discípulo, no me amedrenta hoy la misión del maestro; súbdito humilde en la brillante república literaria, huélgame hoy desempeñar en ella funciones activas; mozo, más aún que por la escasa edad por la cultura escasa, no me infunde remordimiento usurpar hoy la cátedra á los que por su ciencia provecta de derecho corresponde; que siempre fué la bondad compañera inseparable de la ilustración, y la ausencia de toda aspiración egoista y de todo afán de personales éxitos, base segura de perfecta tranquilidad, de completo desembarazo; y grato fué siempre también á las inteligencias cultas, y placentero á los corazones amantes de las grandezas nacionales el despertar de gloriosos recuerdos que, por ser patrimonio común de cuantos viven cobijados por la égida de la patria, enlazan al auditorio y al orador con las cadenas de un mismo sentimiento, de un solo entusiasmo, de una admiración única, siquiera el recuerdo surja y se levante, venciendo al letargo del tiempo, del lecho infausto del olvido, al conjuro de un entendimiento pobre; siquiera la fuerza que lo haga revivir

sea la imaginación estéril, la palabra ruda, el pensamiento vácuo y la expresión incolora.

Pero si la voluntad, pronta á la decisión, no desmaya ni flaquea, en cambio la inteligencia duda y vacila, temerosa de no dar con la forma oportuna que ha de envolver el pensamiento, y recelando no acertar con el medio adecuado y propio de comunicar el entusiasmo y hacer á los demás partícipes de la admiración que mi alma siente hácia el genio profundo y el estro prodigioso de la esclarecida Avellaneda. Porque, ¿cómo hacer que resalten aquí las dotes características de la poetisa que cultivó todos los géneros y en todos dejó impresa la huella de su especialísima individualidad, sin ensanchar los límites, harto próximos, del reducido marco? ¿Ni cómo conciliar la riqueza y extensión del asunto con la estrechez y poquedad del lienzo? Por tales razones, y convencido de que si pretendiese daros idea de la personalidad literaria de la Avellaneda por medio de una sola conferencia, mi propósito fuera burlado por invencibles obstáculos, ante los cuales confieso de buen grado mi impotencia, me ha parecido preferible dividir en cuatro la materia de este estudio, refiriéndoos esta noche los acontecimientos culminantes de la vida de la escritora y las cualidades más

salientes de su Lírica, y dejando para las sucesivas la crítica de sus composiciones épicas y dramáticas.

La vida, en su acepción más ámplia y en su genuino sentido filosófico, no es sólo acto, hecho, realidad y ejercicio; es también potencia, facultad, aptitud, y de las diferencias específicas que dentro de esta vitalidad genérica y común á todo ser animado y á toda la humanidad razonadora distinguen á cada grupo, á cada clase y á cada hombre, dimanan—por natural necesidad de espontánea generación—las tendencias del acto, los caracteres del hecho, el fin personal del ejercicio, la naturaleza de la realidad producida. Hoguera inmensa de pasiones que abrasan, ó fuente cristalina de diáfanas aguas que refrigeran y confortan; volcán furioso de asesinos ódios, ó lago mansísimo de puros amores; torrente desbordado de egoismos que esterilizan y matan, ó manantial purísimo de abnegaciones que regeneran; hiel que envenena, ó nectar que vivifica; abyección ó santidad, crimen ó virtud, credulidad ó escepticismo, desesperación tormentosa ó resignado dolor, el paso del hombre por el planeta que Dios le señaló por accidental morada, obedece siempre á los impulsos de esa parte de nuestro ser que nos informa susbtancial-

mente, y nos anima y nos gobierna, y nos humilla y ensalza, y nos abate y engrandece; porque siendo teatro de la lucha incesante entre las inclinaciones elevadas y los instintos malévolos, entre las altas y las bajas pasiones, se eleva ó degrada y se mejora ó envilece, según que la victoria haya coronado con sus laureles á los aliados del bien ó á los defensores del mal. Infortunada ó feliz, provechosa ó infecunda, la vida externa del hombre—que es solo una parte de la vida—se determina con sujeción rigurosa á los principios que dominan en esa otra vida superior, que es la vida interna, la vida del alma, la vida rectora que inspira y causa y da realidad al hecho posible. Y como la vida actual la constituyen los hechos, y los hechos no son más que manifestaciones de la actividad, y la actividad la resultante del temperamento moral, constituido á su vez por instintos, inclinaciones, hábitos, ideas y sentimientos, este desarrollo de nuestro ser en la armonía de todas sus fuerzas, ó en el desequilibrio que la preponderancia de unos sobre otros elementos origina, explica cumplidamente la mirada penetrante, el esfuerzo creador del genio, que cuando es la ambición, empuña con César el cetro del poder universal; que cuando es el amor, renueva la pasión de Eloisa; que

cuando es la ciencia, descubre con Colón la inmensidad desconocida de un mundo; que cuando es el ascetismo penitente, inflama en divinos ardores el corazón de un San Francisco; que cuando es la poesía, encauza la inspiración, mueve la mano y agita la pluma de la Avellaneda, y escribe páginas de fuego, y sondea los cielos y la tierra, y crea un mundo de bellezas eternas.

Esto os dice por qué es necesario, cuando se trata de juzgar una personalidad que, descollando entre los demás hombres, dejó indelebles muestras de su acción en la ciencia, en la política y en las artes, leer á través de los sucesos los móviles de sus determinaciones, las causas de sus éxitos y los sentimientos inspiradores de sus obras, para lo cual no es preciso, ciertamente, profanar los sepulcros, turbar el reposo de las tumbas ni exhumar los huesos, pues basta penetrar con los ojos del alma, y en cuanto las noticias de que podemos disponer como base de ilustración lo consientan, en las cavidades misteriosas de esa víscera, que por ser reguladora de las funciones primordiales del organismo animado, ha servido para designar por poética trasposición, con su nombre expresivo y gráfico, la preciosa facultad de sentir, que es el motor único de los espíritus apasionados por la idea de lo bello; bas-

ta, repito, señalar la relación entre los acontecimientos capitales de la vida del poeta y las tendencias y direcciones de su fantasía en la producción de la obra bella, que el genio, semejante en esto al pedernal, necesita del choque para estallar en chispas mil de intensa brillantez, por cuya razón bien puede decirse que la vida de los grandes hombres es la clave de sus grandes hechos.

Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda y Arteaga nació el día 23 de Marzo de 1814, en Puerto Príncipe, ciudad de la isla de Cuba, como fruto bendito de castos amores con que á Dios plugo aumentar la ventura del matrimonio entre el bizarro capitán de navío D. Manuel, natural de Constantina, y la virtuosa dama Doña Francisca, hija del Camagüey. Nada he de deciros acerca de su dichosa infancia, al lado de sus padres y en su ciudad natal pasada, ni he de referirme aquí á los destellos vigorosos con que muy pronto se mostró su genio singular, que dominando las pueriles aficiones propias de la edad, la otorgaba la necesaria madurez de juicio para traducir á Corneille, Racine y Voltaire, estudiar á Quintana, imitar á Heredia, inspirarse en las producciones de Calderón y Herrera, Byron y Schiller, leer á Chateaubriand y Walter Scott,

y componer dramas que representaba en unión de sus pequeñas amigas. Tampoco quiero aludir al colosal esfuerzo y ardiente vocación que supone esta labor espontánea y sin directores, en una capital sin teatro, sin centros literarios, y en donde—por causas no tan conocidas como debieran serlo, ni tan lloradas como merecen—la instrucción pública se hallaba en completo abandono, mejor dicho, no existía, pues ni siquiera con una escuela contaba. Queden tan sólo consignadas, como cualidades distintivas de su personalidad, el entusiasmo por la poesía, la perseverancia en el estudio, la firme voluntad é indomable fuerza de carácter con que supo vencer vulgares prevenciones, de que no es raro participaran sus padres, estando tan generalizada en nuestro pais la creencia de que las tareas literarias son incompatibles con la misión social y el papel doméstico de la mujer; oposición que no hizo otra cosa que avivar el sacro fuego del amor al arte, que con éxito tan seguro había prendido en su alma, no de otro modo que el vendabal furioso agiganta con sus violentas ráfagas las llamas, y extiende y dilata los dominios de naciente incendio, haciendo más grande su esfera y más intensos sus resplandores.

La muerte implacable, vestiglo fatídico que

nubla con sus sombras llenas de pavura el límpido cielo de la felicidad más merecida, turbó, hiriendo con certero golpe al esposo, la de aquella matrona distinguida, que aun sin sospechar la gloria que su maternidad había de reportarle en tiempo no lejano, debía ya sentirse orgullosa al contemplar en su hija aquella precocidad sin ejemplo, presagio indudable de su brillante carrera literaria. Pasados los dolores de la viudez, buscó doña Francisca en los consuelos de otra alianza compensación legítima de sus penas, casándose con el coronel Escalada; y la Avellaneda, que lamentando el aislamiento en que sus facultades artísticas se desenvolvían, y la falta de esa comunicación de pensamientos, impresiones y juicios tan necesaria á la vida de la inteligencia, á que el atraso de la sociedad camagüeyana la tenía condenada, vislumbraba que en la exhuberancia y en el florecimiento literario del viejo mundo había de encontrar lo que en Puerto Príncipe le era negado, y deseaba vivamente trasladarse á Europa, vió sus anhelos logrados, cuando en 1836 su familia abandonó la isla y se dirigió á Francia, arribando á Burdeos, donde permanecieron algunos meses, yendo después á residir á la Coruña, suelo natal de su nuevo padre.

Contaba á la sazón nuestra escritora veintidós años, y tanto por la influencia indeleble que el medio ejerce en la primera juventud—influencia que no se borra jamás en el transcurso de los años,—como por la preparación laboriosa que adquirió en su patria con el estudio de los buenos modelos que formaron su gusto y definieron su vocación, no puede decirse con absoluta verdad que la Avellaneda pertenece enteramente al mundo literario europeo, por más que aquí se perfeccionaran sus aptitudes, sus facultades se desarrollaran, y se exteriorizaran en abundantes manifestaciones, solamente iniciadas en Cuba, las singulares dotes de su fecundo genio.

Entonces experimentó su alma una emoción nueva, llena de profunda melancolía, que sirvió para acrecentar más y más su afición á las bellezas literarias, cuyos íntimos consuelos calmaban los dolores de aquel corazón exquisitamente sensible: el aire que refrescaba sus sienes abrasadas por los ardores de la vigilia no era el aire lleno de aromas que aspiraba en la tierra americana, sino el Aquilón bramante y el cierzo helador de las septentrionales regiones; el sol que alumbraba sus ojos no era el esplendoroso sol cubano, sino el pálido y nuboso que luce discontínuo entre las brumas del Norte; la

naturaleza en que su vista se espaciaba no era la riente naturaleza llena de color que engalana los paisajes de su isla, sino la parduzca desnudez del aterido invierno; los arrullos que impresionaban su oido no eran los blandos y acariciadores arrullos de las ondas tranquilas que se mecen en el plácido Caribe, sino los silbantes y lúgubres gemidos de las enfurecidas olas que agitan el tempestuoso Cantábrico, que no en vano las claridades del espíritu humano nacen, lucen y se extinguen en el maternal regazo de la ingente naturaleza material...

De la nostalgia del patrio solar fué curándose la bella hija de los trópicos, merced al hábito de la nueva vida y á la semejanza que con la tierra cubana encontró en la andaluza tierra, á donde se trasladó al cabo de dos años de su venida. Visitó en Constantina la casa natalicia de su padre; trató en la antigua Hispalis al ilustre poeta don Alberto Lista, de quien mereció halagüeños encomios; publicó en Cádiz sus primeros versos con el pseudónimo de «La Peregrina», en las columnas de *La Aureola*, periódico dirigido por el insigne crítico D. Manuel Cañete; fué objeto de justas alabanzas y lisonjeras distinciones por parte de la prensa literaria y de los poetas de más renombre del Mediodía; conquistó envidia-

bles lauros en los Liceos de Sevilla, Granada y Málaga, y precedida de la fama que estos triunfos y estos juicios la habían labrado, vino á Madrid en 1840, inaugurando la época de su febril actividad y de sus éxitos ruidosos.

Aquel Madrid romántico de mediados del siglo que agoniza; aquel Madrid noblemente impresionable que compartía sus aficiones á la política con su entusiasmo por las artes, y sus bélicos regocijos con sus tributos de adoración á la poesía; aquel Madrid en donde la plutocracia sólo asomaba tímidamente la cabeza para retirarse vencida y humillada por los talentos del estadista, las creaciones del poeta y los laureles de la gloria militar; aquel Madrid en donde los discursos parlamentarios, los pronunciamientos osados y los versos sonoros absorbían la atención y preocupaban el ánimo de toda la sociedad, en donde los negocios bursátiles pasaban desapercibidos y en donde el Liceo alcanzaba tanta importancia como el Congreso; aquel Madrid recibió con palmas á la valiente poetisa, la colmó de agasajos, la rindió homenajes y la colocó desde el primer momento en el rango de los mejores poetas. Y D. Juan Nicasio Gallego con todas las bravuras de su musa heróica, Quintana con todas las bellezas de su inspiración pa-

triótica, Zorrilla con toda la lozanía de su estro vigoroso, García Tassara con todos los vuelos de su intuición brillante, Espronceda con todas las genialidades de su fecundo escepticismo, Pastor Díaz con todas las aromosas flores de su poética fantasía, Alarcón con toda la luminosa espontaneidad de su vívido númen, y Hartzenbusch, Bretón, Roca de Togores y cuantos poetas de verdadero mérito vivían por entonces en la coronada villa, honráronse con su amistad, mostráronle su admiración y tratáronla como á hermana y compañera en el artístico culto de las musas inspiradoras. La primera colección de sus poesías apareció en 1841, encabezada con un hermoso prólogo debido á la elocuente pluma del cantor del *Dos de Mayo*, que por sí solo, y aunque se hubieran perdido las obras que justamente ensalza, constituiría testimonio irrecusable y fehaciente de los méritos poéticos de la Avellaneda. Publicáronse luego las novelas *Sab* y *Dos mujeres;* más tarde *Espatolino* y *La Baronesa de Youx*. Dando vuelos á la afición dramática que en los primeros años despertara en su alma, levantó la caída tragedia clásica con su inmortal *Munio Alfonso;* escribió después *El Príncipe de Viana* y *Egilona*, y en 1845 obtuvo uno de esos éxitos que inmortalizan un nombre.

Ocurrió esto con motivo de un certámen, que por iniciativa de D. Vicente Beltrán de Lis abrió el Liceo madrileño, para premiar las dos odas que mejor cantaran la clemencia de la Reina, que acababa de dar inequívoca muestra de este piadoso sentimiento, indultando de la pena de muerte á varios reos políticos. Quiso con ello el Sr. Beltrán de Lis tributar una ofrenda de respeto á la memoria de un ilustre deudo suyo, víctima de los rigores de la justicia, que en aquella ocasión no había sido dulcificada por la piedad, y al efecto hizo entrega de la suma necesaria para los premios. Cuando terminada la deliberación y escogidas por el jurado las dos mejores composiciones, abriéronse los pliegos correspondientes, vióse con general sorpresa que la premiada con el accésit llevaba la firma de la Avellaneda, mientras que la agraciada con el primer premio aparecía suscrita por D. Felipe Escalada, nombre hasta ese momento desconocido entre las gentes de letras. Los miembros del jurado, los socios del Liceo, los literatos y el público todo diéronse á averiguar, en medio del asombro que la novedad del suceso les causara, quién podría ser el campeón esforzado que con tales bríos escalaba en brillante justa la disputada primacía, y de sus inquisitorias re-

sultó que el improvisado vate era un oficial de ingenieros, hermano de madre de la señorita Avellaneda, la cual, no sé si porque considerara esta composición de menos valía que la presentada con su firma, tomó el nombre de Escalada para disfrazar el anónimo de que sin duda quería revestirla. La noticia de este doble triunfo, del cual, en opinión de Pastor Díaz, no ofrecían ejemplo los fastos de los certámenes literarios, llenó de admiración á todos y fué acogida con general clamoreo de entusiasmo, sentimientos de que quiso dar el Liceo público testimonio en una sesión solemnísima que se celebró en sus expléndidos salones, y aunque la bulliciosa animación que siempre en ellos reinara empezaba entonces á declinar, aquella noche lució como en los mejores tiempos su importancia y sus prestigios, dando albergue á lo más selecto de la corte, que acudía á aclamar á la genial poetisa y á dar realce á su coronación, llevada á cabo por S. A. R. el Infante D. Francisco, colocando sobre las sienes del trovador femenino la ambicionada corona de laurel.

Queriendo recompensar con los consuelos de un afecto compasivo, ya que no con las dulzuras de la pasión amorosa, la tierna predilección y el profundo cariño que con firme perseveran-

cia venía consagrándole el entonces jefe político de Madrid y diputado á Cortes, D. Pedro Sabater, jóven aún, pero minado por traidora dolencia que abreviaba con funesta rapidez sus días, y aunque no se ocultaba á la Avellaneda que la misión que el nuevo estado le imponía iba á ser la de hermana de la caridad, y aunque con razón presumía que el tálamo nupcial iba á trocarse bien pronto en mortuorio lecho, se resolvió al sacrificio y dióle su mano, impulsada por los dictados de su generoso corazón. No tardaron en cumplirse sus predicciones, pues á los pocos meses de su boda y al regreso de París, á donde había llevado á su esposo casi moribundo en busca de eminentes pareceres facultativos, detiénese en Burdeos para recoger el último suspiro de su infortunado compañero. Viuda y en suelo extranjero, su espíritu, abatido bajo la pesadumbre de la soledad, se echa en brazos de la religión y se encierra en el convento de Loreto de aquella ciudad, permaneciendo en él algunos meses, y dando rienda suelta en el sosiego de aquel santo retiro á los fervores de su cristiana devoción, de la que nos ha dejado imperecederos testimonios en sus bellamente sentidas elegías.

Vuelve á España, y continuando sus litera-

rias empresas, da á luz su novela *Guatimozin*, á la que no tardó en seguir *La velada del helecho*; entrega á la empresa de la Publicidad un devocionario, compuesto en los primeros días de su viudez; presenta á la Junta del Teatro Español el drama *Recaredo*; concluye las novelas *Dolores* y *Los merodeadores del siglo XV*, que por extravío del original no llegó á publicarse; hace representar su tragedia bíblica *Saul*; corrige su primera colección de poesías, y enriquece el patrimonio de las musas españolas con un nuevo tomo de composiciones líricas, á que pone delicado remate la hermosísima expresión de tiernos afectos que la hizo sentir la amistad entrañable de su gentil paisana, la señorita doña Leocadia de Zamora. Pero aquellos suaves acentos y aquellas dulces melodías con que supo dar artísticos matices á las expansiones de una afección serena, no fueron las últimas de su arpa divina, como la poetisa con evidente error anunciaba; todavía quedaban en el sonoro instrumento secretos de armonía y vibraciones de amor, todavía sus cuerdas guardaban suspiros que serían exhalados al soplo de la brisa, y su caja de resonancia encerraba conciertos que difundirían por el espacio sus ecos fragorosos, al choque de bramadores huracanes; todavía aquel

espíritu poético, tan trabajado por los pesares, ocultaba en lo profundo de sus intimidades, tesoros de entusiasmo, como la tierra oculta en el remoto seno de hondo venero, las fecundantes aguas, que brotando con violencia van á dar humedad y frescura al suelo calcinado.

Bien pronto lo probó nuestra escritora, que sobreponiéndose á los dolores de su alma, sacudiendo el natural desaliento que la prolongada lucha engendra, sin dar reposo á la pluma ni al pensamiento descanso, sacó á la publicidad de la escena *Recaredo, La verdad vence apariencias, Errores del corazón, La hija de las flores* y, sucesivamente, *El donativo del diablo*, fundado en la leyenda que lleva por título *La velada del helecho, La aventurera, La hija del Rey René,* y *Baltasar,* obras todas que merecieron del público nuevas demostraciones de predilección y simpatía.

Hasta entónces la vida literaria no había tenido para ella más que satisfacciones, goces y triunfos nunca amenguados por la más leve sombra de fracaso; desde entónces comenzaron para ella las contrariedades. Sea porque la magnitud de su talento excitara en ciertos ánimos sentimientos poco dignos, ó quizá porque se hiciera palpable una vez más la verdad del dicho de La-

martine, aplicado al poeta perfecto: «la incredulidad y la envidia le siguen á todas partes... las mujeres, los niños y los jóvenes le escuchan cantar en secreto, ocultándose de los viejos, porque aquellos cantos corresponden á las fibras aún vírgenes y sensibles de sus corazones,» lo cierto es que en los estrenos de *La Sonámbula* y *Tres amores* viéronse patentes los efectos de cruel enemistad, mostrada por las vulgares artes de una mano misteriosa que ocultó su cobardia en la incertidumbre del anónimo.

Lo ocurrido con ocasión de su candidatura para un asiento de la Academia Española, contribuyó no poco á aumentar el disgusto que los indicados sucesos causaron en su ánimo. Tratábase de cubrir la vacante producida por muerte de D. Juan Nicasio Gallego, y varios académicos amigos de la Avellaneda invitáronla reiteradamente á presentarse aspirante; repugnaba ella hacerlo, fundada en las prevenciones que contra el sexo débil suelen salir á luz en casos parecidos; pero se le arguyó que existía algún precedente y que la docta corporación había en otro tiempo contado una señora entre sus miembros, y como los precedentes son en nuestro país fundamento primordial de todo derecho, decidióse la poetisa á satisfacer los amistosos deseos de sus

compañeros en las letras. Quiso todavía retirarse al ver que su instancia coincidía con la de un caracterizado político, que, á fuer de galante, prometióle emplear sus influencias y sus votos en favor de la candidatura femenina. Confiada en esta promesa, la Avellaneda—que nunca por espontánea determinación se hubiera comprometido en semejante aventura, y en ningún caso hubiera luchado contra contingencias, por mínimas que fuesen, de salir mal parada del académico trance—esperó tranquilamente la elección, con gran habilidad preparada, y que había de dejar rastro de enemistades y semilla de disgustos. Contaba la antigua *Peregrina*, además de la promesa de su rival, con el apoyo decidido de los Sres. Pastor Diaz, duque de Rivas, Pacheco y Apecechea, entre otros académicos, que constituian la parte más ilustre de aquel organismo literario, y para que fuera más fácil el trabajo de sus admiradores, contaba también con la voluntad expresa del ilustre difunto cuya sucesión se ventilaba, quien al terminar el prólogo con que presentó al público la primera edición de poesías de la Avellaneda, la proclamó solemnemente académica. A pesar de todo, la Avellaneda fué derrotada: la Academia reconoció sus altos merecimientos; pero resolvió, aunque por es-

casa mayoría, que el bello sexo no tenía entrada en su seno, dejando así irrealizada la profecía, é incumplida la voluntad del cantor eminente de la independencia nacional, voluntad que, dadas las circunstancias, se presentaba á la opinión general con todos los caracteres de una institución de heredero.

De un aspecto muy interesante de la vida de la escritora he de hacer especial mención, porque lo merece de modo muy cumplido la índole del sentimiento que en él campea. Me refiero al erotismo pasional que hizo presa en el sensible corazón de aquella mujer privilegiada, nacida para sentir y cantar amores, los cuales sólo una vez despertaron intensos y ardorosos, prendiendo en su alma el fuego de la vehemencia más arrebatada. Esto parece que sucedió á la vista y con el trato de un genial bardo sevillano, de artística testa, luciente mirada y gallarda apostura, quien no abrigando, á lo que se ve, iguales inclinaciones hacia su apasionada amante que las que él á ella supo inspirar, laceró con profundo doloroso desengaño el generoso espíritu de la desdeñada dama.

De cuánto es capaz de sentir en este caso desgraciado una mujer impresionable y á la vez digna, creyente, y uncida, á pesar del desvío,

al yugo tirano de un amor invencible, nos ha dejado la Avellaneda grandilocuente muestra en los bellísimos serventesios que llevan por título *Á Él* (I).

Había empezado, repito, la era de sus desgracias, y un nuevo golpe de índole doméstica vino á herir sus delicados sentimientos de ejemplar esposa. Hácia mediados del año 55, y próximos los nueve de su viudez, había contraído matrimonio con D. Domingo Verdugo, coronel de Artillería, gentil-hombre de cámara y ayudante de campo del rey D. Francisco de Asís. Tres años iban á cumplirse de aquella boda, que, apadrinada por los reyes, y protegida al principio por la fortuna, no parecía encerrar gérmen alguno de disgusto para la respetable dama; mas la Providencia dispuso las cosas de modo diferente al previsto por el humano cálculo, y en Abril del 58 el Sr. Verdugo, á quien sus ideas liberales habían envuelto en la caída del Gabinete O'Donnell, privándole de su cargo palatino, y á quien el calor con que combatía en el Congreso contra el partido moderado le había atraído la odiosidad de ciertos elementos, fué objeto de repugnante crimen y cayó herido por aleve puñal que, atravesándole un pulmón, le condenó á próxima muerte. Casi pudo atribuirse á milagro

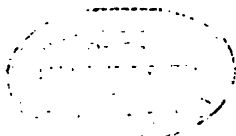
que el Sr. Verdugo, que había visto abierto su sepulcro por espacio de más de dos meses, no pasara de los bordes de aquella fúnebre sima, y que todavía le quedaran fuerzas para marchar, en unión de su esposa, á los Pirineos franceses, donde había de tomar las aguas prescritas por los médicos. En aquellos agrestes parajes estuvieron hasta principios del invierno en que regresaron á España, recorriendo varias poblaciones del Norte y Levante, en las cuales recibieron numerosas pruebas de adhesión y afecto; pero las que más se distinguieron en hacer patente su admiración por la mujer extraordinaria que las honraba con su visita, fueron Barcelona y Valencia: la primera escogió su grandioso coliseo para marco del brillante homenaje que tributó á la autora de *Munio Alfonso,* y queriendo que en la ovación delirante de que la hizo objeto tuvieran parte las clases todas de la sociedad, agrupó á las puertas de la Capitanía general— en cuyo palacio la amistad del Marqués de Castelflorite, que ejercía á la sazón el mando militar en la ciudad condal, otorgó al distinguido matrimonio afectuosa hospitalidad — nutridísima representación de la culta clase obrera catalana, que, bajo la dirección inteligente del insigne Clavé, entonó magnífica serenata; la se-

gunda, aparte otros obsequios, abrió su brillante Ateneo para recibirla, y en él celebró solemne sesión apologética.

Nombrado para el Gobierno general de Cuba el Conde de San Antonio, en 1859, la Avellaneda, á quien alentaba la esperanza de que el clima de la privilegiada Antilla influyese favorablemente en la quebrantada salud de su esposo, decidióle á aceptar el ofrecimiento que el nuevo Capitán general le había hecho, y sacrificándolo todo por la vida de su enfermo, atravesó de nuevo los mares que de su pais la separaban, resueltamente resignada á privarse para siempre de la compañía consoladora de su anciana madre. La sociedad cubana aprovechó aquel suceso que le devolvía su hija predilecta, para honrar el genio que la dió gloria, entregándose á públicos transportes de patriótico entusiasmo: el Liceo de la Habana, representante legítimo de las letras cubanas, movido por el entusiasmo más ferviente, consiguió que sus homenajes de admiración excedieran en brillantez á todos los que en la Península había recibido la Avellaneda, y cuanto mi árida y pobre palabra os dijera acerca del acto realizado en el gran Teatro de Tacón la noche del 27 de Enero de 1860, sería asaz insuficiente para daros clara idea de la

oriental suntuosidad, de la magnificencia incomparable de aquel espectáculo, descrito con vivos colores por la pluma correcta y acreditada de D. F. Javier de Balmaseda, testigo presencial de aquella segunda coronación con que Cuba entera testimoniaba, por elocuente modo, el maternal orgullo de que se sentía poseíada... Y ¿qué deciros de su visita á Puerto Príncipe, y de las apasionadas muestras de cariño que de sus nobles comprovincianos recibió, y de aquel viaje triunfal por la Isla, que será siempre memorable en las páginas de la historia cubana?... No hay colores en mi paleta, ni mi pincel tiene bríos bastantes para describirlo; así, pues, ciérrese mi boca, enmudezca mi voz y supla vuestra imaginación las faltas de mi pintura...

No fué infructuosa su estancia en Cuba, ni perezosa su actividad durante los años de su *paraíso*—como solía llamar la Avellaneda á los cuatro que en su tierra pasó por entonces,—pues alternando sus trabajos de publicación con las faenas periodísticas, fundó y dirigió una revista literaria, *El Album*, que ganó gran crédito en toda la América latina, y cuyo número de suscriptores excedía notablemente al que en España había logrado hasta entonces la más favorecida por el público, y, al mismo tiempo, dió á



luz su novela *El artista barquero*, y llenaba sendas columnas del popular *Diario de la Marina*, con el ameno relato de sus impresiones de viaje.

De aquel dulce sueño de felicidad en que veía correr la existencia vino á despertarla, con brutal sacudida, el desenlace funesto de la enfermedad que minaba la vigorosa organización de su marido. Cerróle los ojos con piadoso amor, y abatidas las energías de su alma bien templada, rendida la varonil fortaleza que siempre la había sostenido, la desolada viuda, cansada ya de la lucha sin término con la realidad inexorable, dirigió la vista al cielo, y elevando su corazón á Dios, único objeto de amor que no sucumbe caduco, resolvió consagrarle por entero las ternezas del suyo. Este propósito decidido de pasar el resto de sus días en el retiro del claustro hubiera tenido inmediato cumplimiento á no haber llegado á Cuba uno de sus hermanos, con objeto de impedirlo; á sus exhortaciones y al dictámen de los médicos que la aconsejaron un largo viaje debióse el desistimiento, y en Mayo de 1864 arribó con su hermano á los Estados Unidos, visitando las cataratas del Niágara, cuya maravillosa grandeza le inspiró todavía canto armonioso, no obstante los dolores de su viudez y el peligro indudable—capaz de infun-

dir miedo á otro poeta de menores vuelos—de tratar un asunto que había hecho inmortal el plectro ardiente del melancólico Heredia, al herir con bravo impulso las finas cuerdas de su dulcísimo salterio.

Al cabo de dos meses se dirige á Europa, desembarca en Liverpool, visita Londres y París, y á principios del otoño vuelve á la corte de España, campo de sus glorias, que abandona á los pocos días, huyendo de los desapacibles vientos del Guadarrama, para marchar á Sevilla, donde se establece definitivamente, y en donde, con excepción del drama *Catilina*, la pieza cómica *El millonario y la maleta* y la colección de sus obras que dió á luz en 1869, pasó los últimos años de su vida, desligada de mundanales intereses y aspiraciones terrenas, y consagrada exclusivamente á trabajos de índole religiosa, á la práctica de las virtudes cristianas y al fervoroso ejercicio de su acendrado misticismo.

Tal fué, señores, su vida: fecundísima para las letras y espejo de perfección para las damas que quieran ver su nombre enaltecido con el virtuoso cumplimiento de sus deberes sociales y la honrosa ejecución de las obligaciones sagradas que de la mujer reclama, con el imperio indiscutido de una necesidad fundada en la misma

naturaleza, aquel difícil ministerio, lleno de ternuras y suavidades, que se ejerce allá en la íntima escena del hogar; que será bendito, si la mujer lo santifica con sus virtudes; honrado, si lo alumbra con sus bellos sentimientos; tranquilo, si lo anima con su plácida influencia; perpétuamente dichoso y respetado, si lo ennoblece con los timbres—mil veces más ilustres que los de la prosapia más remota—de su abnegado amor, fundamento robusto y base inconmovible de toda bienadanza y ventura. Las dotes de la inteligencia y las bondades del corazón se aunaron en ella de un modo perfectísimo: con igual dignidad vistió el modesto delantal y se calzó el regio coturno; con el mismo cariño pulsó su mano la melodiosa cítara y prodigó caricias y cuidados al enfermo querido; con la misma fuerza quiso á los suyos y amó á sus obras, y con el mismo amor que á éstas consagró, hubiera también amado—de haberlos tenido—á los hijos por el cielo deparados, que si aquellas reciben la vida á costa de intelectuales esfuerzos y espirituales congojas, estos no reciben la luz del sol sino á costa del seno que se desgarra, de las entrañas que se abren y de la envoltura carnal toda que se conmueve con dolorosos estremecimientos.

Si en los labios de alguno asoma la interroga-

ción dudosa y en alguna inteligencia apunta el escepticismo incrédulo, y alguna voz profiere osada el reparo injusto, bajo la nociva influencia de frases vertidas al calor del entusiasmo y que sólo la apariencia tienen de ingeniosas, yo contestaré—con la energía da la verdad y con acento de convicción fundada—que quien al celibato prefirió el matrimonio, con tan señalada preferencia que dos veces se sometió espontánea á la nupcial coyunda, dió testimonio irrecusable de que, como otra cualquiera de su sexo, estimaba esta situación como el estado perfecto de la mujer que no se desposa con Dios; que quien, premiando generosa el amor de un hombre enfermo, le da su mano sin sentir por él pasión erótica y sólo para dulcificar los sinsabores de una existencia condenada á próximo fin, probó suficientemente que en su alma anidaban todas las delicadezas del sentimiento femenino; que quien, con ternura solícita y asiduidad constante, desempeñó en trance tan penoso las obligaciones de esposa amantísima, domeñando con las energías del espíritu los desmayos del cansado cuerpo, privándose casi en absoluto del necesario reposo para no separarse un momento del lecho en que yacía casi exánime su infortunado compañero, y soportando con varonil entereza y en circunstan-

cias tales las fatigas de un largo viaje realizado en busca de la ansiada salud, demostró con hechos incontestables que poseía un corazón bien dispuesto al sacrificio; que en fin, quien en su segundo matrimonio y porque no fuese lícita la duda, repitió con igual desinterés las mismas abnegaciones, ofreció ejemplo admirable de las más grandes virtudes con que puede adornarse la bella mitad del humano linage.

«¡Es mucho hombre esta mujer!» exclamó rebosando admiración uno de los mejores escritores de la época al oir de labios de *Munio Alfonso* aquella furiosa invocación con que termina el tercer acto de la tragedia; «no es una poetisa, es un poeta», profirió sentenciosamente en ocasión análoga otro literato, queriendo dar idea de la capacidad genial de la Avellaneda; mas el alcance de aquella hipérbole calumniosa que altera substancialmente la naturaleza del objeto encomiado, y el sentido de esta afirmación inexacta que revela el superficial concepto que de la poetisa había el autor formado, y que por abarcar—aunque con notorio error—la total personalidad de la escritora se prestan á interpretaciones demasiado generales, deben limitarse, en rigor, al sentido y al alcance que les quiso dar la intención; es decir, que deben tomarse

por expresiones poco afortunadas de admirativos juicios que están muy lejos de afirmar que la Avellaneda se halló inconforme con su carnal vestidura, ó renegó de su sexo, ó hizo repulsivo alarde de cualidades que al contrario sexo corresponden. No: la Avellaneda—lo habeis visto —fué una prueba viviente de la cabal armonía, de la perfecta compatibilidad con que es posible fusionar el culto de las letras y el doméstico culto, los deberes de familia y las tareas poéticas.

Ocioso es decir que quien como la Avellaneda se mostró tan mujer en todo que hasta—por no dejar de serlo nunca—cayó en la debilidad común á su sexo de rebajar la cifra de sus años, razón por la cual, y al decir de Menéndez Pelayo, la fecha de su nacimiento aparece equivocada en casi todas las biografías, no había de poner careta á su alma cuando la retrató en su bellísima poesía lirica, que por ser la más íntima y honda, la más subjetiva y personal, la más humana y psicológica, constituye siempre, y á veces aun en contra de la voluntad del poeta, la traducción exacta al literario lenguaje del mudo lenguaje del alma, la reproducción fidelísima, por medio del arte, de los sentimientos que dominan el espíritu. Verdad es que la Avella-

neda canta con entonación tan brillante y su lirismo es tan grandilocuente, su expresión tan robusta y sus pensamientos tan profundamente enérgicos, que nada tiene de extraño que el conjunto de estas raras y excelentes cualidades inspirase, al ser juzgado con ligereza y por impresión, aquellos juicios que sólo encierran una parte de la realidad apreciada, como resultado que son del exámen parcial del objeto, de la contemplación de uno solo de sus aspectos; pero es también cierto, que al lado de estas condiciones de talento varonil, brillan otras que sólo se dan en almas de mujer, y que—como dice con razón el ilustre profesor citado—«lo femenino eterno es lo que ella ha expresado y es lo característico de su arte... y lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentos y naufragios del alma femenina».

Aunque en la apariencia las dos opiniones son inconciliables, se armonizan, sin embargo, maravillosamente, haciendo brotar la verdad perfecta, desnuda de todo error y despojada de toda mancha. Sí; la Avellaneda siente como mujer y

se expresa como hombre; posee la ternura femenina y la varonil energía; es una poetisa que sabe cantar como poeta, y un poeta que se transforma fácilmente en poetisa; es la majestad y la sencillez, la elevación y la llaneza, el huracán y la brisa, el furor y la calma, las pasiones y los éxtasis, y poseyendo como nadie la sintética y equilibrada combinación de estos opuestos caracteres, constituye una personalidad originalísima en nuestra Literatura, y muy poco frecuente en la historia del arte poético. La clave de esta misteriosa dualidad la dió, en elocuente protesta contra los absorbentes fallos del sexo fuerte, la inspirada escritora doña Carolina Coronado (II), probando que hay talentos que tienen la doble facultad repartida en los dos sexos; que esta dichosa flexibilidad no es obra del arte sino del sentimiento, que, por espontáneo esfuerzo del genio, se identifica con el sexo que pinta, y que en el conjunto de ambas cualidades estriba la perfección del genio. De aquí la universal grandeza del que lució en la Avellaneda, á quien unánime ha otorgado la crítica *la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos*; sin rival fuera de España, á no remontarnos para buscárselo á los gloriosos tiem-

pos de la poetisa de Lésbos, pues aún la gentil y felicísima Victoria Colonna, antorcha del Renacimiento, que con ella mantiene alguna semejanza, le es notablemente inferior en la moción de los afectos, que pierden mucho de su natural encanto cuando la Marquesa de Pescara los reviste de aquella fría y vaporosa serenidad en que flotan sus versos.

Como caracteres generales de su Lírica pueden señalarse: la profunda naturalidad del sentimiento, causa indudable de la sinceridad y apasionamiento de la expresión, tan fervorosa y mágica en la Avellaneda como puede serlo en Musset, Espronceda ó Zorrilla; la grandeza de los conceptos y la brillantez de los pensamientos, y el íntimo enlace y absoluta identificación entre lo pensado y lo sentido, cualidad que constituye su manera habitual en la poesía, y que, en fuerza del hábito, produce algo así como una auto-sugestión artística, cuando el compromiso ó la amistad la obligan á cantar asuntos que no concibió espontáneamente.

No es extraño que, poseyendo un talento con tan rara perfección equilibrado, supiera armonizar por peregrino modo cualidades que á primera vista se repelen, como tampoco es sorprendente que, estando enriquecida con las energías de

una excitabilidad sumamente delicada y las dotes de una sensibilidad por extremo impresionable, diese franca acogida en su pecho y cantase en sus versos al sentimiento humano por excelencia, el amor; pero no el amor circunstancial de una época de la vida, ó la pasión exclusiva y dominante que un objeto inspira, sino el amor en todas sus fases y manifestaciones, en todas sus esferas y desenvolvimientos. Amor divino que la fé enciende y al alma transporta á místicas regiones de calma y placidez nunca soñadas; amor humano que agita y perturba el corazón con indeterminado anhelo, ó le llena de gozo delirante con las dulzuras de la posesión, ó le inunda de amargos pesares cuando el ingrato desvío ó el orgullo asesino le escarnecen y humillan; amor poético, ideal y artístico, que regocija el apenado espíritu y despierta sus dormidas potencias con el culto ferviente de inmateriales bellezas; amor universal á Dios, á la criatura y al arte, que impulsa, dirige y regula las facultades todas de nuestra poetisa, anima y fomenta sus obras y da vida á sus creaciones; sed de amor, siempre ardiente y jamás saciada, que abrasa y consume su pecho, y la lleva á convertir el desaliento y el hastío que acongojan su alma en fuente preciosa de inestimable poesía.

También siente y comprende la hermosura de la naturaleza, expresando—aunque con esa vaguedad que caracteriza á nuestros poetas naturalistas, observada ya por el eminente Valera—las bellezas del cosmos que admira en su conjunto, sin descender á pormenores de paisaje—los cuales no suelen encontrar ecos muy vibrantes en los talentos concentrados en sí mismos y esencialmente generalizadores,—y canta en lindas y primorosas descripciones, esmaltadas con frases de oriental galanura y dulce melancolía, y bordadas con la destreza y facilidad de una versificación suelta, tersa y clara, justamente elevada al rango de inmejorable modelo.

Yo no sabré precisar si esa generalidad que domina en sus poesías naturalistas procede de la falta de observación, ó es efecto inevitable de la índole de su temperamento sintético; pero lo que puedo asegurar, y mis oyentes comprobar con la lectura de sus composiciones, es que el talento descriptivo que la autora poseyó en alto grado—según reconoce gustoso el crítico antes citado—brilla con intensos resplandores en todas sus obras, señaladamente en *El pescador*, *A un cocuyo*, *La primavera*, *A vista del Niágara* y, más que en ninguna, en *Paisaje guipuzcoano* (III); y que las encantadoras lindezas que en todas sus

pinturas difundió su estro genial, engendran en el ánimo del lector cierta gratísima impresión en que tienen igual parte la delicadeza de lo bonito real y la profundidad de lo sublime fantástico.

Táchasela también de la escasa resonancia que en su lira encontró el patriotismo, el amor á la libertad y á la filantropía, y el castizo escritor aludido busca el secreto de estas omisiones en la diferencia entre los sentimientos varoniles y los de la mujer; pero yo me permitiré, usando de todos los respetos debidos al gran maestro, comentar este juicio, consignando algunas reflexiones que—á mi modo de ver—aclaran las causas de tales deficiencias.

Que la Avellaneda pudo y supo sentir como hombre, sin dejar de ser mujer, pruébanlo no sólo sus obras, sino el brillante pugilato acerca de su sexo artístico de que he hecho mérito anteriormente. No creo por esto que á la fé católica de que tan ardientes pruebas dió la poetisa, ni al miedo del ridículo con que en España suele castigarse la ciencia femenina, deba atribuirse la mudez de ciertas cuerdas. Paréceme más exacto achacarla al estado político de la época y á su condición de colona; para la opinión peninsular no había por entonces otro régimen

posible en las colonias que el régimen despótico consagrado por la tradición, y no era factible cantar á la libertad cubana (aun limitándola á una prudente descentralización) sin caer en la tacha de antiespañol, y si á esto se agrega que la Avellaneda, hidalgamente agradecida al entusiasmo que su persona y sus obras despertaban en la sociedad española, habría de repugnar ponerse enfrente de los sentimientos peninsulares, y corresponder con una justicia que se hubiera tomado por injuria al cariño y á los favores del público, se penetrará fácilmente en las verdaderas causas de su silencio. Por eso prefirió callar con resignada discreción, y por eso su patriotismo local, digámoslo así, su amor á Cuba, aparece diluído en breves suspiros é íntimas expansiones, y jamás alcanza los altos vuelos de la poesía filosófica. En cuanto al patriotismo español, no escasean ciertamente en sus obras las inspiraciones que de él recogió, como puede verse en las dedicadas á la reina doña Isabel II y las que llevan por título *El Escorial*, *Al pendón castellano*, *Al arbol de Guernica*, *Al monumento del Dos de Mayo*, entre otras varias. Y por lo que hace á la filantropía, bien claro se comprende que el amor al hombre por el hombre mismo no pudo tener ecos en su alma,

inflamada por la caridad cristiana, que es la única y verdadera y fecunda caridad.

Otra vena de inspiración, tal vez la más robusta en el ingenio de la Avellaneda, fué el pesimismo; pero no el frío pesimismo de los filósofos del Norte, al modo de Hartmann y de Schopenhauer, sino el hondo y vibrante desaliento de los grandes genios del arte, incapaces de habituarse á la realidad del mundo, porque ella es muy pequeña comparada con la magnitud del sentimiento; desobedientes, incorregibles á las leyes de la economía psíquica, porque sus mandatos les ahogan, y el espíritu adornado de tal perfección no puede nunca resignarse á esa *burguesía* moral, que se llama equilibrio psicofísico, sino que fatalmente tiende su vuelo sin reposo por las regiones del sentimiento en busca de aquel arquetipo insuperable, dechado sin par de todas las bellezas, sabidurías y bondades, y cuando, persuadido de que su reino no es de este mundo, se remonta á las célicas alturas, entonces es cuando la aurora del amor divino, arrollando la negrura de nocturnales sombras, inicia el bello día de la esplendente calma, y si el afán sigue invencible, y aun se acrecienta si cabe, la tranquilidad de la certidumbre refresca, en cambio, la abrasada fiebre de la duda. En este

natural proceso por que pasa el alma, se entrega primero á la esperanza, que se le ofrece como

¡Mágico nombre que el mortal adora!
¡Luz del amor, sostén de la ambición!
....
....
¡Bien del feliz, consolación del triste!
¡Del justo Dios sonrisa paternal!...
....
....

después se rinde á la duda, y ya la esperanza no es más que ilusión fugacísima, azotada sin piedad por los vientos del desengaño:

Así tu voz engañosa
Oiré en la noche y el día,
Arrullando la agonía
Del enfermo corazón.
¡Aguarda, dirás, aguarda!
Y el pecho creerá tu embuste,
Aunque la mente se asuste,
Y se indigne la razón...

muy luego se convence de que la felicidad no mora en la tierra, y exclama:

Lo que se cambia y envejece y pasa,
Lo que se estrecha en límites mezquinos,
No es nada para el alma que se abrasa
Anhelando de amor goces divinos.

....

....

Por admirar y amar diera mi vida,
Para admirar y amar no encuentro nada.
¡Oh! desdichado quien—de juicio escaso—
Hallar la dicha en lo finito intente...
Quien en turbio licor y estrecho vaso
Quiera apagar la sed que interna siente...

Otro paso más y se llega al amor místico, ó á la desesperación trágica, según las tendencias del poeta. La Avellaneda publica su entrada en el primer estado, en este sentido cuarteto:

Tú eres, ¡Señor! belleza y poesía;
Tú solo, amor, verdad, ventura y gloria:
Todo es, mirado en Ti, luz y armonía;
Todo es, fuera de Ti, sombra y escoria.

Y cuando se emprende por esta vía, el espíritu conocedor ya de su destino, no reincide en el engaño, ni se detiene á resucitar el pasado: marcha resuelto con místicos avances hacia su término supremo, y en tanto que dura su peregrinación por el terreno valle, no cesa de efundir en sonoros cantos las querúbeas ánsias con que el alma ve lucir la riente alborada de la inmortalidad. Entonces, el ángel del amor humano

pliega sus alas, y marchitas y sin fragancias las flores de la ambición, el alma sólo á Dios desea y á Dios canta, y á Dios se dirige, y en Dios quiere confundirse y como anularse y sumergirse entregándose sin reservas en brazos de su infinito amor. Entonces se siente en lo más recóndito de la vital substancia que al hombre informa la acción de otro fuego; pero sus llamas no consumen ni devoran las esperanzas, sus ardores no destruyen la calma, y si ajigantan los anhelos, ¡impenetrable secreto del misticismo! adormecen el espíritu en ledo reposo, libre de torturadoras impaciencias, punzantes desconfianzas y amargos desconsuelos. Del sosiego benéfico en que el aquietado sentir se recrea, nacen nuevos y más potentes brios, y el salterio llena los aires de armonías inefables y placenteras, que son como el preludio de los divinos concentos que alegran la eternidad de la gloria.

A este género pertenecen las últimas composiciones de la Avellaneda, que herida por el dardo del amor infinito, llegó en la elevación de su misticismo al límite máximo que puede alcanzarse cuando se vive en el seno de la sociedad, en medio del estrépito de sus conmociones y contenida por el oropel siempre tentador de las sa-

tisfacciones mundanales. Por ello fué que la Avellaneda no ascendió á las intimidades amatorias de Santa Teresa de Jesús; pero tampoco se encuentra muy por bajo de ellas: la paz imperturbable del claustro la hubiera compenetrado más profundamente con el Divino Espíritu; fuera de aquella ciudadela de la santidad es imposible remontar más el vuelo magestuoso (IV). Y aún así, su exquisita cultura y delicado gusto, capacitándola para traducir á la rima castellana la poesía de los salmos bíblicos y de los himnos litúrgicos, la colocan justamente en el rango de maestra, y los sinceros trasportes de su íntimo sentimiento religioso, no pocas veces elevado hasta las fronteras de la extática contemplación, pregonan brillantemente la aptitud de su genio para el misticismo literario.

Como no hubo belleza que no sintiera, ni hermosura que no admirara, la Avellaneda hizo también sonar la armoniosa lira con acentos de entusiasmo por los grandes hechos de la humanidad y por los magnos personajes de la historia inspirados: sus versos *A Francia*, *A Washington*, *Polonia*, *A la tumba de Napoleón en Santa Elena* y algunos otros pueden figurar sin desdoro entre los más perfectos modelos de poesía lírico-heróica.

Con igual fortuna cultivó la poesía filosófica, reflejando en varias composiciones el amor hácia el arte poético, cuya excelencia y dignidad arrancan de su noble corazón deslumbrantes pensamientos, salvando con la seductora naturalidad de la frase las dificultades de la expresión, sin caer jamás en el amaneramiento, sin helar nunca el concepto con el frio de la oscuridad, discurriendo con soltura elocuente por entre las sirtes de la profunda ideología, trasladando al ánimo la persuasión adhesiva que guía su pluma eflorescente; cantando con augusta solemnidad de vidente las glorias de las bellas letras, inmortales y perdurables porque—como ella dice:

Todo sucumbe á eternal mudanza;
Por ley universal todo perece;
El genio sólo á eternizarse alcanza,
Y como el sol eterno resplandece.

Dentro de la condición de unidad,—indispensable en toda obra poética, aunque no tan absoluta en la poesía lírica como en la épica y en la dramática,--en las composiciones de la Avellaneda se observa con deleite la más rica y amena variedad, reflejada en multitud de pensamientos é ideas que se subordinan, como es de rigor, al

pensamiento capital y al sentimiento dominante que constituyen el asunto; pero revestidos de formas sugestivas y brillantes, ya con los graciosos espejismos de la acuarela, ya con los tonos intensos y vivos de la pintura al óleo, dando por resultado un conjunto lleno de armonía, en el que las variaciones melódicas no ocultan nunca, antes bien matizan y expresan en diferentes modalidades el motivo que inspiró el poema. Y todo esto encerrado en moldes tan nuevos, por la vitalidad del movimiento, por la intensidad de la emoción sentida, por la viveza de la expresión; lo mismo cuando la poetisa traza correctas imágenes de encantadora hermosura, que cuando se vale de la alegoría; lo mismo cuando relata los hechos, que cuando describe el estado de su ánimo, herido por los objetos ó afectos que determinan la impresión; lo mismo cuando narra y describe, que cuando expone y dialoga, que bien puede afirmarse de sus poesías, sin temor á la tacha de hiperbólico, que son como una gráfica reproducción de los sentimientos á que deben la vida; nunca expresión fría de tonos docentes, ni exposición artificiosa de pensamientos é ideas concebidas, pero no sentidas, con residencia en el intelecto, mas sin albergue,

en el corazón; penetrantes emanaciones de un alma que tuvo el sentimiento por ley, la belleza por norma, y por centro, fin y objetivo primordial el arte con todas sus magnificencias, con todas sus arrogancias y gallardías, con todas sus sublimidades; algo así como repetición del sonido en acústica estancia por medio del eco, y todos estos encantos comunicados á la sensibilidad y á la inteligencia del lector por medio de un estilo saturado de bellas energías, en donde las figuras, las licencias y los recursos poéticos en nada dañan á la pureza del lenguaje, que luce todos sus galas y ostenta toda su opulencia, exento de bambolla, depurado de artilugios efectistas y disparatados eufemismos, rebosando casticidad intachable y gusto de buena ley.

La inagotable variedad de asuntos que pueden ser tratados en la Lírica, la riquísima diversidad de matices en que la inspiración puede vaciar sus bellezas. desde el estado de conciencia puramente individual, hasta el sentimiento colectivo; desde las felices genialidades hijas del puro subjetivismo, hasta las ideas universales y sentimientos comunes á toda la humanidad, en todas las formas, en todos los tonos propios de la Lírica se expresó la Avellaneda, y siempre con

fortuna, con éxito indiscutible. Su lira cantó todas las bellezas, gimió con todos los estremecimientos, lloró con todos los dolores y se regocijó con todas las alegrías; ya vibran sus cuerdas en dulces ondulaciones, ya sollozan heridas por inenarrables amarguras lanzando al espacio sus funerales lamentos, bien se agitan conmovidas á la presencia de humanas grandezas, bien reproducen los graciosos sonidos de primaveral concierto ó las rugientes voces de desencadenado huracán.

Es el fuego ardiente del patrio amor esparciendo su calor vivífico en el soneto *Al partir*, nunca superado en el Parnaso castellano (V). Es el dolor exhalando la tristura de sus ayes plañideros en la composición *A la muerte de Heredia*, á la memoria del dulce trovador cubano, «cisne peregrino» de la hermosa Antilla; pero no el desconsuelo sin esperanza del ateo, sino la resignada aflicción del cristiano que cree y espera, la pena honda del genio que presiente la inmortalidad y la gloria perdurable, destinadas á servir de recompensa á los númenes de la patria, «cuyo polvo inerte torna con la muerte» á su elemento primitivo; pero cuyos espíritus superiores se remontan en fúlgida y brillante

ascensión á las eternas esferas donde

..... jamás las tempestades braman,
ni roba al sol su luz la noche oscura,
ni se conoce de la tierra el lloro...

donde

...... el amor y la virtud proclaman
espíritus vestidos de luz pura
que cantan el Hosanna en arpas de oro...

donde

..... el raudal sonoro
sin cesar corre de aguas cristalinas
para apagar la sed que enciende al alma.
—Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
nunca este mundo satisface ó calma,—

donde

..... jamás la gloria se mancilla
y eterno el sol de la justicia brilla.

Es el cariño filial, tierno y profundo, difundiendo sus aromas suavísimos, como odorante flor del cubano pensil, en el inspirado, en el sentidísimo romance *A mi madre*. Es el donaire, serpenteando con finísima gracia, cual los hilos argentados del sosegado mar cabrillean por la serena superficie en una noche de calma iluminada por Diana, en *Paseo por el Betis*, *A una*

mariposa, A un ruiseñor. Es la grandeza incomparable de una inspiracicn gigante alimentada con los frutos de ópima y exquisita sensibilidad, vaciando sus primores en los clásicos esculturales moldes de las estrofas *A la esperanza*, *El genio poético*, *El genio de la melancolía* (VI). Es la inagotable ternura de un pecho amante y apasionado, derramándose con inimitable poesía en las preciosas quintillas *A Él*, modelos de facilidad y elegancia, en donde aparece pintada con el sugestivo colorido que una fantasía exuberante sabe imprimir á sus concepciones, la inmaterial visión de un ideal soñado, á quien logra dar forma, movida por el amor, y cuyo hálito oloroso que el viento trasmite con sus alas, recoge y aspira ansiosamente en arrobador deliquio, y cuya voz, llena de sin par dulzura, percibe distinta y clara en medio de la armónica melancolía de un crespúsculo vespertino, tibiamente iluminado por los débiles rayos de un sol, que al despedirse hasta el nuevo día, ocultándose tras las elevadas cumbres de los montes, tiñe con matices de ópalos y jacintos las nubes nacaradas que le circundan como régia cohorte de vaporosas sílfides, y convierte el valle en mansión de placidez, y vierte en el alma del poeta el bálsamo suave de

la calma que le conforta en sus ansias infinitas de perfecta belleza, don divino que Natura ostenta complacida, reflejando vagamente aquella insólita perfección en esa hora de tránsito llena de misterios y encantos, de beleños y amores, de concentos y perfumes con que el Sumo Bien formula misericordioso la promesa solemne de una noche sin sombras y sin penas; composición ésta reputada por una de las mejores que las musas inspiraron á nuestra poetisa y que, con justo motivo, ha de figurar entre los ejemplos acabados de belleza literaria que el genio de la poesía ha producido en la vida de la humanidad (VII). Es el amor mismo, sediento, insaciable, afanoso de gozar las inefables venturas del Bien ideal, exteriorizándose en *Contemplación*. Es la novedad y armonía del metro, que lanza majestuoso y brillante sus rítmicos acentos en aquella magistral *Invocación á los espíritus de la noche*, fragmento de un poema que la autora condenó á la destrucción, salvado merced á la solicitud de amigos cariñosos, admiradores de sus bellezas. Es el fervor y la piedad, vertiendo con religiosa unción sus místicas esencias en los sonetos *A Dios* y *Al nombre de Jesús*, en su canto triunfal *A la Resurrección del Señor*, en su himno *A la*

Ascensión. Es el desaliento, la inconformidad, la amargura de un alma que no vive en su medio, que busca en vano su centro, víctima de la perpétua lucha entre sus aspiraciones de bienestar y felicidad sempiterna, y los invencibles obstáculos que opone nuestra condición de imperfectos y caducos; la saciedad y el tédio de esta vida impura de la materia, expresados en formas artísticas y sensibles en *La juventud del siglo, Mi mal, A la felicidad, La esperanza tenaz* (VIII). Es, en fin, el genio, inmortal como el espíritu que le anima, vasto como los espacios en donde giran los mundos, inconmensurable como la inmensidad; la inspiración, férvida como las combustiones de una masa ígnea, exaltada como las energías impetuosas de un corazón vehemente, atrevida y victoriosa siempre como los arranques y heroismos de invicto caudillo; el sentimiento, gigantesco como las alturas alpinas, inextinto como los luminosos fulgores del rey de los astros, purísimo y diáfano como la atmósfera cristalina en que boga la vírgen Cuba.

Sentimiento que raudo se desborda en todas sus composiciones; inspiración que pródiga informa todas sus obras; genio que se difunde en todas sus concepciones, labrando ese augusto pedestal

de la gloria sobre el cual, y como en brillante apoteosis, se asienta soberana y agradecida la imagen de la Poesía con su séquito de musas y geniecillos, entre resplandores de incendio y arábigos perfumes, ostentando con placentera fruición y en imperecederos caracteres el nombre ilustre de la escritora principeña que vino á restaurar la clásica poesía de los mejores tiempos de nuestra literatura, exornándola con las bellezas de una musa rica en galanuras, próvida de inspiraciones, inimitable en la expresión de los afectos, inexhausta, fecundísima, arrebatadora; de la que, con singular maestría, supo arrancar á las doradas cuerdas de su lira vibraciones de amor y de pasión, sonoras lamentaciones y poderosos ecos, patrióticos sonidos ó quejumbrosos ayes; de la que, movida por celestiales ansias, logró encerrar en los estrechos moldes del metro la feliz descripción de las divinas bondades é infinitos atributos y la gloria inenarrable del que tiene por asiento la inmensidad, la luz por vestidura, por carrozas las nubes, por corceles los vientos.

Y es, señores, que el genio de la Avellaneda se nutrió con todos los afectos nobles y elevados; su lírica se vistió con todas las galanas formas

tisfacciones mundanales. Por ello fué que la Avellaneda no ascendió á las intimidades amatorias de Santa Teresa de Jesús; pero tampoco se encuentra muy por bajo de ellas: la paz imperturbable del claustro la hubiera compenetrado más profundamente con el Divino Espíritu; fuera de aquella ciudadela de la santidad es imposible remontar más el vuelo magestuoso (IV). Y aún así, su exquisita cultura y delicado gusto, capacitándola para traducir á la rima castellana la poesía de los salmos bíblicos y de los himnos litúrgicos, la colocan justamente en el rango de maestra, y los sinceros trasportes de su íntimo sentimiento religioso, no pocas veces elevado hasta las fronteras de la extática contemplación, pregonan brillantemente la aptitud de su genio para el misticismo literario.

Como no hubo belleza que no sintiera, ni hermosura que no admirara, la Avellaneda hizo también sonar la armoniosa lira con acentos de entusiasmo por los grandes hechos de la humanidad y por los magnos personajes de la historia inspirados: sus versos *A Francia*, *A Washington*, *Polonia*, *A la tumba de Napoleón en Santa Elena* y algunos otros pueden figurar sin desdoro entre los más perfectos modelos de poesía lírico-heróica.

Con igual fortuna cultivó la poesía filosófica, reflejando en varias composiciones el amor hácia el arte poético. cuya excelencia y dignidad arrancan de su noble corazón deslumbrantes pensamientos, salvando con la seductora naturalidad de la frase las dificultades de la expresión, sin caer jamás en el amaneramiento, sin helar nunca el concepto con el frio de la oscuridad, discurriendo con soltura elocuente por entre las sirtes de la profunda ideología, trasladando al ánimo la persuasión adhesiva que guia su pluma eflorescente; cantando con augusta solemnidad de vidente las glorias de las bellas letras, inmortales y perdurables porque—como ella dice:

Todo sucumbe á eternal mudanza;
Por ley universal todo perece;
El genio sólo á eternizarse alcanza,
Y como el sol eterno resplandece.

Dentro de la condición de unidad,—indispensable en toda obra poética, aunque no tan absoluta en la poesía lírica como en la épica y en la dramática,--en las composiciones de la Avellaneda se observa con deleite la más rica y amena variedad, reflejada en multitud de pensamientos é ideas que se subordinan, como es de rigor, al

pensamiento capital y al sentimiento dominante que constituyen el asunto; pero revestidos de formas sugestivas y brillantes, ya con los graciosos espejismos de la acuarela, ya con los tonos intensos y vivos de la pintura al óleo, dando por resultado un conjunto lleno de armonía, en el que las variaciones melódicas no ocultan nunca, antes bien matizan y expresan en diferentes modalidades el motivo que inspiró el poema. Y todo esto encerrado en moldes tan nuevos, por la vitalidad del movimiento, por la intensidad de la emoción sentida, por la viveza de la expresión; lo mismo cuando la poetisa traza correctas imágenes de encantadora hermosura, que cuando se vale de la alegoría; lo mismo cuando relata los hechos, que cuando describe el estado de su ánimo, herido por los objetos ó afectos que determinan la impresión; lo mismo cuando narra y describe, que cuando expone y dialoga, que bien puede afirmarse de sus poesías, sin temor á la tacha de hiperbólico, que son como una gráfica reproducción de los sentimientos á que deben la vida; nunca expresión fría de tonos docentes, ni exposición artificiosa de pensamientos é ideas concebidas, pero no sentidas, con residencia en el intelecto, mas sin albergue.

en el corazón; penetrantes emanaciones de un alma que tuvo el sentimiento por ley, la belleza por norma, y por centro, fin y objetivo primordial el arte con todas sus magnificencias, con todas sus arrogancias y gallardías, con todas sus sublimidades; algo así como repetición del sonido en acústica estancia por medio del eco, y todos estos encantos comunicados á la sensibilidad y á la inteligencia del lector por medio de un estilo saturado de bellas energías, en donde las figuras, las licencias y los recursos poéticos en nada dañan á la pureza del lenguaje, que luce todos sus galas y ostenta toda su opulencia, exento de bambolla, depurado de artilugios efectistas y disparatados eufemismos, rebosando casticidad intachable y gusto de buena ley.

La inagotable variedad de asuntos que pueden ser tratados en la Lírica, la riquísima diversidad de matices en que la inspiración puede vaciar sus bellezas, desde el estado de conciencia puramente individual, hasta el sentimiento colectivo; desde las felices genialidades hijas del puro subjetivismo, hasta las ideas universales y sentimientos comunes á toda la humanidad, en todas las formas, en todos los tonos propios de la Lírica se expresó la Avellaneda, y siempre con

fortuna, con éxito indiscutible. Su lira cantó todas las bellezas, gimió con todos los estremecimientos, lloró con todos los dolores y se regocijó con todas las alegrías; ya vibran sus cuerdas en dulces ondulaciones, ya sollozan heridas por inenarrables amarguras lanzando al espacio sus funerales lamentos, bien se agitan conmovidas á la presencia de humanas grandezas, bien reproducen los graciosos sonidos de primaveral concierto ó las rugientes voces de desencadenado huracán.

Es el fuego ardiente del patrio amor esparciendo su calor vivífico en el soneto *Al partir*, nunca superado en el Parnaso castellano (V). Es el dolor exhalando la tristura de sus ayes plañideros en la composición *A la muerte de Heredia*, á la memoria del dulce trovador cubano, «cisne peregrino» de la hermosa Antilla; pero no el desconsuelo sin esperanza del ateo, sino la resignada aflicción del cristiano que cree y espera, la pena honda del genio que presiente la inmortalidad y la gloria perdurable, destinadas á servir de recompensa á los númenes de la patria, «cuyo polvo inerte torna con la muerte» á su elemento primitivo; pero cuyos espíritus superiores se remontan en fúlgida y brillante

ascensión á las eternas esferas donde

..... jamás las tempestades braman,
ni roba al sol su luz la noche oscura,
ni se conoce de la tierra el lloro...

donde

...... el amor y la virtud proclaman
espíritus vestidos de luz pura
que cantan el Hosanna en arpas de oro...

donde

..... el raudal sonoro
sin cesar corre de aguas cristalinas
para apagar la sed que enciende al alma.
—Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
nunca este mundo satisface ó calma,—

donde

..... jamás la gloria se mancilla
y eterno el sol de la justicia brilla.

Es el cariño filial, tierno y profundo, difundiendo sus aromas suavísimos, como odorante flor del cubano pensil, en el inspirado, en el sentidísimo romance *A mi madre*. Es el donaire, serpenteando con finísima gracia, cual los hilos argentados del sosegado mar cabrillean por la serena superficie en una noche de calma iluminada por Diana, en *Paseo por el Betis*, *A una*

del alma, cuando se agitan los humanos sentimientos en desesperada lucha; la escritora genial cuya pluma, con la firmeza de clásico buril, esculpió hermosos bocetos de grandes figuras históricas, orgullo legítimo de la humanidad, supo también llegar, en alas de la potente fuerza creadora de su artístico talento, al campo amplísimo de la concepción dramática; expresada en todos sus géneros, desde la severa, imponente y terrorífica tragedia, hasta la comedia sencilla, graciosa é interesante; pasando por ese término medio que los preceptistas han denominado con harta razón *drama*, porque acercándose unas veces á la primera, otras á la segunda, pero manteniéndose siempre á cierta distancia de ambas, sin confundirse en absoluto con ellas, aprovecha indistintamente los elementos de los dos géneros, y en ocasiones los mezcla y reune, sin elevarse al terror trágico ni descender á la franca jovialidad y familiar esfera de la comedia, y tomando como fundamento invariable de su ingente construcción las humanas pasiones, causas del conflicto dramático, subordina á lo patético y grave lo regocijado y alegre, y produce en el espectador emoción profunda y generalmente penosa, reemplazada muy luego en el

desenlace por la íntima satisfacción que origina el restablecimiento de la perturbada armonía, el triunfo de la virtud ó de los nobles impulsos, la derrota del mal y el anatema del crimen; viniendo á ser como el arquetipo verdadero de la poesía dramática

Transcurría la primavera de 1844, y nuestra autora, que—como ella misma advierte—al escribir en menos de ocho días su primera obra dramática, sólo se había propuesto satisfacer un deseo, en cierto modo filial, concebido desde que revolviendo libros y papeles en el archivo de su familia paterna, encontró varios que hablaban de un famoso magnate antepasado suyo que

Al formidable trueno imitó en ira,
Siendo en la ejecución rayo su mano,

según canta en entusiasta soneto la linajuda dama doña María Nieto de Aragón (IX) alentada por las repetidas invitaciones que el gran Carlos de Latorre, director á la sazón de la mejor compañía dramática, le hiciera, y decidida después por las no menos reiteradas instancias de algunos amigos entendidos en estos achaques de teatro, entregó al público las primicias de la nueva dirección que su genio emprendía, alcanzando

con ellas un éxito tan grande y extraordinario como merecido y justo, que «superó á *su* ambición más alta». Y cuando Bárbara y Teodora Lamadrid, brillantes estrellas de la escena española, y el inspirado Latorre, encarnación artística de personajes genuinamente nacionales que nacieron para no morir jamás en el recuerdo de su pueblo, declamaban con hermoso ritmo aquellos endecasílabos que parecían grabados con cincel de oro, y resucitaban en el teatro prodigiosas valentías de estilo y sublimidades del corazón, propias de la hidalga nobleza castellana, el público todo, conmovido por la tensión dramática de la obra, subyugado por la atracción de los sentimientos y exquisitez de los afectos, con tan insuperable arte reflejados, y deslumbrado por lo ostentoso del ropaje, aclamó con entusiasmo unánime á la autora, reconociendo en ella privilegiado talento é innegable predestinación.

El príncipe Don Sancho y la dulce Fronilde con sus tiernos amores, poéticos, inocentes, sin contagio alguno de liviandad, inmaculados como la espiritual adoración de dos ángeles que se compenetran, representan en esta tragedia la arrobadora melodía del alma que sabe elevarse

hasta las puras regiones del amor casto, exento de toda sugestión carnal, vencedor de toda concupiscencia, que vive al compás de otro sentimiento de igual naturaleza, sin finalidad egoista de posesión sensual; el himno alegre de gratitud que el hombre entona sumiso y prosternado ante la obra perfecta del Hacedor Supremo; la atracción irresistible con que dos almas, compelidas por misteriosas afinidades y secretos impulsos, cumplen en sus mútuos afectos el precepto divino de amar la una en la otra la creación adorable del Rey de las criaturas.

Figuras bellísimas ambas son como flores de suave aroma, entremezcladas con las punzantes espinas que forman la corona de glorioso martirio que el mismo Munio Alfonso se ciñó á las sienes cuando, arrastrado por invencibles escrúpulos, en medio de las exaltaciones de su honor nunca abatido y menos aún manchado, hirió con ímpetu violento á su casta hija, sólo por haberla sorprendido en inocente conversación de amores con el apasionado príncipe (X).

Los desgarradores acentos de Don Sancho y Fronilde, llorando la desventura que les separa con cruel severidad, la declamación elevada de los personajes episódicos, la belleza atractiva y

dulce de aquellos cuadros amorosos y tiernos, la limpidez, digámoslo así, con que están desarrolladas las últimas escenas, plácidas y azules como los risueños celajes de una tarde serena, no borran el recuerdo del imprudente sacrificio consumado en la persona de la honesta doncella, víctima propiciatoria de exagerados celos de la honra que arrastran al virtuoso Munio hasta la impunible comisión de un crimen, que, por los móviles que al agente determinaron, bien pudiera calificarse de herióco; antes bien, aunque no se olvidan, desaparecen como obscurecidos por el vigor con que la inmortal escritora vertió sobre el conjunto del poema las negras tintas de la justiciera inexorabilidad del décimo Alcaide de Toledo; por las fatídicas sombras que proyecta aquel carácter enérgico y lleno de magestuosa nobleza, aun en su mismo funesto desvarío, al igual que, sin dejar de subsistir en toda su natural hermosura, desparecen los colores y los términos de un paisaje cuando suben en bella gradación, desde la tierra al cielo, los negros crespones de la noche.

Cautivan en esta obra, no sólo las magnificencias de la forma que la cubren con su régia pompa, sino principalmente la sublime geniali-

dad con que está pintado el carácter del héroe, lógica y consecuentemente sostenido en todas las peripecias é incidentes de la acción; carácter hermoso y grande con la grandeza augusta de aquellos personajes que, á través de la tradición, se ofrecen á nuestra vista como semidioses, y que en la historia de España ostentan nombres tan gloriosos como Guzmán el Bueno, Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés y el sin ejemplo Ruy Díaz de Vivar. De creación colosal califica al protagonista de la tragedia en cuyo análisis me ocupo, el ilustre crítico D. Antonio Flores, y en verdad que sería muy difícil, si no imposible, encontrar otro de mayor relieve, con más vigoroso colorido presentado y movido por más grandes, nobles y avasalladoras pasiones en las obras más valientes y felices de los poetas clásicos.

Este acierto insuperable acompaña á los demás caracteres que personifican los sujetos que intervienen en la obra. La candorosa timidez de Fronilde, que en su calidad de vasallo se considera indigna del amor de un príncipe; la evangélica unción y fervorosa caridad del Arzobispo; la orgullosa altivez y generoso corazón de Don Sancho, su desesperado dolor cuando pierde á

su amada y su odio furioso contra el homicida que, en un momento de arrebato, destruye para siempre sus ensueños de felicidad y á quien, caballeroso, reta á mortal combate, oponiendo á sus escrúpulos de súbdito invectivas llenas de conmovedora belleza, como la que le dirige cuando Munio le pide que no someta á tan dura prueba su virtud, diciéndole:

¡Tu virtud, monstruo!... Tan augusto nombre
Saliendo de tus labios es blasfemia.
¿Tu virtud?... ¡Sí! La tienes en el rostro,
Como feroz Caín con sangre impresa.
¿No ves que con horror el sol te alumbra;
Que con horror el suelo te sustenta,
Y que del crímen sin igual se espanta,
Clamando contra tí naturaleza?...

y aquella otra con que luego le provoca, exclamando:

Si callo, ¡parricida!
Para acusarte se alzarán las piedras,
Y todo el universo con un grito
Fulminar del cielo la sentencia,

—acusaciones llenas de vigoroso sentimiento y elevación; la noble hidalguía del príncipe que se despoja de sus régios atributos para luchar como caballero y matar como hombre al ladrón de su dicha, á quien advierte:

.....Yo renuncio
La magestad real que te amedrenta:
No soy aquí don Sancho de Castilla,
Soy tu enemigo, soy el que te reta
Por asesino vil... soy el amante
Que te viene á pedir terrible cuenta
De la preciosa sangre de Fronilde,
De su amada, su bien!.....:

la misma heróica lealtad, sólo concebible en los caballeros de aquel tiempo, con que Munio soporta paciente los denuestos y provocaciones del príncipe, y aquel fidelísimo acatamiento, sometido á peligrosa prueba en la escena que he bosquejado, y coronado por el imponderable acto de abnegación con que, sofocando su justa ira y desoyendo la voz imperiosa de su dignidad rebajada que clamaba venganza, el capitán invicto, el caudillo indomable, sostén del trono, vencedor en Montelo, que poco ha entraba triunfalmente en la imperial ciudad rodeado del entusiasmo, la admiración y entre los hurras y saludos de todo el pueblo, pisando flores y recibiendo honrosos agasajos de la corte, muestra su espada,— testimonio irrecusable de atrevidas proezas, á cuya vista temblaron las huestes sarracenas, cuyos golpes dirigidos fueron siempre por deber santo

en lícita contienda,—y la rompe con ademán digno sólo de las grandes almas, profiriendo esta exclamación, monumento perdurable de acrisolada fidelidad, de lealtad ferviente, de victorioso respeto:

¡Antes que en sangre de su rey se manche,
Que destruída para siempre sea!;

la inconmovible fé cristiana que implica la obediencia con que se somete al fallo del concilio, condenándole para lavar su culpa á perpétua guerra contra el infiel musulmán (XI) y las saludables exhortaciones con que desarma el brazo de Don Sancho, levantado para herirse á sí mismo cuando, presa de la desesperación, porque estrellados sus vengativos anhelos en la lealtad invencible de Munio, no puede asesinar como un cobarde y quiere que su sangre caiga también sobre la cabeza del mal aconsejado padre,—todo ello es de una fuerza dramática tan poderosa, aparece tan artísticamente expresado, revela tan profundo y exacto conocimiento de la época en que la acción se desarrolla, que nadie podrá negar á *Munio Alfonso* la categoría de modelo de tragedias, tan acabado y perfecto como las más hermosas obras del teatro griego, ni el carácter

de drama histórico, escrupulosamente desarrollado sin alterar la verdad de los hechos, fielmente reproducidos con la plasticidad del arte dramático y embellecidos soberbiamente con las galas de una imaginación fecundísima, que con esta su primera tragedia ascendió á las brillantes alturas, inaccesibles para los talentos mediocres y reservadas á los genios superiores, de la poesía más grandiosa que al hombre es dado realizar, de la poesía trágica; de la que valiéndose de poderosos y enérgicos caracteres—que al llevar sus pasiones hasta la más loca exacerbación y el más vertiginoso delirio de que es capaz el alma humana, se colocan fuera de lo común y ordinario de la vida y realizan hechos excepcionales, bien dirigidos por el noble impulso de la virtud, bien estimulados por los maléficos incentivos del crimen, ya agitándose en lucha ineficaz contra un poder superior que aniquila y destruye, ya ofreciéndose como víctimas de terribles infortunios y funestos sucesos; de la cual lucha dimana, ó el delito horrendo, ó el heroismo incomparable, ó la virtud sin mancilla, ó el martirio santo, y rompiendo y quebrantando con todo ello el orden moral y el orden social, cuya armonía, así perturbada, no puede ser restablecida después de la catástrofe,—

pesenta el espectáculo de una acción grandiosa que impresiona profundamente, despierta el asombro, excita el temor, alienta la piedad y la compasión, y en medio del espanto y del sobrecogimiento que el horroroso desenlace produce, deja en el alma perenne sentimiento de admiración, por lo patético del conflicto, y de invencible miedo hácia las desbordadas pasiones, vendas de la inteligencia, déspotas de la voluntad y fuente inagotable de tremendas desdichas é inmensas amarguras (XII).

El estreno de esta tragedia ocupaba todavía la atención de la crítica, que reconoció unánime en la Avellaneda excelentes condiciones de poeta dramático, cuando la representación de otra obra suya,- *El Príncipe de Viana*, á fines del mismo año de 1844, vino á demostrar por modo harto elocuente que el éxito resonante de aquélla no fué como luz deslumbradora de un fuego de artificio, trabajosamente preparado para lucir un momento y que se ofrece brillante y desaparece fugaz, sino como destello inicial y resplandor primero de un astro gigantesco que, con luz propia, comenzaba á brillar entre los que formaban la grandiosa constelación de genios que hicieron del teatro español el sacro tabernáculo

donde se guardaban las joyas más preciadas de la literatura nacional.

La agitada vida y azarosa historia de aquel infortunado príncipe, objeto de odiosidad implacable por parte de su madrastra, doña Juana Enríquez, segunda esposa de D. Juan II de Aragón, sólo porque al nacer le otorgó el hado el infausto privilegio de la primogenitura, constituye el asunto de esta hermosa tragedia, en donde á la grandeza de la concepción únese el acierto felicísimo en la ejecución. El carácter del príncipe de Viana, si no aparece tan de relieve y animado por tan vivos colores como el del héroe de la obra antes juzgada, no es seguramente porque la autora no lo haya comprendido y sentido, sino porque, en realidad, el verdadero protagonista de esta tragedia—por la índole de su intervención, verdaderamente decisiva, por la vehemencia de los sentimientos que le animan, por el indomable tesón con que, poco á poco y sin perder terreno, va realizando su plan hasta lograr ver conseguidos sus propósitos, y coronadas por el éxito sus infames aspiraciones—es la inícua reina, la hija del almirante de Castilla, fruto maldito de bastarda estirpe, á quien los antojos de un viejo enamorado

alzaron soberbia al solio de Aragón, la ambiciosa é implacable mujer

Que no halló nunca en la virtud barreras
Ni de su sexo el generoso instinto
En *su* odioso corazón de hiena;

la que, hipócrita y cobarde, finge desistir de su empeño en contra del legítimo y aclamado heredero del trono y en favor de su hijo Fernando, cuando levantados en armas los tres reinos de Aragón, Navarra y Cataluña, ayudados por el monarca de Castilla, Don Enrique, reclamaban el exacto cumplimiento de la postrera voluntad de Doña Blanca y la puntual observancia de los fueros, exigiendo fuese reconocido el príncipe Carlos de Viana, mediante juramento ante las Cortes, por sucesor en la corona, y juzga insigne locura

Cuando el torrente se despeña
Querer parar su arrebatado curso,

y acude entonces al tósigo mortífero, que en pocas horas dejó satisfechas sus criminales ansias y en los estados aragoneses gérmen fecundo de intranquilidad y descontento, de los que bien pronto dieron inequívocas muestras los vale:osos catalanes en ruda guerra de diez años.

Toda la horrible monstruosidad que puede abrigar el corazón humano, todas las bastardas ambiciones que se desbordan sin freno corriendo desatadas por el angustioso cauce del mal, hasta parar y sumergirse en el abismo insondable de las más abominables acciones, aparecen con rara fidelidad encarnadas en la persona de Doña Juana Enríquez, cuyo escaso amor de madre no basta á atenuar su odio y sus atrocidades de madrastra. La siempre funesta energía de los débiles, personificada en aquel soberano, verdadero autómata, inconsciente ejecutor de los designios de su indigna compañera, único poder y voluntad única que gobernaba por aquel tiempo la corona de Aragón, es de una realidad tan completa y palpable, que las escenas en donde Doña Juana despliega todas sus artes infernales y aprovecha su nunca decaído influjo en el ánimo del Rey, para moverle en el sentido favorable á sus pretensiones, hieren con penetrante viveza la imaginación del espectador, que se considera testigo de un cuadro de la vida real. La profunda pasión de la bella Isabel, mezcla de amor entrañable hácia el gallardo príncipe y de noble interés y ardiente simpatía por el perseguido, el calumniado, el ultrajado que vió

desarrollar su existencia en medio del más frío aislamiento; á quien jamás amó su padre, cuando su alma sedienta de cariño esperaba con avidez, en tormentoso afán, las paternales caricias, porque sólo en amar su gloria cifraba, conmueve y sugestiona. La heróica mansedumbre y filial resignación con que el malaventurado Carlos de Viana sufre el desvío del autor de sus días y autor á la par de sus desgracias, la humillación de un proceso, los desconsuelos del destierro y los horrores de la prisión, emociona y atrae con la atracción irresistible y profundamente humana que para el corazón tiene el expectáculo del dolor. Las arrogancias del estilo, la brillantez de los pensamientos, la hermosura de las imágenes, las armonías de la versificación, sirven de marco digno y apropiado al asunto, desarrollado con exquisito arte y cabal conocimiento de los recursos y leyes de la dramática.

Las tenebrosas profundidades del corazón humano, más hondas y más negras que las del mar, ofrecen en esta tragedia todo su espantable fondo, que va descubriéndose en artística y habilísima gradación desde la primera hasta la última escena, á medida que la acción se desarrolla, y que se presenta con caracteres insupe-

rablemente trágicos al aparecer en el cuadro postrero la siniestra figura de Doña Juana Enríquez, confesando en el delirio de su propio horror el incruento asesinato con que puso término fatal á la vida del simpático y desgraciado príncipe.

Bárbara Lamadrid, Matilde Díez y Julián Romea, trinidad excelsa de geniales artistas, fueron los intérpretes de los principales personajes de esta tragedia, y á la cadencia musical con que recitaban sus valientes versos, á la coloración radiante que con su educado instinto de artistas daban á la fina pedrería de que estaban esmaltados, uníanse aquellos prodigiosos acentos de pasión dramática, aquellos gritos del alma, ecos de amargura, suspiros de amor ó rugidos de fiera encadenada, que penetrando primero hasta lo más íntimo del espíritu y posesionándose de él, parece luego como que encuentran estrecha la mansión á donde llegaran y al escapar de su cárcel y romper la envoltura material en la que se hallaron por un momento contenidos, se extienden por todos los miembros del cuerpo y recorren toda su periferia, produciendo esa sensación extraordinaria, sólo experimentada por los que, sin buscarlo tal vez, sa-

ben y dejan conmoverse, y que yo me atrevería á llamar, tomando el efecto por la causa, escalofríos del entusiasmo, verdadera electricidad del sentimiento; aquellos asombrosos primores con que realzaban la ejecución elevándola á las superiores esferas del arte, sin que la realidad quedase olvidada un solo momento; pero no la realidad considerada como la entienden los constructores de figuras de cera, sino sentida y apreciada como la aprecian y sienten los grandes artistas, cuyas obras, sin dejar de ser humanas, aparecen siempre embellecidas por el talento elevado del genio que las creó.

Consecuencia lógica de esta manera de sentir el arte es el camino, no siempre rigurosamente trazado por la verdad histórica, que, por regla general, suelen seguir los grandes dramaturgos cuando llevan á la escena hechos y personajes que se produjeron y existieron en la realidad. El efecto teatral, la mayor hermosura de la situación, y, no pocas veces, lo repulsivo y monstruoso de ciertos personajes que herirían desagradablemente con su horrenda perversidad los sentimientos del público, cuya parte indocta y poco leída, quizá tomara por inverosímil y fabuloso lo que por repugnar á la naturaleza despierta

siempre inevitable movimiento de oposición y desvío, estimándolo como producto de la imagición del poeta, y no como dato deducido legítimamente de las enseñanzas de la historia; todas estas razones ponen al escritor en el caso de desfigurar ciertos personajes, fingir determinados hechos, alterando la verdad histórica, sólo en aras del efecto artístico y en obsequio de la mayor pureza de la emoción estética, entrando en eso que se ha llamado con toda propiedad convencionalismo escénico, que, practicado con prudencia y contenido en los límites señalados, no sólo es util y laudable sino que en ocasiones llega á hacerse necesario, y que viene á ser como el honesto ropaje, el velo discreto con que el arte cubre las asquerosas desnudeces de la flaqueza humana.

Si este abuso general, frecuentísimo y de casi todos los autores puede ser condenado por los intransigentes adoradores de la verdad histórica, que, dicho sea de paso, no siempre suele ofrecerse á los ojos de una investigación escrupulosa con la deseable trasparencia, la señora Avellaneda, que en *El Príncipe de Viana* lo cometió á sabiendas, acúsase humilde y arrepiéntese contrita de su delito en la carta que dirigió á la ilustre nove-

lista y ferviente admiradora suya Fernán Caballero, al dedicarle dicha obra. «Respetuosa con los muertos—dice la insigne autora,—confieso á usted que no acabo de perdonarme el haber hecho del buen canciller Peralta—cuya vida positiva no encuentro en libro alguno manchada con tal nota—el cómplice sañoso de un sangriento crimen...» Con mayor fundamento—manifiesta más adelante—hubiera podido ennegrecer á mi arbitrio la poco simpática figura de D. Juan II, cuya inhumana conducta con su inofensiva hija Doña Blanca, justificaría en cierto modo cuantas suposiciones se hicieran con respecto al primogénito, primer obstáculo para sus injustos anhelos; pero me repugnaba invenciblemente rebajar hasta el último extremo el carácter de padre; se me resistía la pluma á pintar un mónstruo contra naturaleza, y preferí—atenuando los colores negros en el personaje del padre—recargarlos á mi placer en el de la madrastra. Así, además, me pareció el cuadro, no sólo más verosímil, sino también más dramático...» Después de esta defensa, que más que como tal debe estimarse como descargo de los escrúpulos que su respeto á los muertos le inspiraba, y como oportuna rectificación y advertencia para que los pocos versados

en historia, al leer la obra, supiesen á qué atenerse acerca del carácter real y positivo del personaje desfigurado y no cayesen en error, ¿habrá alguien que se atreva á condenar á la poetisa? ¿No es cierto que discurre muy bien al afirmar que es más verosímil y más dramático el odio de la madrastra que el desafecto del padre? ¿Quién dudará de que el arte salió ganancioso con la alteración?

Pues los nobles resquemores de la autora llegan todavía á más: «y ni aun me juzgo suficientemente autorizada—dice más adelante—por los rumores públicos consignados en la historia para atribuir la muerte—aparentemente natural—de mi desgraciado protagonista, al lento veneno que los enemigos de la reina de Aragón supusieron último recurso empleado por la ambiciosa princesa para el triunfo de su causa». Y estos sí que no tienen fundamento, porque aunque no esté comprobado de un modo indubitable, lo cierto es que todos los historiadores afirman la muerte violenta de Carlos de Viana, atribuída por los contemporáneos á la desapoderada ambición de su madrastra (XIII).

El más fundado reproche, pues, que la crítica podía dirigir contra esta obra, dirígeselo públi-

camente su propia autora; y por cierto que con su explicación no sólo se atenúa, sino que se disculpa la gravedad de la alteración, porque la rechazó el sentimiento delicado de la mujer (XIV).

Incansable la prodigiosa actividad de nuestra escritora, y herida con impresión imborrable su fantasía elevada y ubérrima por las noticias consignadas acerca del primer monarca israelita en las admirables páginas de la Biblia, arca preciosísima donde se guardan en agrupación selecta bellezas y hermosuras de subido valor; pareciéndole que la soberbia, dominadora tiránica del orgulloso espíritu de Saul, la misma que había arrojado del celestial paraíso á los ángeles rebeldes, sepultándolos en las simas tenebrosas del infierno; la misma que había franqueado al dolor y á la muerte las puertas de esta que fué en un tiempo mansión felicísima y que hoy es morada de sufrimiento y estancia de tránsito; la soberbia, que envilece y degrada y apaga los instintos generosos, y aviva y agiganta el egoísmo, es la pasión más intensa y poderosa, la más funesta y terrible, y por lo mismo, la más capaz de excitar los afectos de terror y de piedad que exige la tragedia, comprendió cuánta magnificencia encerraba aquel carácter.

de inmejorables condiciones para servir de protagonista en una obra dramática, y cuánta era la grandeza de este argumento bíblico; y confirmó más tarde su primitiva y acertada opinión, cuando por feliz casualidad llegaron á sus manos dos tragedias que trataban el asunto: la una de Alfieri, la otra de Soumet, ambas con el mismo título de *Saul*. Sorprendida por las bellezas que contenía la segunda, superiores, según ella misma declara, á lo que se prometía encontrar, dada la escasa nombradía de la obra, comenzó á traducirla en verso, trabajo que hubo de abandonar después para producir las tragedias de que antes os he hablado, y que reanudó más tarde, convirtiéndolo en labor original, pues abandonando ya la empresa de adaptar á nuestro teatro la tragedia mencionada, acometió la de crear una nueva, sin sujetarse á ningún modelo, aunque aprovechando, si hemos de dar crédito á su propio testimonio, algunas de las bellezas de las dos que tenía á la vista, y evitando en lo posible los inconvenientes que, para su ejecución en nuestro teatro, en ambas había observado.

Desconfiada, la autora, del acierto con que hubiera dado cima á su labor, la sometió en so-

lemne lectura al juicio del Liceo de Madrid, solicitando de sus individuos una opinión franca; la cual obtenida, y á pesar de su sentido altamente favorable y lisonjero, no bastó para que la señora Avellaneda se decidiese á hacer partícipe al público de las bellezas que, por justo y nunca odiado privilegio de la suficiencia y la ilustración, anticipadamente habían saboreado los literatos del Liceo. Tres años permaneció todavía oculta esta joya inapreciable, que, por fin, en 1849, fué estrenada al inaugurarse el Español, obteniendo un éxito feliz, si bien no tan ruidoso como el alcanzado por *Munio Alfonso*, ni siquiera comparable con el del *Príncipe de Viana*. Y ciertamente que, si se estudia con observación atenta y detenida esta obra, nada se encuentra en ella que abone y justifique el escaso entusiasmo del público, porque, sin colocar el mérito de la nueva producción á la altura del que *Munio Alfonso* posee, lo indudable es que lo encierra muy grande y en nada inferior á las excelencias que recomiendan la segunda de sus tragedias.

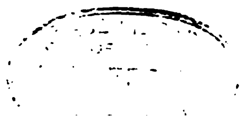
Si se atiende á la pintura de los caracteres, encontraremos evidente realidad histórica é indudable grandeza en aquel Saul retratado por

la Avellaneda, que victorioso contra los amonitas, trocador de las costumbres patriarcales de los hebreos en hábitos guerreros, fundador entre los suyos de la disciplina militar, vencedor, en cien combates, de los incircuncisos filisteos, modelo de bravura y ejemplo de valor, henchido luego por el orgullo que encadena y aherroja sus virtudes, indócil á los preceptos de la constitución y desobediente á las leyes religiosas, pretende emanciparse de toda tutela, usurpa las funciones de los levitas y profana sacrílego el templo de Gálgala, penetrando brutalmente en el sagrado recinto y ofreciendo indignos holocaustos que concitan contra su autor las iras del cielo, cuya justicia empieza á caer sobre la cabeza del soberbio monarca. Hallaremos también belleza artística en la majestuosa severidad de Samuel, el anciano profeta, escogido por Dios para anunciar á su pueblo el término de la tiranía de Saul; en la simpática pasión de Elda; en el tranquilo amor y temerario heroísmo de David; en el dulce carácter y fidelísimo corazón de Jonatás. Si consideramos las exigencias del género dramático en general, y particularmente de la especie trágica, en punto á la lucha pertinaz y sostenida de formidables pasiones, ahí tene-

mos la pasión de Saul, combatiendo sin tregua, saltando por cima de todos los respetos, aun los más altos y sagrados, devorado por la envidia, desafiando el poder de Dios, creyendo inmortal y eterna su caduca y perecedera gloria; allí se nos ofrecen situaciones trágicas de alta tensión como la entrada de Saul en el templo; la escena en que Samuel, nuncio implacable de las desgracias del monarca, le pronostica su destronamiento y próximo fin; la en que la pitonisa de Endor confirma las infaustas predicciones del último juez del pueblo hebreo; la en que Jonatás y Micol interceden por David, condenado por la saña del rey, y en peligro inmediato de muerte, y las últimas, en que Saul, ciego ya por la rabiosa impotencia, se lanza contra el pastor belemita, que tantos días de gloria había de dar á la nación judáica, y luego descubre que á quien hirió con seguro golpe fué á su propio hijo Jonatás.

Si nos fijamos en el desarrollo de la acción y en el plan del poema, habremos de reconocer que la Avellaneda supo salvar, con rara habilidad, las no escasas dificultades que presenta el desenvolvimiento lógico, dentro de los estrechos límites de la obra dramática, de una trama com-

puesta de sucesos que acaecieron en el transcurso de muchos años; y todo sin alterar el orden cronológico, y evitando los defectos que empañan las producciones antedichas. En la de Alfieri, los cuatro primeros actos y gran parte del quinto pasan sin que Saul entre en acción, y sólo en las escenas finales, y ya en las últimas horas de su vida, aparece el personaje bíblico con el verdadero carácter de protagonista. Soumet, queriendo también sujetarse á los preceptos horacianos, obligóse á alterar notablemente los hechos, cayendo en indisculpables anacronismos, y amontonando en el breve espacio y tiempo que le permitia la regla de las unidades, acontecimientos separados por larga solución de continuidad. La Avellaneda, en cambio, si no se aparta en absoluto de la preceptiva clásica, tampoco se subordina ciegamente á ella, y moviéndose con desahogada libertad dentro de los principios de la estética, que es y debe ser, la verdadera y fundamental técnica del arte, consigue reconstruir en ordenado enlace los hechos de la vida de Saul, á quien presenta desde que envanecido por sus triunfos y en el apogeo de su poder y de su gloria, inaugura la era de sus injusticias; abrazando así la obra un período de tiem-



po mucho mayor que el que comprenden sus homónimas, aprovechando las situaciones dramáticas con que brinda la historia del héroe, y prestando á la acción más movimiento y más vida. Por lo cual, si el *Saul* de que hablo no refleja la sublime sencillez del de Alfieri, le es en cambio superior en el concepto dramático, y aunque adolece de alguna inexactitud como la que implica el atentado de Saul contra David, el parricidio involuntario consumado en la persona de Jonatás, y el suicidio del protagonista, cuando es lo cierto que Saul pereció junto con sus hijos, guerreando contra los filisteos en las gargantas de Gelboé, la tragedia española resulta siempre más ajustada á la verdad histórica que la del poeta de allende el Pirineo.

De otra inexactitud justifícase la autora; que en obsequio á la brevedad, y para facilitar la representación, suprimió en el año 49 el personaje Abiathar, posponiendo á estos fines la realidad de la historia, evidentemente falseada con tal medida, pues no fué Achimelech, sino Abiathar, su hijo y sucesor en el pontificado, quien sobrevivió á la destrucción del cuerpo sacerdotal. A pesar de ello, pudo decir con razón la egregia poetisa, que su *Saul* es más rigurosa-

mente histórico que el de Soumet y más dramático que el de Alfieri: «*Saul* no es una creación, es un drama real, severo, religioso; en el que no representa sino secundario papel la pasión amorosa, en el que no se hacinan peripecias violentas ni se ostentan adornos postizos, excluidos por la gravedad de su asunto; es un drama, en fin, *sin alteración considerable de la verdad bíblica.*

Era una noche de la primavera del año 1858. A la puerta del teatro de Novedades se agrupaba inmenso gentío, en el que se confundían la dama de ilustre abolengo, el caballero de correcto aspecto, el literato eximio, el magistrado incorruptible, el militar valeroso, el banquero acaudalado, el artista de fama, el hombre de ciencia y el hombre del pueblo, las altas clases de la sociedad, todo lo distinguido y sobresaliente que encerraba la corte. El desusado movimiento que tan numerosa concurrencia producía en la popular plaza, la calidad de las personas que ocupaban las localidades del teatro, el aspecto deslumbrador y magnífico del democrático coliseo, todo presagiaba que un acontecimiento de gran importancia iba allí á realizarse. En efecto, se había anunciado el estreno de un drama bíblico, original de la Sra. Avellaneda, y el público ma-

drileño, que con tan exquisito deleite gustaba los escogidos manjares con que la poetisa cubana le brindaba frecuentemente, habíase allí congregado en valiosa representación, ávido de saborear los excelentes primores á que estaba acostumbrado, bien ajeno, por cierto, de que el resultado iba á superar las esperanzas de los más ardientes amantes de la literatura dramática, y sin poder adivinar que el suceso de que iba á ser testigo había de constituir el acontecimiento literario de más transcendencia que en España se desarrollara durante la presente centuria. El más importante he dicho, y no rectifico, porque el espíritu de la antigua tragedia, de la tragedia clásica, iba á resucitar en nuestra patria, al cabo de tantos siglos, con la misma grandiosidad, el mismo aire majestuoso, la grave pompa misma con que le admiraron en el siglo de Pericles los sensibles hijos de la Hélada, y la Avellaneda, calzada del régio coturno y blandiendo el puñal de Melpómene, parecía animada del espíritu del gran Sófocles...

En la parte meridional de la antigua Mesopotamia, en la inmensidad de aquel risueño oasis, circundado por la árida meseta de Irán y los secos desiertos de la Arabia; en la planicie de

aquel extenso valle, limitado por las cuencas del Eufrates y el Tígris, vivía un pueblo, formado por multitud de razas, que en las diversas vicisitudes de su historia, y en virtud de sucesivas conquistas, llegó á convertirse en el imperio más poderoso del mundo, desarrollando aquella extraña civilización asiria á todas semejante, igual á ninguna. Y sucedió con el tiempo lo que siempre sucede en los pueblos que han llegado al apogeo de su grandeza (como diríamos, si nos fijáramos sólo en el aspecto externo de los acontecimientos históricos), que han cumplido la misión providencial que en el plan inexcrutable de la sabiduría divina les fué asignada (como afirmamos, atendiendo á la verdadera y suprema causa de las cosas): engreído con su gloria, se creyó omnipotente; orgulloso con su poderío, se imaginó invulnerable y eterno; cegado por su esplendor, se creyó dueño absoluto de sí mismo y único soberano de los demás; y envanecido con sus triunfos, renegó de Dios, pisoteó sus leyes, despreció las virtudes, entronizó el egoismo, levantó altares á la sensualidad, justificó el crimen, se entregó sin tasa á toda clase de vicios, bebió sin tregua en el dorado cáliz de perfumado olor en donde se contiene el letal veneno, la mor-

tífera ponzoña de las bajas pasiones; apuró con ansia infinita, con deseo insaciable todos los placeres, y, rendido por el cansancio, anulado por el hastío, presa de la desesperación, sin fe, sin ideales, sin esperanzas, falto de virilidad y privado de energías que tan neciamente había gastado, se rindió, sin defensa á sus enemigos, y murió cobarde, porque vivió sensual.

Al lado de este imperio vivía el pueblo hebreo, el pueblo escogido, con su civilización providencialmente teológica, con su grandioso templo de Jerusalem; con sus reyes poetas, músicos y legisladores; con sus profetas y pontífices; recibiendo, siempre, de la próvida mano del Omnipotente, muestras de indudable predilección. Dividido el reino en dos Estados, á la muerte del sucesor de David, introducida en Israel la idolatría, sancionado el culto de Baal por su rey Acab, sordo á la voz de Elías, que era como el eco de la divina voz que anunciaba la perdición del pueblo de Jacob, bien pronto quedó en poder de los asirios, quienes no tardaron mucho en agregar á su territorio el reino de Judá, cuya capital, Jerusalem, la ciudad santa, fué tomada y reducida á escombros por el rey caldeo Nabucodonosor; quedando destruído también el tem-

plo, y Sedecías y sus súbditos convertidos en esclavos y conducidos á Babilonia.

Frente á frente colocados los dos pueblos, ambos corrompidos, es verdad, pero esencialmente diferentes—porque el pueblo hebreo conservaba todavía, en medio de sus crímenes, las virtudes providenciales necesarias para el cumplimiento de sus grandes destinos, mientras que el caldeo, ahogado en el océano inmundo de las más asquerosas liviandades, agonizaba ya bajo el peso de sus iniquidades, aherrojado por las cadenas del despotismo y oprimido por el fúnebre dogal de las más viles pasiones;—representando el uno la civilización, que muere, y el otro la civilización que renace entre las humillaciones de la esclavitud, para lucir luego esplendente y deslumbradora; los falsos dioses y el Dios verdadero, la idolatría y el monoteismo, constituyen la profunda y hermosa antítesis, que sirve de asunto á la obra; contraposición sostenida con magistral dominio de todos los recursos dramáticos, y que, dando al poema un sello histórico indeleble, se ofrece como mérito originario y primordial de la tragedia que nos ocupa.

La caída del imperio babilónico y regeneración del pueblo judío, he aquí el argumento que la

Avellaneda desarrolló en su drama bíblico *Baltasar*. De la fortuna con que lo hiciera, la prensa y la crítica de aquellos días contiene halagüeñas noticias y encomiásticos juicios, de los que vosotros vais á ser partícipes en breve, cuando os presente, con la poca suficiencia de mis conocimientos y la escasa maestría de mi palabra, las grandezas imperecederas de esta obra inmortal, gloria excelsa entre las más brillantes de nuestro pomposo teatro (XV).

Conozcamos, ante todo, á los personajes. De un lado Baltasar, el protaganista, encarnación palpitante de su pueblo, personificación de un imperio que se hunde, síntesis de una cultura que se acaba; como ellos, escéptico, cansado y corrompido: poseyéndolo todo, nada le satisface: señor de vastos Estados, no puede dominar en ningún corazón: déspota cruel con sus súbditos, se hace siervo del vicio, y rinde vasallaje á la tiranía de las pasiones: dueño de un alma noble y levantada, en vano busca en el rebajamiento moral la satisfacción de sus aspiraciones infinitas: soberano absoluto y señor indiscutido, no encuentra vallas que se opongan á sus deseos, y sus deseos se hacen insaciables: probó todos los goces, menos los del sacrificio y la abnegación, y

no hay placer nuevo que estimule su gastada sensibilidad: ansioso de admirar el bien, como no lo busca en su verdadero centro, no encuentra en el mundo más que perversión y vileza: artista de corazón, no halla belleza que le recree, porque todas las humanas se ajan y afean con los estrujones de la posesión: inclinado por naturaleza al amor, nada hay que aparezca merecedor de su cariño: desprecia á sus semejantes, aborrece á la humanidad, y su espíritu fatigado y yerto vaga por el mundo en triste y desesperada soledad, sin que logre calmar un instante la sed inextinguible que le quema y abrasa... La poetisa supo imprimir al carácter de Baltasar tal verdad y colorido, con tanta inflexibilidad está trazado el dibujo, que la figura parece como que se destaca del fondo del drama con vida, con movimiento, y su voz se percibe, y sus gestos acompañan y dan realce á la palabra, como si por milagrosa intuición, exclusiva del verdadero genio, la Avellaneda penetrara hasta lo más profundo del corazón del héroe, y sondeara aquellas lobregueces de un alma en donde no se ha apagado por completo la luz de la verdad y del bien, pues como dice su madre:

No se postra por flaqueza
Del rey el ánimo grande:
Duerme su alma, no está muerta;

pero sus resplandores son tan débiles que no pueden romper las espesas tinieblas que la envuelven.

Junto á Baltasar, Nitocris, su madre, cariñosa y solícita proveyendo á la gobernación del imperio y esperando siempre en la regeneración de su augusto descendiente; Neregel, ministro, y Rabsares, cortesano; hombres sin dignidad como lo son indefectiblemente cuantos rodean á los déspotas y explotan sus vicios; que todo lo fian á la servil adulación y á los oficios más viles y repugnantes, y que aspiran á derrocar al tirano, cuyo embrutecimiento, por ellos preparado, ha de ser el escabel de su poderio.

En el lado opuesto, el profeta Daniel, severo y magestuoso, cual conviene á la misión de anunciar los designios divinos: figura de propósito solo delineada. para que no descendiendo al terreno de la vida ordinaria conservara toda su necesaria grandeza; Joaquin, ex-rey de Judea, lleno de noble orgullo por su pueblo y sus creencias, animado por la fe y tranquilo y consolado

en medio de su cautiverio con los alientos de santa resignación; Ruben, su nieto y heredero, y Elda, sobrina del profeta, enlazados con los vínculos de entrañable amor: élla radiante de hermosura y virtuosa hasta el heroismo; él gallardo y valiente hasta el extremo de desafiar la ira de Baltasar y medir con él sus armas.

Ved ahora, si es posible que yo pueda presentároslo con la exactitud y brillantez necesarias y dentro de los que ya presumo cercanos límites de vuestra paciencia, el habilísimo desarrollo de la acción. Rabsares, que en su cuidadoso afán de adulador, agota todos los medios imaginables para disipar el hastio del monarca y asegurarse con ello su favor, juzga con acierto que la hermosura de Elda es capaz de impresionar el alma de Baltasar y encender en ella el fuego del deseo, y empieza á realizar su plan, interesando á Nitocris á favor de la bella virgen de Judá, que, encerrada en lóbrega prisión, comparte con Joaquin y su prometido Ruben los dolores y humillaciones de la esclavitud. Acompañada de Rabsares, desciende Nitocris á la estancia de los hebreos cautivos y promete la libertad de Joaquin, dándosela desde luego á sus hijos, y llevándose después á Elda, á la que colma de ricos presen-

tes, y le ofrece «hogar, madre, luz y espacio.» Elda resiste al principio, pero cede ante los favores que para los suyos espera obtener de la protección de Nitocris, y marcha, junto con Rabsares y entre esclavos, al real palacio. Llorando estaban todavía la ausencia de Elda, cuando aparece en la prisión Daniel, y descubre los malvados propósitos de los cortesanos; entonces Ruben jura salvar á su esposa, y corre despavorido hácia el alcázar del tirano.

En él se realiza el segundo acto. Neregel había dispuesto una fiesta suntuosa para distraer al rey, y cuando éste aparece en la escena rodeado de su comitiva, entre las melodías de la cítara, los himnos de alabanza, los aromas de los áureos pebeteros, con su cohorte de instrumentos del goce en forma de mujeres, sofocado por el incienso, en medio de aquel ambiente inficionado, no tanto por los perfumes como por el servilismo, observando todo aquello con la indiferencia propia del que está habituado á todo género de placeres, consumido por el tedio que le abruma, pronuncia con acento impregnado de soberano desdén esta sola palabra, grandilocuente, inimitable: ¡*Basta*! que vale por cien frases, porque ella sola da idea bien clara del

estado del protagonista. Imposible sería, y por eso no me lo propongo, haceros formar juicio de la incomparable belleza del pensamiento y de la forma en los diálogos que sostiene Baltasar con Neregel y su madre, en los que vierte el babilonio príncipe toda su desesperación y exclama, lleno de ardoroso deseo:

¡Dame un poder que rendir...
Crímenes que cometer,
Venturas que merecer
O tormentos que sufrir!
¡Dame un placer ó un pesar
Digno de esta alma infinita,
Que su ambición no limita
A sólo ver y gozar!...
Dame, en fin, cual lo soñó
Mi mente en su afán profundo,
Algo... más grande que el mundo!
¡Algo... más alto que yo!

Rabsares y Nitocris invitan á la hermosa Elda para que cante en presencia del rey, y la doncella muestra entonces toda su altiva dignidad, que, uniéndose á su grave continente é interesante melancolía, añade nuevos encantos á su severa y hermosísima figura, á cuya vista, Baltasar siente herido su pecho con una emoción que

ha tiempo no había experimentado. El interés va creciendo á medida que la joven hebrea ostenta en sus palabras toda la invulnerable entereza de su virtud, y el rey, gozoso ya de su presencia, encantado con la valentía de Elda, ordena que salgan todos, y á solas con ella, su sangre se activa y circula con más rapidez al influjo de aquella mirada que le fascina, y cada frase de desvío y cada ademán de resistencia encienden más y más el deseo del tirano, que ya fuera de sí va á rendir por la fuerza aquella fortaleza tan heróicamente defendida y que no capituló ni ante las ofrendas, ni ante las amenazas, porque para comprar su virtud

No basta de cien mundos todo el oro
Ni son nada en tu frente mil coronas,

cuando aparece de súbito Rubén, que confundido entre los de la comitiva, había llegado hasta la régia mansión y se había ocultado á la salida de aquella, y acude en defensa de su amada que es conducida al harem, mientras Baltasar, lleno de indescriptible gozo al encontrar un hombre que se le opone con odio, ataca con fiereza tanto más temible cuanto más deseada, al generoso Rubén. Éste, desprevenido, atónito, asom-

brado y ciego por su propia ira, no puede impedir ser desarmado. El rey le da la libertad, y solo ya Rubén, aparece Joaquín, que al enterarse de lo sucedido, busca á tientas la espada por su hijo arrojada, la encuentra y pide á Dios un rayo de luz que rasgue el velo sempiterno que cubre sus ojos; pero en vano, porque en seguida exclama con voz sombría:

...¡Noche profunda! Noche horrenda,
Que el odio mismo á iluminar no alcanza!...

Daniel le cierra el paso y le recuerda que sólo á Dios toca vengar las infamias del monarca caldeo.

El movimiento de simpatía que la hermosura portentosa de Elda despertó en el ánimo de Baltasar, no era ya un capricho fugaz que pudiera morir al ser satisfecho: conmovidas con rudos sacudimientos las fibras más profundas de su alma, ante la dignidad invencible de la esclava judía, Baltasar no era ya el soberano autócrata que exige imperioso un momento de placer, sino el hombre lleno de pasión arrebatada, que solicita humilde, implora rendido y suplica anhelante, porque se siente transportado á otro mun-

do, nunca por él entrevisto en sus calenturientos ensueños, y su dicha es inefable

Al contemplar que amar puede
Que demostrarlo ambiciona
Y que ser amado espera.

Mas el cortesano y el ministro, que veían con miedo este nuevo estado del espíritu de Baltasar, recelando que el rey salga de su letargo y, venciendo á la inercia que le postra, destruya sus planes ambiciosos, acuerdan prevenirle en contra de los judíos para contrarrestar los efectos de aquella repentina y peligrosa pasión. Neregel de cuenta al monarca de las turbulentas intrigas de los sátrapas, que exaltan el furor del pueblo contra los judíos, y Baltasar ordena que aquella misma noche se celebre en su palacio espléndido festín para distraer á los conjurados; que al pueblo se le imponga en castigo, un nuevo tributo, y que se erijan altares y se rinda culto, juntamente con los dioses nacionales, al Dios de los hebreos. En una escena de radiante belleza, Elda logra hacer brillar en el corazón del monarca los apagados sentimientos de generosidad, y, de ellos poseído, Baltasar abre á Joaquín las puertas de su prisión, le señala pingües rentas y

hace á Daniel el primero de su corte, el segundo de su reino; y cuando el populacho amotinado á las puertas del harem, pide la sangre de los judíos, Baltasar dispone que penetren en aquel recinto, nunca hollado por personas extrañas á la servidumbre del rey, los irritados súbditos, á quienes manda que se postren á los pies de Elda y adoren en ella la régia esposa, á la cual quiere que adorne con nuevos resplandores el purpúreo manto de Semíramis. Rubén declara entonces que es el esposo de Elda, y Baltasar, habiéndolos tenido hasta ese momento por hermanos, no puede reprimir su cólera, que estalla en alaridos feroces. Quiere entonces vengarse, y entrega á Rubén á las iras del pueblo para que lo destroce y sean arrojados á la plaza sus sangrientos restos. Al mismo tiempo, Elda es conducida de nuevo á su prisión.

Se acerca el momento de la catástrofe. En un fastuoso salón del palacio, se celebra una fiesta crapulosa y libertina, como jamás soñó la imaginación más exaltada. El rey quiere enloquecerse y olvidarse de sí mismo, y pretende ¡insensato! ahogar los gritos de su alma dolorida, y oponerse á la voluntad del supremo rey del universo, entre los excesos de una orgía intermina-

ble .. La licenciosa alegría es de improviso turbada por la presencia de Elda, que ha logrado escapar de su prisión y aparece desmelenada, sombría, con el vestido en desórden y mostrando con su mirar indeciso y vago el extravío de su razón; loca por el dolor, sólo pide clemencia para su infortunado esposo. De pronto se obscurece su rostro, y poseida de espanto, describe, como si estuviera presenciándolo, un espectáculo horripilante de muerte y soledad; y como si á pesar de la exaltación de su locura y en medio de aquella régia pompa, presintiera la horrenda catástrofe en que iba á perecer el ateo Baltasar y su corrompido pueblo, señala en todos los sitios de la estancia una tumba, y afirma que se halla en un cementerio, como si percibiera á través de los perfumes orientales el ingrato olor de la muerte. Elda, llena de pavura, cae desfallecida, y, trasladada á otro lugar, el festin continúa todavía más desenfrenado: el vino, contenido en artísticos vasos de cincelados metales se consume con profusión; al bullicio del placer se une la algazara de la embriaguez; los sentidos embotados en estúpido vértigo solo piden goces. Cuando más en su apogeo impera el infernal desórden de aquella gente desalmada, el venerable anciano

Joaquin aparece en escena, trémulo, desencajado, lleno de amargura, pero dueño todavía de su magestuosa seriedad: con doloroso sarcasmo quiere brindar por la gloria de Baltasar, quien devuelve la ironía brindando á su vez por el Dios de Jacob, y para hacerle más honor dispone que se beba en los vasos sagrados del templo de Salomón; más en el instante en que los cortesanos van á consumar la sacrílega profanación, se inicia el horrible despertar de aquel sueño delirante: cuando con los brazos levantados iban á tocar sus inmundos labios los cálices sagrados, al impulso de una violenta ráfaga del huracan aterrador, se abren de súbito las puertas y ventanas del régio salón: caen las estátuas de sus pedestales, son derribados los trofeos, las copas vienen á tierra, cesan los acentos de la música, se acallan los gritos de los ébrios cortesanos; á las locas carcajadas reemplaza un silencio de muerte, á la alegría sucede el pavor, á los alardes de incredulidad sustituye un miedo profundo de algo sobrenatural y divino que no se ve, pero cuyos efectos se palpan, y en medio de las impenetrables tinieblas y entre el general espanto que se ha enseñoreado de los libertinos, precedidas de un trueno formidable, aparecen en el

muro, frente al rey, trazadas por omnipotente mano, aquellas fatídicas palabras que señalan el hundimiento de la soberbia monarquía asiria: *Mane Thecel Phares*... Los magos confiesan su impotencia para descifrar aquel enigma horrendo, y es llamado Daniel, que las interpreta como el anuncio de la inmediata conquista del imperio por Ciro. En seguida Rabsares confirma la verdad de la predicción, noticiando que los persas se hallan ya á las puertas de Babilonia. Baltasar sale á luchar con ellos, y vuelve al poco tiempo en brazos de sus esclavos, herido y casi exánime; hace un supremo esfuerzo, y medio apagada por el estertor de la agonía, se oye su ronca voz confesando á Dios:

El Dios que al hombre engrandece...
Ese... ese es el verdadero!

exclama, y cae muerto en brazos de su madre. Corren los asirios en cobarde fuga, los medos y persas, dueños ya de la ciudad, penetran en el palacio incendiado por Nitocris, y Daniel, iluminado por divina luz, profetiza que Ciro es el escogido por Dios para construir el nuevo templo que oirá la voz del Mesías...

Aun á riesgo de que las ya extraordinarias di-

mensiones de mi discurso os lleguen á parecer ingrato abuso de vuestra benevolencia generosa, he querido describir, con toda la precisión que me ha sido posible, la marcha de la acción, para que teniendo á vuestra vista todos los hilos de esta trama habilísima, aprecieis debidamente el portentoso mérito de *Baltasar*, y convengais en que no exageré cuando os decía que el estreno de esta obra constituye el suceso dramático de más trascendencia que en nuestro siglo ha visto España. ¿Donde, sino en ella, habeis encontrado las brillantes, al par que severas, formas de la tragedia clásica, animadas con todo el interés y colorido del drama moderno? conjunción difícil y antes de *Baltasar* quizá por ninguna otra obra lograda, hasta el punto de que en ella se han fundado los que no han sabido comprenderla, para encontrar en el carácter del protagonista esencial anacronismo, sosteniendo que, tal como aparece, sólo puede vivir entre los refinamientos de la civilización contemporánea, como si el hastío y el tédio que anulan á Baltasar no fueran fenómenos conocidos é igualmente lógicos en todas las épocas de corrupción y desenfreno, y como si ignoraran que la fastuosidad y el lujo originan necesariamente costumbres licenciosas, y

que el lujo y magnificencia de las cortes de Oriente, señaladamente de la de Babilonia, han pasado á la categoría de proverbiales. ¿Donde encontrar más grandeza trágica, situaciones más terriblemente bellas, pasiones más exaltadas, unidad más difícil de conservar y con más lógica perseverancia sostenida, variedad más explén-dida y armonía más sublime?... Recorred la historia de la Dramática, registrad los anales del teatro de todos los pueblos, estudiad las producciones de los griegos y romanos, de los neo-latinos y anglo-sajones, de los teutones y germanos, y yo os aseguro que no dareis con un argumento que, encerrando tan colosal trascendencia, haya sido llevado con igual ó siquiera parecido acierto al marco de la escena, que, con toda su amplitud, se ofrece siempre pequeño y estrecho para asuntos de esta índole. Solo dos, igualmente épicos en su universalidad al referido, presenta la historia de nuestro planeta: la caida del imperio romano y la expiación sangrienta del Calvario, más grandioso aún que los apuntados porque fué la regeneración moral del hombre, consumada misericordiosamente por el mismo Dios. El primero no ha sido aprovechado por ningún génio dramático; el segundo se ha repro-

ducido con impía frecuencia, con reproducción que, si no se tomara por blasfemia, me atrevería á llamar real y verdadera, porque en ella el arte quedó sacrificado y la fé cristiana no ganó, ciertamente, en solidez y reverencia. Pensad que un suceso de tal magnitud como el hundimiento providencial del gigantesco imperio babilónico, ha de deslucir y hacer pálido cuanto se le ponga en contacto; tened en cuenta que el milagroso acontecimiento de la inmediata predicción y la orgía antecedente no prestan materia más que para dos ó tres escenas, á lo sumo, y decidme después si para escribir cuatro actos magistrales, y hacer simpática la figura de Nitocris, venerable y grande la de Joaquin, pasionales é interesantes los amores de Elda y Ruben, odiosos y repulsivos los tipos de la corte, y sublime la virtud de la sobrina de Daniel; y si para enlazar todos estos que no son más que incidentes, y si para, lo que es aún más admirable y espinoso, conseguir que estos personajes, que no son más que episódicos, coadyuven por modo maravilloso, sin estorbarlo ni reducirlo, al sostenimiento de la unidad—que es el desarrollo del carácter de Baltasar—y al desenvolvimiento de la acción—que es la lucha del protagonista con la Providencia,—

no se necesita toda la mágica destreza de una inteligencia superior, iluminada por los vívidos destellos del genio; todo el artificio prodigioso de un arte que eleva á su poseedor á inmensurable pináculo, á donde no llega la visual más bien dirigida de los pecheros del entendimiento (XVI).

La crítica superficial y ligera, la que sólo se fija en el aspecto exterior de las cosas, dijo, por entonces, que el protagonista de esta obra se parecía al Sardanápalo de Byron: «¡Mentira!» exclama con entusiasmo el Sr. Navarro Rodrigo: «El drama de la gran poetisa española es más vasto, es más trascendental que el poema del gran poeta inglés. El uno es la descripción magistral de un carácter, el otro el desenvolvimiento dramático de un pensamiento profundo». El cargo de analogía se formulaba, sin embargo, refiriéndose exclusivamente al carácter de Baltasar, comparado con el de Sardanápalo, y el castizo Alarcón lo destruye observando que «no es el Baltasar de la Avellaneda quien se parece al Sardanápalo de Byron, sino el Baltasar de la Biblia al Sardanápalo de la historia». Baltasar se parece á Sardanápalo porque las consecuencias de factores homogéneos han de ser indefectiblemente idénticas también; porque á iguales cau-

sas, iguales efectos. Ambos personajes se parecen como se parece la corte de Alejandro á la corte romana, como Carlos II de España se parece á Enrique III de Francia, como el Occidente de Europa se parece hoy al Bajo Imperio, como la España de nuestros días á la de Enrique IV el *Impotente*. «La semejanza no es otra que la que existe entre los hechos históricos que les dan asunto, y aun así no es tan grande como vulgarmente se cree», afirma con profunda convicción el erudito D. Juan Valera, quien, con exquisita prolijidad, se detiene á enumerar las notables diferencias que separan á los dos héroes. Sardanápalo es, como Baltasar, corrompido, ateo y blasfemo; pero es un libertino elegante, jovial, alegre, sin dolores en el alma y voluptuoso como nadie. Para él la vida es un eterno festín que vale la pena de gozarse; no se aburre, ni se desespera, ni desprecia; es, como si dijéramos, un *gentleman* de nuestros días. Cuéntase que las señoritas inglesas cuando leen esta obra suelen enamorarse del héroe, hasta envidiar la suerte de Myrrha, pereciendo con él en medio del incendio; del Baltasar pintado por la Avellaneda no puede enamorarse ninguna *lady* por sensible y romántica que sea. El uno es el egoís-

mo, el otro es la desesperación y el hastío; ambos personifican la degeneración; pero en la forma, en el fondo y en las relaciones de su carácter con la acción, nada se encuentra de común entre ambos personajes.

Con respecto á las dos obras, la desemejanza es también notabilísima. Sardanápalo es derrotado por las armas de sus sátrapas rebeldes; lucha con tenacidad y perece con bárbaro heroísmo, pero sin fé. Baltasar sucumbe rodeado de causas sobrenaturales y misteriosas; su sorpresa é imprevisión están justificadas por lo repentino de la catástrofe con que la eternal sabiduría realizó sus ocultos designios; perturbado por el vértigo de la orgía y en desequilibrio su alma, bajo el peso de tantas y tan contrarias emociones como experimentó en aquella noche memorable, la resistencia que opone á los invasores es débil y desconfiada; muere de un modo vulgar, de las heridas recibidas en el breve combate, y cuando exhala su hálito postrero, una luz celestial ilumina su inteligencia que se apaga, confesando á Dios. El poema de Byron es como una burla de la Providencia divina; es la apoteosis del poder del hombre, en contraposición al poder de Dios: Sardanápalo es feliz en medio

de sus crímenes, y hasta en la forma de su muerte encuentra motivos que satisfacen y halagan su estúpida vanidad. El espíritu de la tragedia *Baltasar* es eminentemento cristiano y piadoso: Baltasar vive desdichado porque desconoce á Dios, y no ama la virtud, y muere creyente, arrepentido y perdonado por boca de Joaquín, porque

Nuestra santa religión
Hace un deber del perdón.

Esta loable tendencia religiosa dió infundado motivo para que se acusase á la Avellaneda de cierto neo-catolicismo filosófico y desinteresado, que, desnaturalizando por misantropía la creencia en la flaqueza humana «no ve ni reconoce nada respetable, ni noble ni bello en las sociedades ó en los individuos que no están iluminados por la luz de la revelación.» La acusación es para mí gratuita. Si la Avellaneda pinta á los cortesanos de Babilonia ruines y viles, es porque la historia afirma que así fueron, no porque tuviese el deliberado propósito de desfigurarlos para producir el contraste; si los judíos aparecen en la obra con miras levantadas y caracteres nobles, no es, precisamente, porque formaban parte del pueblo escogido, y en este concepto fue-

ron favorecidos por gracia sobrenatural, sino porque los personajes hebreos que intervienen en la acción, nobles y dignos y virtuosos fueron también en realidad. En esto no hay más que sujeción rigurosa á las enseñanzas de la historia. Si entre los asirios no aparecen caracteres simpáticos y personajes virtuosos, no es porque la Avellaneda quiera demostrar con ello que no existieran en Babilonia, sino porque cuando se quiere reflejar el estado de descomposición de una sociedad, no se va á reflejar en el drama lo excepcional y lo que está fuera de lo común, lo cual resultaría contraproducente, sino que lo natural es presentar lo ordinario y corriente, y lo general en Babilonia eran los tipos abyectos y envilecidos que nos ofrece en su tragedia la Avellaneda, de cuyo ánimo estaba tan lejos la tendencia que tan sin motivo se le atribuye, que cuando fué natural y necesaria la intervención de un asirio lleno de nobles alientos, retrató el tipo sin violencia, sin disgusto, con el mismo amor con que dibujara las figuras de los judíos: prueba de ello el carácter de Nitocris. La grandeza moral de Baltasar no resalta, pues, á expensas de la humanidad, como afirma equivocadamente el crítico aludido (XVII), sino única y

exclusivamente á expensas legítimas de sus adoradores cortesanos—que siempre fueron más vituperables y repugnantes las embajadas y la misión del *tercero* que las refocilaciones del empecatado libertino. . . . .

¡Triste privilegio el del genio, que ha de morir siempre en el olvido! ¡Ingrata condición de la humanidad y de nuestro carácter nacional, versátil y tornadizo, que consume la existencia erigiendo ídolos para volver la espalda, apenas cierra los ojos á la luz de la vida, á quien antes encumbrara!... La ley de la muerte cumplióse en la Avellaneda con premura harto funesta para las letras españolas: el día 1.º de Febrero de 1873 murió en Madrid la autora de *Baltasar*, rodeada del desamor y de la indiferencia general (XVIII); su féretro no se cubrió con flores, ni en su sarcófago se depositaron coronas, ni en su entierro se mostró el dolor que, naturalmente, debía haber producido pérdida tan irreparable; su tránsito á la eternal mansión fué callado, sin aparato, sin fausto, sin pompas vanidosas, cual si por divina permisión se hubiese cumplido el deseo común á todas las grandes almas, y que de seguro abrigó la Avellaneda, de gozar la paz perpétua desde el primer momento, sin algazara

que la turbe, ni alardes ostentosos que la ofendan.

¡Egregia hija de las musas! Cayó ya sobre tí aquella noche polar y eterna descrita por tu ilustre biógrafo, en que todo es soledad y negación y en la qne ni aún los cantos de la sirena se escuchan. En torno de tu lira reina ya aquel silencio absoluto, aquel vacío de todo soplo de aliento con que la muerte proteje el reposo de sus súbditos. Mudos quedaron ya para siempre aquellos alambres de oro que tus manos pulsaron con inspiración eólica. Tus cantos no volverán ya á resonar con vibraciones sonoras; pero al través de esa noche fúnebre, por entre los resquicios que la unión de sus moléculas deja abiertos en esa negra niebla que te envuelve, veo yo brillar una luz de infinita potencia, á favor de la cual contemplo tu espíritu excelso, glorificado y radiante de hermosura ultra-humana y angelical belleza; y en medio de esa inalterable quietud que te circunda, y venciendo con divino esfuerzo la inercia de aquel vacío y el aislamiento de aquel silencio, oigo distintamente los suaves ecos de una dulce voz que asevera tu paz eterna, y me anuncia que ya lograron satisfacción cumplida tus contínuas ánsias, que ya alcanzaste el suspirado

término de tu constante anhelar y el logro definitivo de tu aspiración ardiente; que ya encontraste el goce sin penas, el placer inefable, la hartura completa, el deleite sin cansancio, la felicidad sin término y la dicha sin eclipses; que ya reposas en Dios y que tu alma, anegada en el mar sin horizonte de las grandezas celestiales, está ya saciada de la luz inextinguible de la verdad absoluta, de la hermosura incomparable del sumo bien, de la misteriosa infinitud de la belleza increada .. ¡Oh, tú, la escogida de Palas, protegida por Juno, agraciada por Flora y enriquecida con las virtudes de Pomona; nueva Pandora exornada con los poetíferos dones de la innata hija de Júpiter!.. si hasta ti llegan los acentos de voz, si oyes mis palabras, acógelas benévola, admítelas propicia; no desdeñes esta humilde corona de siemprevivas con que quiero reverdecer la memoria de tu nombre en este aniversario de tu ascensión á los alcázares de la eternidad; acéptala magnánima, que yo estoy seguro causará tu regocijo, cuando sepas que quien te la ofrece, abrió, como tú, por vez primera, sus ojos á la luz abrasadora del sol que ilumina con besos de fuego la perla antillana; que, como tú, balbuceó las primeras palabras en camagüeyana tierra, y as-

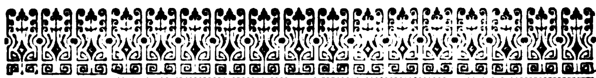
piró los aromas de sus bosques y los perfumes de sus prados, y recibió las caricias de sus céfiros, y su cuna se meció, como la tuya, al blando arrullo de las frescas brisas de aquellos campos amenos y floridos, y recrearon su oído, cual al tuyo recrearon, las melodias y concentos de las vírgenes riberas del undoso Tínima; que, lo mismo que tú, allí empezó á crecer, allí empezó á soñar, allí á orar aprendió y allí comenzó á sentir el sacro amor de la patria, el amor ardiente y noble hácia la madre tierra que nos recibió en su seno, y nos alimentó con los frutos de sus entrañas, y nos regocijó con las armonías de su naturaleza, y nos asombró con su hermosura... ¡Aclámente los pueblos, ensálcente los hombres, te tributen alabanzas los poetas, los geniecillos alados alegren el Parnaso con tus himnos, admire el Olimpo tus creaciones, Júpiter grave póstrese de hinojos ante tu grandeza soberana, cíñante los ángeles el preciado laurel, renueve sus aplausos la crítica, resuene por do quier tu nombre magnificado, inspírense en tu escuela los literatos, muéstrese á ti deudor el arte, pregonen cien áureas trompetas tu justa fama, y cunda por el mundo, á través de las generaciones, tu memoria excelsa y tu inmensa gloria!

CONFERENCIA TERCERA

DRAMAS Y COMEDIAS

PRONUNCIADA

EL DÍA 8 DE FEBRERO DE 1897



CONFERENCIA TERCERA



DRAMAS Y COMEDIAS

Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable;
Il doit régner par tout, et même dans la fable.

DESPREAUX.

CONFIESO con entera verdad que, al echar sobre mis hombros la pesada carga que ya empieza á abrumarme, no supe medir las dificultades que había de vencer, ni los obstáculos que había de salvar para conducir á feliz término el propósito que me resolvió á publicar, por este modo, el resultado de mis estudios acerca de las obras eximias de la gloriosa Avellaneda.

Cuando hace pocas horas consultaba yo, atropelladamente, las notas elaboradas en detenida preparación y referentes á los dramas y comedias

de nuestra eximia escritora, me arredraba la idea de que no lograra el ingenio prestar novedad á la exposición y revestir de interés la crítica, cosas ambas no muy asequibles, si se tiene en cuenta el número de poemas de que he de hablaros y el natural agotamiento de la forma apologética, que es preciso conservar sin estériles frialdades ni repeticiones enojosas. Temores tales, apoderándose del ánimo, quizá hubiesen triunfado de mi buen deseo, á no mediar el compromiso solemne con vosotros contraído, y de no alentarme la afectuosa simpatía que á mis anteriores conferencias os habéis dignado dispensar indulgentes; en la cual plenamente confiado, me atrevo á proseguir esta noche la obra comenzada.

Aunque no ostenta la justa exactitud de la tragedia *Munio Alfonso,* no vacilo en calificar de histórico al drama *Recaredo,* en el sentido que á esta apelación da la técnica literaria. La autora no se atrevió sin duda á adjetivarlo, y lo tituló simplemente *drama*; pero bien considerados los sucesos á que allí se alude, el estado de perpetua conspiración en que vivía la sociedad hispano-goda y los caracteres de los personajes que en la trama intervienen, habrá de conve-

nirse en que aquellos no están desnaturalizados, aunque no aparezcan en la minuciosa y detallada cronología propia de la historia narrativa, y que el asunto, en cierto modo épico—porque encierra aquella profunda transformación social y política que tan incontables beneficios causó en España con la abjuración solemne de la herejía arriana y reconocimiento oficial de la fe católica, en tiempos del magnánimo y esforzado hijo de Leovigildo,—aparece tratado con profundo conocimiento de nuestra historia y absoluto dominio de las múltiples dificultades que se oponen siempre á la labor del poeta cuando se inspira en motivos de esta índole.

Las crónicas y los escritores de aquella época dan cuenta, en efecto, de los proyectos matrimoniales de Recaredo con Clodosuinda, hermana de Childeberto; refieren que fué por aquél pedida; pero ninguno afirma que se casaran. Así la autora, sin faltar á la verdad histórica, puede presentar al protagonista enamorado con tierna y elevada pasión de la infortunada huérfana, de la desheredada princesa de los suevos, de la varonil hija de Sisegunda, de la casta é impresionable Bada; carácter hermoso y admirable, por la entereza con que condena á los

usurpadores de su trono y destructores de su dinastía; por la fidelidad y perseverancia con que guarda en su alma el tesoro de su fe, para ella el más rico y estimable; por la exaltación sublime con que defiende y ensalza sus puras creencias; por la melancólica ternura de su alma, nobilísima siempre, aún en medio de las perplejidades y vacilaciones que le asaltan cuando, impresionada por la generosidad de Recaredo, se siente inclinada á amarle, y lucha con briosa tenacidad porque no quiere unir su estirpe y su nombre á la raza y al nombre de los que despiadadamente se apoderaron de los territorios de su familia y mancharon con impura nefanda herejía su limpia religión, y á quien ama después, vencida en las intimidades de su espíritu por la necesidad que de amar sentía; pero mostrándose en todo momento firme, resuelta y decidida ante los demás á no doblegar su cerviz al yugo arriano, con tan inquebrantable voluntad que todavía después de confesar reconocida su pasión al que, con magnánimas bondades, supo rendir aquella para otro inexpugnable fortaleza, resiste á los impulsos egoístas del cariño que con empuje irresistible le atrae hacia Recaredo, vence con indómito poder á sus inclinaciones amo-

rosas, y se consagra con santo voto al exclusivo servicio de Dios, prometiendo, ante Aquel que es testigo perenne de nuestras determinaciones, pasar su vida en la sagrada austeridad del claustro. Así pudo la Avellaneda ofrecer, en la escena final de la obra, el armónico desenlace de aquellos amores, anulando la Iglesia el voto imprudente de Bada, y consintiendo ésta en el enlace que le aseguraba su ventura y que dejaba incólume la integridad de su fe; pues Recaredo, que ya privadamente se había convertido á la buena doctrina, iba inmediatamente á consumar la gran obra de la unidad católica, en el famoso Concilio III de Toledo, y el óleo santo, cayendo sobre la egregia cabeza de aquel monarca celebérrimo, iba á consagrar con indeleble sanción uno de los más profuudos y el más augusto de los elementos de la gloriosa nacionalidad hispana.

Mausona, el metropolitano de Mérida, valeroso sostenedor de su fé; Viterico, intrigante, rebelde y venal; Agrimundo, ambicioso hasta la deslealtad y traidor hasta el crimen; Sunna, empedernido en el mal y conspirador incorregible; el duque Claudio, fidelísimo y agradecido; Recaredo, afable, generoso, desprendido y lleno de

amor por sus súbditos, todos se mueven y obran en el drama como la historia enseña que vivieron en la realidad. Y si esto no es bastante para atribuir á un poema el carácter de histórico; si para ello ha de ser necesario reproducir en ordenada síntesis los acontecimientos y relatar con inflexible exactitud los hechos, será preciso convenir, forzosamente, en que el drama histórico ha de tener más de didáctico que de poético; que no vale la pena de fatigar el ingenio, ni de que se gaste la imaginación en combinar urdimbres en estos asuntos fundadas; que la epopeya misma no tiene razón de ser, existiendo las crónicas y las historias; que el talento de los más grandes escritores no ha producido nunca un drama histórico ajustado á estas condiciones, y que ni *Coriolano*, ni *Julio Cesar*, ni *Ricardo III*, ni *Antonio* y *Cleopatra*, grandiosas creaciones del genio de Shakespeare, merecen la atención de los amantes de la buena literatura, ni son capaces de engendrar en el ánimo de los espectadores otra cosa que confusión y falsas enseñanzas.

No; así no puede ser legítimamente entendido el arte: el drama histórico no debe ni puede consistir en una mera cronología, más ó menos artística y tan helada como la musa de André Che-

nier, ó en una simple narración, más ó menos literaria, tan desprovista de interés y tan incapaz de despertar emociones estéticas como los razonadores alegatos del moderno drama «de tendencias» ó filosófico. El arte no es esencialmente docente ni dogmático, aunque no haya sinfonía que no haga pensar, ni escultura que no origine un juicio moral, histórico ó filosófico, ni construcción arquitectónica cuya contemplación no añada un nuevo conocimiento á los adquiridos, ni obra pictórica que no enriquezca con una nueva el archivo de nuestras ideas, ni poema ó composición literaria que no deje, como natural y obligado sedimento en el ánimo, la adquisición ó el afianzamiento de una convicción. El arte instruye, pero sin proponérselo; sus enseñanzas se derivan, naturales y espontáneas, de la emoción caleológica, única finalidad esencial del arte, como las límpidas aguas de torrente robusto, bajando por áridas pendientes y encrespados montes, se dividen luego, por obra de las leyes naturales, y forman los rios de ancho caudal y los arroyos umbrosos que extienden por el hondo valle la fertilidad y la abundancia, dejando á su paso, como inevitable fructífera consecuencia de sus fecundantes virtudes, el bienestar y la ri-

queza. Así, las obras artísticas enseñan tanto más cuanto más cantidad de arte contengan, por lo mismo que la verdad y la belleza son inseparables, como inseparables son la inteligencia y la sensibilidad.

No falte la grandeza de los personajes, la elevación del pensamiento, humana realidad en las figuras históricas, inspiración en los asuntos pasionales, interés dramático en las situaciones, absoluta fidelidad, inquebrantable exactitud, eso sí, en el fondo del asunto épico, sea la vida de un pueblo, la transformación de una sociedad ó las vicisitudes de una civilización; haya verdad en esta base que, después de todo, es la idea fundamental que permanecerá consistente en la memoria del espectador, y la epopeya conmoverá, y el drama histórico persuadirá y enseñará mil veces más que cien tratados didácticos.

Por eso tampoco puede negarse el mismo carácter de histórico al drama *Catilina,* arreglo al castellano, en cuatro actos y en verso, del que, con el mismo título, escribieron en prosa francesa los Sres. Dumas y Maquet. También hay allí realidad en la ambición irrefrenable del protagonista; en la desbordada pasión de su amante Fulvia, pasión ardiente y abominable como las

sulfurosas lavas de un volcán en erupción; verdad humana en el sereno cariño de la honesta esposa, en los arrebatos amorosos y abnegado afecto de la madre ejemplar y en la catoniana severidad y escrupuloso celo por la justicia con que se muestra Cicerón. Cotejadas ambas producciones, la original y la refundida, se echa de ver cuán difícil y escabrosa empresa es la de verter á otro idioma y arreglar para otro teatro una obra que ya ha tomado carta de naturaleza en el país de su primitivo autor, y con cuán indisputable talento supo la Avellaneda hollar, firme el paso, segura la planta y altivo el pensamiento, las escabrosidades y durezas de aquel nada cómodo camino, pudiendo afirmarse con justicia que la obra salió de sus manos despojada de no pocas de sus imperfecciones originarias, y espléndidamente avalorada con los primores de una versificación brillante y armoniosa.

La verdad vence apariencias, drama en un prólogo y dos actos, estrenado en el teatro del Príncipe en Enero de 1852, y acogido con gran entusiasmo por el público, á pesar de que el género en que está comprendido había ya decaído no poco del favor que antes gozara, como consecuencia de las nuevas corrientes que en el

campo de la literatura dramática se iniciaron á mediados del presente siglo, es una obra magistral, de grandes proporciones artísticas, en que la acción marcha con desembarazo y naturalidad, sin incidentes que entorpezcan su desarrollo, y casi puede decirse que sin episodio ninguno, pues todas las escenas son absolutamente necesarias para el ordenado desenvolvimiento del asunto, tratado con la grandilocuencia y pericia que la Avellaneda supo imprimir en sus más acabados poemas; interesante hasta la moral identificación del espectador con las ideas y sentimientos de los personajes que representan el bien y la virtud—prodigio sólo logrado por los grandes pintores de pasiones en el lienzo escabroso de la escena teatral,—y conmovedor y sugestivo hasta producir en el ánimo del espectador aquella indefinible ansiedad de los espíritus que sienten la belleza creada por el hombre, y que les lleva—sustrayéndolos momentáneamente, por sublime é inexplicable influjo del arte, de la esfera de la vida real—á desear con férvido y poderoso anhelo la consecución del ideal perseguido por el héroe y la destrucción de los infandos planes y execrables arterías de los personajes poseídos de bastardas y

viles pasiones. Todo eso determina la obra citada, todo eso se ve y se siente al presenciar su ejecución, porque las figuras están con tan hábil perfección trazadas, y sus movimientos con tan lógica precisión medidos y calculados, y las escenas se desarrollan con tan inimitable unidad, y las situaciones alcanzan tan alto grado de tensión dramática, que la crítica, por gruñona y exigente que aparezca, y el público, por rebelde y descontentadizo que se presente, vénse obligados á sentir con el poeta, y unánimes admiran su labor y tributan aplausos á su inspiración genial.

Inspirado este drama en el *Werner* de Lord Byron, quien, á su vez, buscó asunto para su obra en una novela alemana de la señorita Lee, la autora puede ostentarlo como producción original, salvo el argumento, como Byron puede calificar de enteramente propia la suya, excepto también el asunto. Quiero decir, que ni Byron imitó en su *Werner* á la novela *Kruitzner*, ni la Avellaneda siguió las huellas del poeta de Albión al escribir *La verdad vence apariencias:* uno y otra levantaron sobre la base mencionada sus respectivas construcciones dramáticas, y es curioso observar cómo el mérito de estas tres

producciones está en razón inversa de su antigüedad, pues si el drama anglo-sajón, como tal drama, es inmensamente superior á la novela alemana, el drama español debe colocarse un grado más alto, por lo menos, en la escala del mérito, que el que ocupa la feliz creación del poeta inglés.

Para convencerse, basta con exponer á la ligera las diferencias que entre ambas producciones se observan, y de aquí se podrán inferir las ventajas que la una tiene respecto de la otra. Werner, el protagonista del drama de Byron, es un hombre nacido en la opulencia, pero que por sus vicios arrastra vida indigente y mísera, con que la Providencia sancionaba la maldición paternal que pesaba sobre su frente. Cierto conde, de gran influencia, había logrado la posesión de cuantos bienes correspondían á Werner, quien, acosado por la persecución del magnate, tiene que usar nombre supuesto para librarse de su saña. En el palacio del rico usurpador penetra una noche Werner, y roba; otra noche, entra su hijo, y mata al conde, de cuya confianza abusa villanamente. Por secretas puertas, y por designio providencial, se introduce en la estancia otro hombre, Gabor, que presencia el asesinato,

del cual da cuenta á Werner—ya en posesión de sus legítimos bienes,—haciéndole saber que su noble heredero, hácia el cual había concebido profunda pasión la hija del difunto conde, es un asesino y jefe de la gavilla de bandoleros que merodeaba por aquella comarca. Werner salva á Gabor de la calumnia que contra él lanza el asesino en busca de su impunidad, declara á su esposa y á la huérfana la verdad de lo ocurrido, y muere maldiciendo á su hijo.

En el drama de la Avellaneda, D. Alvaro es la víctima de la saña de su hermano mayor, que le desposee de su fortuna; D. Alvaro no roba; en medio de su desgracia, justa pena de su odioso libertinaje, conserva la hidalguía de su noble estirpe y no prostituye su nombre con villanas acciones. Su hijo Rodrigo, arrastrado por desapoderada ambición, entra en el dormitorio de su tío y le infiere mortal herida; pero, en la misma noche en que esto sucedía en el castillo de Castroviejo, cuando acababa de ser vencido en Nájera el tristemente célebre D. Enrique de Trastamara, acoge D. Alvaro á un guerrero fugitivo á quien indica, para que se salve de las iras de su tío D. Tello—dueño del castillo y partidario decidido de D. Pedro—una puerta

secreta que conducía al campo; el guerrero se extravía, y en vez de encontrarse fuera de la señorial mansión, es testigo del asesinato por Rodrigo consumado.

Las apariencias todas condenan á un criado leal que cerca de D. Tello dormía, y única persona á quien se encontró al lado de la víctima, pues el asesino supo volver á lugar seguro aparentando inocencia, y el testigo huyó despavorido de aquella mansión del crimen. Fernán, que desde niño había servido á D. Tello, estaba unido por vínculos de entrañable y casta pasión á la hija de su señor; protegido por ella consigue escapar á Francia, y, mientras tanto, Rodrigo concierta con su prima Leonor—la hija del difunto—matrimonial enlace, al que ella sólo accede rindiéndose á los ruegos de D Alvaro. Fernán, que había combatido en el Bearne como siervo del conde de Fox, vuelve á España, en calidad de emisario del maestre de Santiago, padrino que iba á ser de la boda concertada; habla con Leonor, de la que recibe inefable consuelo al oir de sus labios la seguridad que abriga de su inocencia, y á la que entrega un medallón que, al morir el anciano aldeano á quien Fernán reputaba su padre, le había sido confiado. Leonor se

sorprende al ver en esta prenda las armas de su casa, y ambos se creen hermanos por obra de algún amor ligero de D. Tello. Mas pronto se descubre el engaño, pues, al interceder Leonor en favor del reo—que, sorprendido por un antiguo criado de la casa, había sido reducido á prisión—y escuchar por boca de Rodrigo grosero insulto, echándole en cara su amor, afirma, con acento lleno de dignidad, que aquel desgraciado, perseguido por las apariencias, es su hermano, y para probarlo muestra á D. Alvaro la prenda en que fundaba la certeza de su creencia. El regocijo de D. Alvaro es indescriptible cuando reconoce el retrato de su esposa, y adquiere la convicción de que el preso es su primer hijo, Gonzalo.

Pero la grandeza de este complicadísimo argumento resalta todavía más cuando, frente á frente D. Alvaro y el Rey, aquél reconoce en D. Enrique al guerrero fugitivo de aquella trágica noche y le acusa, con valentía suma, del crimen cometido, mientras que éste se cree que fué escogido para que, recayendo la responsabilidad del delito sobre un desconocido, quedara impune la maldad de D. Alvaro, á quien considera autor del asesinato. Todo se descubre al

reconocer el Rey en Rodrigo al hombre que al salir, con las manos ensangrentadas, del dormitorio de D. Tello, manchó su coraza; brilla la inocencia de Gonzalo, y, en consideración á don Alvaro, el Rey calla el nombre del asesino, á quien condena á buscar la muerte en la guerra.

Como se ve, por la simple exposición de los hechos que constituyen la trama, la obra española es mucho más dramática que la de Byron; juega en ella mayor número de pasiones; hay más nudo, más enredo, más movimiento y más interés. Aquí el testigo es un hombre ilustre que lucha por el trono, en el cual luego de asentado trata de castigar el crimen traidor de que fué testigo. Las vehementes sospechas que contra el hermano de D. Tello concibe, juzgándole cómplice, y la dolorosa impotencia de D. Alvaro para salvar á su hijo de una muerte inmerecida y de un patíbulo afrentoso, cuando abrigaba la firme persuasión de que el asesino era el propio monarca, constituyen un contraste de extraordinaria hermosura, en el que dos sujetos inocentes, impulsados por el amor á la justicia, se increpan mútuamente, y esta lucha, sostenida durante las primeras escenas del segundo acto, y que sólo acaba cuando, cara á cara, los dos

personajes descubren sus recíprocos recelos, excita poderosamente el interés, elevándole hasta el más alto grado de intensidad que puede alcanzar.

Aquí el amor no une á la huérfana con el asesino, es el asesino sólo quien ama; pero el efecto dramático que este amor desgraciado y casi criminal produce, se consigue en la obra de la Avellaneda con más dichoso éxito que en la de Byron, pues el espectador no sabe quién fué el asesino hasta las últimas escenas del segundo acto, y únicamente tiene en abono de la inocencia de Fernán la apasionada negación, la incredulidad de Leonor, que no sabe si tomar por ilusión egoista forjada al calor de un cariño profundamente arraigado desde antiguo en el alma de la enamorada huérfana, y luego, cuando la verdad resplandece con toda la mágica brillantez de su luz poderosa, la justicia divina se vé completamente realizada al aparecer amado el inocente, y amado siempre, á pesar de las abrumadoras apariencias que le condenaban, y el verdadero asesino despreciado y aborrecido por la bija de la víctima El verdugo, prometido de la huérfana, y disfrutando honores y preeminencias, y el asesino en apariencia, pero

inocente en realidad, considerado indigno de su mano y condenado á la vergüenza y al ludibrio de un castigo afrentoso, forman un contraste de grandeza descomunal que sólo un consumado maestro en el arte dramático podía haber presentado.

En *Werner*, la hija del protagonista no puede defender á su amante, porque nadie le acusa hasta el final de la obra, y porque, además, su defensa resultaría odiosa y abominable, pues se trata del verdadero culpable; en *La verdad vence apariencias*, Leonor rechaza amorosa y persuadida la denuncia, y su pasión, lejos de envilecerla, la engrandece y sublima, porque demuestra que, con certero instinto, su corazón no se equivocó al hacerse esclavo de un hombre que, por cima de todas las apariencias, salió ileso en su reputación y en su honra, como que era incapaz de cometer aquel sangriento crimen. Así, Gabor recibe el auxilio que le salva de manos y por la generosidad de Werner, mientras que Gonzalo, el supuesto Fernán, nace á nueva vida y obtiene algo así como una resurrección de su honor y buen nombre, sólo por la incontrastable virtualidad del amor, que purifica con el fuego de sus ardores y hace santos los lazos que encade-

nan á la humana criatura con el óleo balsámico del sentimiento que, si en ocasiones ciega y trastorna, cuando corre por su cauce natural y legítimo es luz para la inteligencia, estímulo para la voluntad, claridad en el juicio, fortaleza en la decisión, barrera para el mal infranqueable, vehículo apropiado para el bien, alimento de extraordinaria vitalidad para el espíritu, goce supremo, única felicidad terrena, bienestar mundano único, alegría sin turbaciones, cielo sin nubes y dicha sin penas.

Werner es un hombre vulgar, de perversos instintos, que no vacila en recuperar por ilícitos modos parte del caudal usurpado. Don Alvaro es un calavera, pero dotado de alma noble; un libertino en quien no han muerto los sentimientos elevados; un mal hijo, digno de reprobación, pero que todavía conserva la virtud necesaria para resignarse con su desgracia y arrepentirse de su vida licenciosa. En la obra de Byron, la maldición paternal cae horripilante sobre el hijo ingrato, que perece sin disfrutar de sus devueltas riquezas, y, en cambio, el asesino, el bandido sin entrañas, impasible ante la horrorosa aversión que le cobra su amada, indiferente al dolor de su buena madre, cínico y descocado ante la

maldición que su padre contra él fulmina, envuelta entre los estertores de una penosa agonía, queda libre del merecido castigo y vuelve á ponerse al frente de su horda. En el drama de la Avellaneda, el alevoso homicida, si no sufre el tremendo castigo á que su crimen le hizo acreedor, es condenado á buscar por sí mismo muerte honrosa, para que no manche en el patíbulo los timbres sin mácula de una familia ilustre, y con ello se muestran la justicia real y la divina justicia, al paso que D. Alvaro, rehabilitado ya por el sufrimiento y la resignación, convertido en otro hombre, entra á disfrutar, con la posesión de sus cuantiosos bienes, de existencia desahogada y placentera.

¡Qué más! Con ser más complicado y vasto el argumento del drama español que el asunto de la obra byroniana, ésta necesita para desenvolverse cinco actos muy largos, mientras que aquél se encierra, como en primorosa miniatura de hábil caricaturista japonés, en un prólogo y dos actos. Las dimensiones de la obra inglesa y las frecuentes mutaciones de escena la convierten en obra de gabinete, imposible de ser ejecutada en la escena; por eso Byron no se atrevió á llevarla al teatro. *La verdad vence apariencias* fué escrita

para el teatro, y al teatro la dió su autora, alcanzando gran número de representaciones.

Si la Avellaneda supo arrancar de su lira acentos desgarradores para pintar las grandes pasiones del alma, cuando se agita y lucha en medio de las borrascas y huracanes del mar tempestuoso de la vida, creando, con los personajes de sus obras, tipos de suprema belleza dramática, también supo encontrar en sus cuerdas dulces melodías y notas alegres, para llevar con ellas al teatro las escenas y costumbres de la vida ordinaria y familiar, los conflictos y choques que en el curso regular de los sucesos surgen incesantemente, con su cortejo de vicios y ridiculeces, deexageraciones del carácter y extravagancias del gusto, y que, perturbando momentánea y transitoriamente la marcha ordenada de la vida, contribuye como poderoso elemento de contraste á la realización del ideal estético, haciendo resaltar con enérgica pujanza la belleza en la artística antinomia que de la oposición entre ella y el aspecto cómico dimana.

La Avellaneda fué también poeta cómico, y de mérito relevante, de sobresalientes cualidades. Descendiendo desde la encumbrada cima de la tragedia, bajando sus vuelos gigantescos, vino

á adquirir nuevos títulos de gloria, nuevos motivos de preeminencia en la labor cómica, que no por menos alta deja de ser dificultosa y arriesgada, de igual modo que el trabajo abrumador y homicida del minero que, en subterránea galería, espantosa como un antro, va recogiendo á costa de su salud y de su vida aquellos pedazos de inorgánica substancia, á los que la rareza de su existencia, no menos que la vanidad y el orgullo del hombre, convierten en preciosos tesoros, no puede calificarse de menos meritorio ni de menor utilidad que la obra delicada del tallista que, con su pericia y buen gusto, convierte la plana techumbre de una estancia en suntuoso artesonado, ó la del adiestrado canteroque, con la virtud de su hábil cincel, corona con esbelta torre, llena de florituras y maravillas ornamentales, el hermoso conjunto de piedras superpuestas que forma monumental iglesia ó magestuoso palacio.

La hija de las flores, ó todos están locos, primorosa comedia en tres actos y en verso, puede estimarse como una de las más grandes obras dramáticas que el espíritu romántico ha informado en España. Impregnada toda ella de un sentimentalismo tan tierno y exquisito, que no

encaja bien en los moldes de la comedia y parece arrancado á los pasionales encantos de una leyenda oriental, destácase de su fondo, absorbiendo con su grandeza todo otro asunto, y como desbordado afecto del alma, el amor casto, tanto como ardiente y espontáneo, de dos jóvenes, educado él en el torbellino de la sociedad y en medio de sus impurezas, habituado á sus artificios y engaños, encenagado en la sensualidad y harto ya de placeres fugaces, que dolor encierran más que goces, porque no dejan satisfecha el alma, y criada ella en un jardín de Valencia, sin otro maestro que la riente naturaleza de aquella zona, sin otra aspiración que el disfrute sempiterno de su ameno vergel y sin otras compañeras que las flores de aquel campo, donde creció hermosa y lozana como ellas. Ignorado por todos los vecinos su nacimiento y origen—secreto que sólo poseía la avisada y prudente esposa del jardinero que servía al barón, dueño de la quinta en donde se desarrollan los sucesos,—era conocida por todos con el sobrenombre que da título á la obra; por hija de las flores teníase ella también, y hasta el rudo Juan, con su romo entendimiento, participaba de esta creencia. Y aquí está el único y capitalísimo

defecto de la obra; porque aquel cariño, tan lleno de vehemencia y pasión que la protagonista siente por las flores, no es real, ni humano, ni posible en una persona equilibrada; porque ese culto ferviente, y esa idolatría supersticiosa, y ese amoroso afán de Flora, no pueden ser más inverosímiles, y hasta ridículos podrían ser, y en este concepto, como elemento cómico podía haberlo aprovechado la autora, si no hubiera preferido hacernos admirar la incomparable hermosura de un tipo nunca presentado en el teatro, lleno de atractivo candor, animado por puros impulsos y poseído, subyugado, hecho esclavo, de poética locura, de manía increible, legándonos con esta creación una de aquellas sublimes extravagancias que sólo se encuentran en la heredad de los genios, y con la que su imaginación peregrina quiso enriquecer nuestra brillante literatura.

«En estos despreocupadísimos tiempos que alcanzamos, en que el adjetivo *original* y el sustantivo *traducción* han llegado á ser dos palabras homólogas, nadie ha podido menos de sorprenderse al ver la rara ingenuidad con que la Sra. Avellaneda confiesa que su *Aventurera* es una imitación de la comedia dada á luz, bajo el

mismo título, por el poeta traspirenaico Emilio Augier; pero la sorpresa ha sido infinitamente mayor para los que hemos tenido el gusto ó la paciencia de cotejar estas dos producciones. Hay entre ellas una desemejanza tan completa, una disparidad tan profunda y absoluta, que así se pacecen la una á la otra como los proyectos de Bravo Murillo á la Constitución del año 12, ó como las insulsas revistas de ciertos literatos del día á las concienzudas críticas de Fígaro.» Con estas palabras encabezaba la crítica de *La Aventurera,* comedia en cuatro actos y en verso, de la Sra. Avellaneda, el distinguido escritor D. Antonio Romero Ortiz; y sobrada razón tenía al afirmar las irreductibles diferencias que entre las citadas obras se observan, pues de la comparación entre ambas resultan: diverso el género á que pertenecen, diversas las tendencias filosóficas á que responden, diversos los caracteres y situaciones, diversos los incidentes, diverso el desarrollo de la acción, diverso también el pensamiento moral que se proponen No hay tampoco igualdad ni en el número de actos, ni en los personajes, ni siquiera en sus nombres. Todo, menos el título y la variedad de colorido y abundancia de matices, únicas innegables analogías

que las unen, todo es diferente; es, en fin, *La Aventurera* española, otra comedia que no rinde más tributo, ni reconoce otro vasallaje respecto de la de Augier, que el de haber sido inspirada por esta, mérito principal y casi único que, en opinión del referido crítico, puede ostentar la obra francesa (XIX).

En esta comedia—perfecta y distintamente clasificada entre las de carácter,— la autora estudia con notable acierto, el de una intrigante del gran mundo, que dotada de privilegiada hermosura, huérfana y sin fortuna, se lanza á la vida infamante del comercio de su carne, auxiliada por un envilecido traficante en amores ligeros, Celestina asquerosa y repulsiva del sexo fuerte, vividor sin entrañas que explota con hábil dirección el productivo negocio, sumergiendo en el seno de las más vituperables liviandades á aquella criatura desventurada que, bajo moral y generosa tutela, hubiese, seguramente, alimentado en su alma las más nobles virtudes. Y he aquí el pensamiento determinante de la obra; he aquí el elevado fin moral y la provechosa enseñanza que se propuso sentar nuestra poetisa; he aquí la elocuente, la viril protesta que quiso formular contra los defectos y los vicios

de nuestra pobre organización social: la desdichada condición de esos seres infelices, que en lo más peligroso de la edad se encuentran privados del maternal abrigo, de la amorosa inspección del padre y de los recursos indispensables para su sustento, y á quienes la adversa fortuna coloca en la espantable alternativa de la espantosa indigencia ó de la prostitución cínica, debe merecer de los poderes sociales constante solicitud y seria meditación.

Pero no os alarméis; no temáis que Natalia, la protagonista de la comedia, arrastre por la escena la impudente lascivia de su torpe vida, ni escandalice los castos ojos de la virgen inocente con las desnudeces de la Clorinda de Augier, ni hiera los sentimientos morales, haciendo alarde del obsceno continente de aquellas mujeres enajenables y trasmisibles que hicieron famosas las orgías romanas, no; porque la Avellaneda con su profundo talento ha sabido despojarla, al presentarla en el teatro, de sus extraviadas inclinaciones, y apartarla de su habitual género de vida, que ya sólo se cita como antecedente necesario, adornando su colosal figura con todos los castos sentimientos de la Magdalena arrepentida, é imprimiendo á su di-

bujo toda la simpática pudicidad que de su pincel purísimo hizo brotar el espiritual Murillo.

Sí, señores; arrepentida de su liviandad pasada, en la que sólo había encontrado la amargura del hastío y la impotencia del placer vendido; desolada y presa de abatimiento porque su alma grande y noble, informando aquella primorosa vestidura carnal que tan poco precio alcanzaba, la hacía pensar cuán invalorable mérito debía tener aquella parte inmaterial de un ser, á la que el oro no había podido ni dar la ansiada paz, ni hacer venal y corrompida; víctima de la sorda pena que acibara la vida cuando se la vé correr presurosa hacia su término sin un corazón que reproduzca los ayes del propio, sin un alma que se regocije al compás de nuestras alegrías, sin una mano amiga que, movida por el cariño, nos sostenga cuando vayamos á caer, nos ayude á levantarnos cuando hayamos caído, y en toda ocasión aparezca prestando á nuestro espíritu el auxilio del consejo, el calor del afecto, el arrimo de la intervención, la insustituible compañía del consuelo. Por eso se decide á transformar su vida y, tomando otro rumbo, acepta el senil amor de un noble sexagenario, á quien la hábilmente soste-

nida patraña fraguada por Natalia, juntamente con su sempiterno director, fingiéndose éste marqués de Iztacpalapa y hermano de aquélla—con el fin santo en Natalia de asegurar el matrimonio, y con él la tranquilidad de una vida honrada; con el lucrativo fin, por parte del supuesto marqués, de apoderarse de la fortuna de la hermosa mejicana, según ella le había prometido, si el éxito coronaba la empresa,—hizo desear con afán más vivo y ardiente la proyectada unión, que estimaba incomparablemente venturosa, pues á sus encantos físicos unía Natalia la condición de un linaje esclarecido, con fe ciega creída por D. Julián, firmemente seguro de que la seductora dama era el último vástago de la ilustre familia azteca.

Todo marchaba según los deseos de los interesados en el enlace, muy á disgusto de Luisa y Cárlos, hija y sobrino respectivamente del viejo D. Julian, á quien no había poder humano que disuadiera de su amoroso extravío, grieta profunda que en su alma devastada por la edad, los pesares y los desengaños, había abierto la ilusión, y en la cual prendió, arraigándose con firmeza, la pertinaz esperanza de la postrera ventura, bien así como en las resquebrajaduras de

vetusto edificio prende y se arraiga y se extiende con profundas raíces la hiedra, cubriendo con su verdor las venerables ruinas. Ni las exhortaciones de su hermano, ni las advertencias de sus hijos fueron parte á torcer en este punto su voluntad, cuando, de improviso, se presenta otro hijo suyo, Eduardo, ausente largos años de la casa paterna, y que en sus locos devaneos de libertino había gastado una fortuna. De acuerdo con Luisa y su primo, y aprovechando la transformación, favorable para sus proyectos, que los años de ausencia habian operado en su rostro, se presenta á su padre con artificiosa misión, se hace pasar por duque de linajuda estirpe y de abundante fortuna, y con estas armas, que él se imaginaba le iban á proporcionar triunfo seguo, comienza la obra de impedir el matrimonio de su padre, enamorando á la que él tomaba por vulgar aventurera. Gana con sus engañosas cualidades al fingido marqués, logra infundir noble pasión en el alma de Natalia, que se cuida muy bien de ocultarla en su seno y ahogarla allá en los escondidos repliegues de su virgen corazón, y cuando todo anunciaba la derrota del padre y la victoria del hijo, Natalia, que quería disfrutar de la única situación para ella ignorada,

La de verse en el mundo
Con rango de noble esposa;
La de ocupar puesto digno
Entre las hembras de honra;

Natalia, que quería penetrar

En la región misteriosa
Donde respiran los seres
Que Dios de bendición colma,

—en el santuario de la familia—y que para conseguirlo no vacilaba en sacrificar su juventud á las repulsivas caricias de un viejo, no quiere que su entrada en ese mundo ignoto para ella, se señale con una traición, y á pesar de creer en la patraña del ducado y de no sospechar la intención de Eduardo, rechaza con dignidad sus proposiciones matrimoniales porque

Quier*e* tener la virtud
De dominar *su* ambición
Y acaso *su* inclinación,
Por deber de gratitud.
Quier*e* premiar la ternura
Constante de un noble anciano...
Quier*e*, en fin, darle una mano
Generosa, si no pura.

Eduardo, dominado por la ira y lleno de desesperación, se descubre á su padre é insulta á

Natalia, que, cada vez más enamorada, no siente sus reproches é invectivas, sino su desprecio y su odio. Luisa y Eduardo resuelven abandonar la casa paterna antes que verla profanada con la presencia de Natalia en el puesto de la madre venerada. En una escena de melodramática belleza, se despiden del anciano padre que les bendice y que ya empieza á llorar la triste soledad en que le dejan aquellos pedazos de su alma. De improviso aparece Natalia, les detiene y, en una reservada conferencia con Eduardo, le hace entrega de sus cuantiosos bienes, para que con ellos constituya modestas dotes en favor de esas pobres huérfanas que, adornadas de belleza y privadas de pan, pudieran seguir sus huellas, y á quienes

La justicia de Dios pide y ordena
Que se les preste para el triunfo ayuda,

y ella se retira á la angostura de una celda, á vivir sólo para Dios.

Tal es el desenvolvimiento de la acción, tales los personajes, tal el pensamiento que inspiró la obra... ¡Qué hermosos diálogos entre Natalia y Luisa, en el acto segundo, y los de Natalia con Eduardo, en los actos tercero y cuarto! ¡Qué de

insuperables bellezas en el pensar, y qué de sublimes elegancias en el decir! ¡Qué forma tan soberanamente artística, y qué ideas tan profundamente geniales!... Al lado de tanta grandeza, cualquier defecto hubiera sido perdonable; más los que como tales apuntó la crítica, ó no lo son, ó lo son en tan insignificante grado, que ni mención merecen. La intriga amorosa de Eduardo para estorbar el matrimonio, si es censurable porque parece que hay algo que repugna á los sentimientos de filial amor y respeto en la conducta de un hijo que enamora á la prometida esposa de su padre, y en este concepto hubiese sido preferible la ingerencia de otro personaje ligado á Don Julián con vínculos menos próximos, no es imperfección de tanto bulto que merezca ágrio reproche, y pertenece, además, á la obra francesa, como reconoce el mismo eccritor que la hace notar. Tampoco puede calificarse de innecesario el episodio de los amores de Carlos y Luisa, porque, aparte de que su puro cariño, en frente del ridículo amor de Don Julián, forma un contraste magnífico y legítimamente cómico, está por modo íntimo enlazado con el argumento, y mantiene con el asunto principal las necesarias relaciones de de-

pendencia para que no aparezca aislado ni haga decaer el interés.

La enseñanza moral que la obra se propuso difundir está contenida en las frases que Eduardo pronuncia, conmovido por la longanimidad de Natalia, al recibir la cartera llena de caudales que aquella le entrega:

Si el mundo sólo su baldón imprime
En tu sexo infeliz, si no declara
Más vil y bajo al torpe libertino
Que á sus víctimas tristes, ¡yo lo hago!
Y al confesarme criminal, mezquino,
De mi conciencia al grito satisfago.

Como prueba de lo que antes he dicho respecto de los pensamientos, como testimonio de la perfección con que nuestra autora dominaba la difícil ciencia de leer en el corazón humano, oid estos versos, precioso marco que encierra la expresión de una de las cualidades esenciales del sexo débil, y, al mismo tiempo, uno de los más bellos conceptos y más felizmente traducidos en palabras que la lengua castellana ha contenido:

Debe haber no sé qué encanto
En sentirse protegida
Por la fuerza que se teme,

Por el valor que se admira,
Y en su dulce esclavitud
Hallarse fuerte una misma.

Esto exclama con inspiración la apasionada Natalia, cuando su postizo hermano se burla del amor que le inspirara Eduardo, y lo atribuye en su mofa á los dicterios que de éste recibió la convertida Mesalina. Meditadlos bien, señores, y sobre todo, señoras que me escucháis, y decidme después si no acerté en mi juicio.

Gran resonancia alcanzó en 1855 el estreno de *Oráculos de Talía, ó Los duendes en Palacio,* comedia original, en cinco actos y en verso, á la que el público dispensó halagüeña protección, mostrando por ella «perseverante y creciente entusiasmo», no obstante los esforzados trabajos que para inspirarle «desfavorables prevenciones» contra la nueva obra de la insigne cubana, pusieron en juego algunos astros secundarios de la literatura, que, brillando con luz refleja, por carecer de propia, se ciegan y obscurecen con la claridad refulgente del genio, demasiado intensa para que puedan resistirla. Esto aparte, contribuyeron también en gran manera á dar celebridad á la hermosa comedia, las acaloradas polé-

micas que suscitó y los juicios encontrados, las contradictorias opiniones que los ministros de la crítica formularon, derramando tal incertidumbre y errores tales acerca del mérito positivo de la obra, que la autora, ansiosa de encontrar enseñanza en esos fallos para refuudir la comedia, espurgándola de sus defectos, buscóla en vano, y encontró en su lugar inconciliables sentencias que llenaron su espíritu de confusión y dudas.

Mientras uno afirma que los buenos versos y el estilo correcto habían salvado á *Los duendes* de un seguro naufragio, otro sostiene que la obra se distingue por el descuido en el lenguaje y está plagada de incorrecciones. Quién fulmina contra la poetisa severa condenación por haber hecho la «apoteosis» de Valenzuela, el protagonista; quién, rebosando indignación, la acusa de presentar al valido de Doña María Ana de Austria como un solemne bobalicón. Uno de de los censores califica de embrollados, lánguidos y faltos de interés los dos primeros actos; pero enseguida se presenta nuevo crítico negando el defecto y diciendo que, precisamente, los dos actos primeros son los mejores y más interesantes de la comedia. Desde el elogio entusiasta de admirador hasta el sañudo reproche de enemigo, desde la afirmación in-

condicional del mérito hasta la negación explícita y terminante de cuantas condiciones son esenciales en una obra cómica, todo se encuentra en la crítica, todo, menos un juicio sereno, imparcial y desapasionado en absoluto (XX). Para que nada falte en esta inícua y despiadada flagelación de que hicieron objeto á los *Oráculos de Talía*, aparece en la arena influyendo con todo el peso de su autoridad—que era mucha—y arrastando en pos de sí á la inmensa mayoría de los espectadores del palenque, un hombre de letras y erudición nada común, que ejerció generalmente con envidiable acierto la difícil misión de crítico, para declarar de plano y sin distingos que ciertos conceptos puestos por la Avellaneda en boca de sus personajes eran «lengua babilónica» para las gentes del siglo XVII, época en que se desarrolla la acción, pues «tales lindezas»—dice—eran completamente desconocidas en aquel tiempo. Para probar su aserto cita estos cuatro versos que en el segundo acto declama el fiel criado de Valenzuela:

¿Es cosa rara en España
Que el togado mande en guerra,
Y el literato en marina,
Y el militar en hacienda?

Y la Avellaneda, en el prólogo con que encabezó la primera edición de su comedia, confiesa paladina y graciosamente que los tres primeros versos. es decir, los que contienen el supuesto anacronismo, están tomados de un poeta satírico de aquel mismo siglo (XXI). Como se ve, la crítica tiene á veces cosas peregrinas. Y cuenta que la víctima de esta desgraciada *cogida* fué nada menos que D. Aureliano Fernández Guerra (XXII), lo cual prueba que la crítica literaria exige una suma tan vasta de conocimientos, una prudencia tan exquisita y un tino tan delicado, que de no poseer íntegramente tales cualidades, de no ser por ellas siempre y en todo momento inspirado el crítico, caerá á menudo en equivocaciones lamentables.

¡Que carece de invención la obra! ¡Que no obedece á un pensamiento filosófico! ¡Que no responde a un fin moral!... A pesar de los años transcurridos desde que abandoné las aulas de Literatura—que no van siendo pocos,—aún no he olvidado todo lo que en ellas aprendí, y allí me enseñaron que la *invención ó concepción general* de la obra, primer momento de la producción literaria, es un acto psicológico en que ejercitando el espíritu las funciones propias de las facultades

conceptivas y reflexivas, *inventa*, halla el asunto ó *pensamiento* que ha de informar la composición, se propone un objeto, y tiende á un *fin* para el cual es la obra un medio. Es decir, que la concepción es un compuesto de estos elementos, y si ellos no existen—caso imposible,—ó sólo se encuentran en la obra parcialmente, no habrá invención, ó la habrá defectuosa.

—¿Les parece á esos Montaignes de pacotilla que no es asunto, y asunto interesante, las intrigas palaciegas de aquella corte venal y rastrera que en los tiempos de Cárlos II desgobernaba á España y que, elevando hasta el pináculo de la autoridad omnipotente á personas en quienes no concurria otro mérito que la artera habilidad para el engaño y la mentira, tan funestos males causaron á los públicos intereses? ¿Creen que es poco pensamiento, y poco filosófico, para una obra dramática el pensamiento que encierran aquella derrota del artista y aquella victoria del intrigante, aquella ánsia de gloria que rebosaba en el alma del inspirado Valenzuela, y á la que no pudo saciar y dar satisfacción cumplida porque el abandono que en España ha arrastrado siempre la noble profesión de las letras ha hecho del poeta un ser ya legendario, lleno de pobreza

y miseria, y aquel subir tan rápido y aquel encumbramiento tan veloz del cortesano político, porque supo aprovechar las sabias lecciones de su amante dama, tan competente en los enredos de palacio, y llegó á poseer el arte de engañar que hace necesario

> Que á una farsa
> Le de otra farsa respuesta?..

¿Estiman acaso que no es fin elevado y altamente moral la condenación elocuente, que palpita en *Los duendes*, de esa desdichada práctica, tan arraigada en España, que lo mismo puede aplicarse el anatema fulminado por la autora á los tiempos del *Hechizado* monarca, que á los en que escribió la obra, que á los actuales tiempos; sistema que, arrancando de su natural esfera de acción á tantos ingenios que reportaran honra y provecho á la patria, si no les desviaran de su camino, los coloca en los públicos empleos, único premio á sus talentos literarios, esterilizando sus fecundas inteligencias y echando sobre el Estado la abrumadora carga de funcionarios ineptos? ¿Es acaso poco trascendental y de poca moralidad la idea de combatir ese sistema, presentando como en relieve, encarnados en personajes

bien comprendidos y pintados, los inconvenientes y los perjuicios que de él se derivan, al cerrar el paso á las nobles ambiciones de los hombres de letras y abrir ancha puerta á la ambición innoble y desmedida de los políticos menudos? (XXIII.)

Pues todo esto es y representa, todo esto encierra y significa la obra de que hago mérito, y todo ello está expresado y sentido como se expresan y sienten los pensamientos en la ejecución de una obra artística por un talento y una imaginación superiores: con firmeza, con verdad, con bellas formas, con unidad indestructible, con orden y enlace, con plena conciencia y absoluto dominio de los principios y de las reglas, de los cánones y de las leyes artísticas, de las inspiraciones del buen gusto y de cuantos requisitos, en fin, impone la preceptiva y la estética.

Obra también muy notable y que dió no poco que hacer á la crítica, es la comedia en tres actos, precedidos de un prólogo, y en prosa, titulada *Tres amores*. La idea que la inspiró no puede ser más hermosa ni más nueva en el teatro. Propúsose la Avellaneda hacer ver en ella por qué diversas vías y con qué diferentes y

opuestos caractéres se muestra en el hombre esa pasión avasalladora que se llama amor, ese sentimiento absorbente, sublime cuando impulsa desinteresado y puro, vulgar é indigno cuando dirige egoista y vanidoso; esa inclinación poderosa é irresistible que nos acerca á otra criatura ensalzada por la imaginación ardiente y elevada por el fuego del entusiasmo hasta el ideal de la más completa perfección, ó rebajada hasta pretender ponerla en contacto con el limo mal oliente de una prostitución envilecedora, con que sueña la pertinaz esperanza de dar satisfacción á torpes deseos de lúbricas caricias, ó colocada sobre el pedestal cimentado en un cariño vehemente, pero casto; fidelísimo, pero sin mácula de liviandad; eterno é inviolable, pero sumiso y abnegado; que se contenta con la sola contemplación del objeto amado; que nada exige, que nada espera, que nada pide y que lo da todo, todo lo promete y lo sacrifica todo; un cariño que es como la anulación absoluta é irrevocable de la propia personalidad, la muerte de los egoismos más santos y legítimos; un cariño que tiene mucha semejanza con el amor místico, inspirador de excelsas virtudes, de incomparables vencimientos, de abnegaciones admirables, y que

anida con poca frecuencia en el corazón humano, porque siendo tan santo, tan elevado y tan heróico, contiene demasiada grandeza para que pueda ser encerrado en morada tan estrecha, y parece más propio de seres puramente espirituales que de criaturas revestidas de indócil y rebelde carne, sujeta al imperio ineludible y tirano de las leyes que rigen la materia.

Estas tres clases de amor aparecen encarnadas en otros tantos personajes, de caractéres bien concebidos y trazados. Matilde ama á Víctor de San Adrián, porque su imaginación brillante y soñadora, aunque inculta, recibe profunda herida con la lectura de las obras poéticas del noble joven, y con los coloquios en que él la ilustra, imaginando que sólo el creador de aquellas bellezas puede hacer dichosa su existencia. San Adrián ama á Matilde, porque su gallarda hermosura y su virginal candor despiertan en su alma sensuales apetitos, primero, cuando la trata como campesina; la vanidad y el orgullo de poeta adorado, después, cuando la admira artista; el torpe deseo de la posesión momentánea, siempre. Antonio, el rudo labriego, el sencillo montañés, ama á Matilde con el amor entrañable de un corazón que obedece ciego é inconsciente al impul-

so del querer; con el amor que nace en los primeros años de la vida y al calor de las primeras caricias, acompaña inocente y juguetón á la infancia, persiste alegre y pudoroso en la juventud y perdura sosegado y plácido en la tranquila vejez.

Los tres personajes luchan en abierta oposición y reñida contienda, empleando cada uno los medios que su expontánea inclinación y su propio temperamento les aconsejan. Por eso San Adrián, dominado por el deseo, explota, allá en los agrestes paisajes de Navarra, la candorosa afición de Matilde á sus escritos, y la entusiasta admiración por su persona, y el amor á la gloria, y el afán de brillar entre los grandes que sirve de acicate á la transformada aldeana acá en el fausto boato de la corte. Por eso, cuando ella le pide que la haga su esposa, la rechaza sin vacilar, y cuando cree encontrar en ótra mujer un partido ventajoso, escribe pérfida declaración de engañoso amor. Por eso Matilde, impulsada por invencibles anhelos de hacerse igual al poeta para ser digna de su amor, abandona la casa que la vió nacer y que fué testigo de su dichosa puericia, trueca la vida del campo, apacible y exenta de zozobras, por la azarosa vida

de actriz, y estudia y se ilustra con perseverante empeño, y cuando triunfa y es aclamada reina de la escena, cuando cree haberse elevado á la altura en que se encuentra el poeta, le ofrece su mano para que con solemne lazo consagre la apetecida unión, y abandona el agitado vivir de artista para disfrutar feliz de las delicias de un hogar amoroso, y cuando se persuade de que aquel ingenio tan fecundo, aquel estro tan brillante, está animado por un espíritu vulgar, que sólo mira el matrimonio como medio de realizar codiciosas aspiraciones, vé con escéptica indiferencia y tranquilizadora calma cómo cae derribado por el conocimiento de la realidad el ídolo que los devaneos de su exaltada fantasía habían elevado al rango de criatura perfectísima y adorable.

Por eso Antonio, invariable en su tierno afecto, constante en su puro cariño, se conforma con la compañía de su adorada, se somete humilde y contento á sus mandatos, la sigue á todas partes, y cuando se convence de que no es correspondido sino con fraternal cariño, y que otro hombre más afortunado es el dueño de aquel corazón que él ambicionaba llenar por completo, no se desespera, ni inculpa á nadie,

ni trata de tomar venganza: generoso siempre y abnegado como nunca, quiere separarse de Matilde, no para evitarse el sufrimiento que la felicidad de su rival pudiera proporcionarle, porque de todas las penas y de todos los sacrificios se encontraba suficientemente indemnizado con la presencia de su antigua amiga, sino para que ella no encontrase empañada su dicha—que era para él la suprema y más ardiente aspiración—con la idea de que tenía á su lado, atormentándole de contínuo, á la víctima de su desvío. Generosidad grande, generosidad heróica, sublime generosidad que sólo por excepcional elevación de sentimientos puede abrigar el hombre!

Tal vez este arquetipo de amorosa abnegación, casi casi inconcebible; tal vez lo extraordinario y descomunal de esta perfección casi sobrehumana decidieron el poco feliz éxito de la producción que examino, cuya autora, al decir de un correcto escritor, testigo del estreno, recibió en aquella ocasión «la prueba más miserable del odio que atesoran algunos espíritus mezquinos contra todo lo que es grande y levantado» (XXIV). Quizá la aparente inverosimilitud que se observa en la metamórfosis de Matilde fuera la causa del momentaneo fracaso; pero lo

cierto es que, estudiando con detenimiento ambos caracteres, no se encuentra razón bastante que justifique la actitud de aquella «turba de envidiosos». El carácter de Antonio, no por estar fuera de lo común deja de ser humano: ¿acaso no ha habido hombres tan desprendidos como él de su amor propio, y tan celosos de la dicha ajena? ¿Es que porque no se vea todos los días y en la mayor parte de los hombres este máximo heroísmo, se ha de negar la posibilidad de su existencia?... Y en lo que á Matilde respecta, no ha de olvidarse que aunque educada en una familia de labradores, y por tanto poco instruída, poseía una imaginación viva y riquísima—según se cuida de presentarla la autora,—y que pasó cinco años estudiando con no interrumpida constancia el arte de declamar y las obras de San Adrián, una de las cuales, *Safo*, que mereció por parte de la enamorada actriz singular predilección, fué la causa de su ruidoso y único triunfo en la escena. Y también debe tenerse en cuenta cuánto vale el poder de una firme voluntad puesta al servicio de un ideal tenaz. Porque el carácter de Antonio sea raro y extraordinario. y los medios que pone en juego Matilde para lograr su afán sean poco frecuentes, no deben ser

calificados de inverosímiles ni uno ni otros. porque la verosimilitud no es sólo la realidad actual, sino también la realidad posible.

No soy ciego encomiador de las producciones de mi ilustre paisana, sino admirador ferviente y convencido; por eso, y porque no se tache mi juicio de apasionado, no quiero callar que la comedia tiene defectos; que, por ejemplo, no se explica satisfactoriamente cómo viviendo bajo un mismo techo y en estrecha intimidad Matilde no supiera que su amante trabajaba en un taller vecino, ignorancia que sostenida durante cuatro años y que siendo fácil de vencer por cualquier ordinaria coincidencia ó suceso casual, sobre todo cuando el establecimiento se encontraba situado frente á la casa que habitaban, parece poco natural; que no es tampoco muy lógico, aunque sí muy ingenioso, el medio por el cual se entera Matilde de los mezquinos ideales del poeta, porque San Adrián pudo muy bien no escribir su declaración amorosa, tanto más cuanto que ningún rival le disputaba la mano de su noble tía; pero de estos defectos y de algún otro que no cito por insignificante, y de todos los demás, que alguien más avisado que yo pudiera descubrir, merecerá siempre la au-

tora absolución completa, en gracia á la hermosura y originalidad de la tésis que plantea, á la magnificencia de los caracteres y á la elocuente explicación que acerca de esos tres amores pone la Avellaneda en boca de la desengañada Matilde. El amor carnal que degrada, el amor imaginativo y artificioso que engaña y el amor puro y profundo del alma, que ennoblece, ó si quereis en otros términos, el apetito lascivo que dura cuanto tarda la satisfacción del deseo, la ilusión mentirosa que se deshace al soplo más ligero del viento de la realidad y la pasión hondamente arraigada y absolutamente generosa que permanece incólume á través de todas las pruebas y en contra de todas las vicisitudes, tales son los tres humanos sentimientos que luchan en la obra, cuyo desenlace, preparado por hábil *quid pro quo*, da el triunfo más solemne al amor santo, al amor desinteresado de un alma, que cede á la irresistible inclinación que le impide á otra criatura, sin objetivo egoista, sin otra finalidad en el amor que el amor mismo.

Galanuras de ingenio, alardes de fino y culto gracejo y chistes legítimos, de situación y de palabra, se admiran en los dos actos de la pieza *El millonario y la maleta*, comedia de enredo y

á la vez de figurón, pues, juntamente con las ridículas equivocaciones á que da lugar la bien combinada intriga, se ostenta, para justificar la clasificación hecha el carácter evidentemente caricaturesco de la pretenciosa marisabidilla de pueblo, figura perfectamente trazada. La prosa de esta obra, como la de *Tres amores*—únicas en que prescindió la Avellaneda del lenguaje rimado,—es fácil, correctísima, con la sola diferencia entre la de ambas obras que en ésta ostenta toda la galanura y elocuencia de que es susceptible su hermoso asunto, mientras que en aquélla se ofrece llana y familiar, aunque siempre culta y esmerada.

Bellísima y tierna como las dulces baladas del Septentrión, delicada como los calados y randas de una filigrana, olorosa y brillante como las flores de un pensil meridional, *La hija del rey René*—pieza en un acto, arreglada del francés y puesta en verso castellano—en donde el paternal cariño y el filial afecto sostienen el interés de una acción sencilla y lógicamente desenvuelta entre primores de forma y hermosuras de pensamiento, cierra el cuadro espléndido é invalorable de las producciones dramáticas de la genial escritora (XXV).

Apremios del tiempo védanme entrar ahora en consideraciones generales y sintéticas relativas al teatro de la Avellaneda, á su sistema dramático, á sus más salientes cualidades, y me ponen en el caso de aplazar el cumplimiento de este mi propósito, que yo voluntariamente no hubiera diferido, hasta la próxima conferencia. Mas por la rápida exposición que en esta noche y en la anterior habéis escuchado, habréis comprendido desde luego que no se trata de un poeta de secundario mérito, ni de un discípulo notable, ni de un imitador discreto y afortunado; que se habla de una inteligencia extraordinariamente privilegiada, que supo imprimir sello característico y personalísimo á las artísticas lucubraciones de su preclaro entendimiento, legando con ellas á la posteridad joyas de inestimable valor y superior belleza; que estos triunfos alcanzados por la ilustre hija del Camagüey, en los diversos géneros y manifestaciones de la poesía dramática, y el ta'ento elevado con que supo dar la precisa tonalidad y el justo colorido, lo mismo á los grandes desbordamientos de la pasión que al sosegado curso de serenos afectos, á los extravíos de la sensibilidad como á las santidades del corazón, colocan su nombre entre

los más conspícuos del teatro español y al lado de los más famosos en la historia de la Literatura dramática; que éstos sus méritos, en fin, la dan derecho póstumo é imprescriptible á las alabanzas de la crítica, á los fervores del entusiasmo, á los homenajes de la admiracion y á los tributos de la gratitud por parte de cuantos ostenten con verdad el honroso dictado de amantes del noble arte de las letras y celosos mantenedores de las nacionales glorias.



CONFERENCIA CUARTA



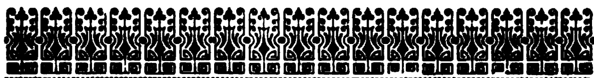
NOVELAS Y LEYENDAS

EPÍLOGO



PRONUNCIADA

EL DIA 12 DE FEBRERO DE 1897



CONFERENCIA CUARTA



NOVELAS Y LEYENDAS.—EPÍLOGO

La poesía es el reflejo más fiel de una sociedad y de un siglo.

CASTELAR.

El Arte y la Literatura marchan siempre á compás de la civilización, mostrando en bellas formas representativas los elementos característicos de una cultura, reproduciendo en geniales creaciones las ideas predominantes de una época, encarnando en tipos arrancados á la realidad de la vida los sentimientos peculiares de un pueblo, los ideales de una nación, los signos morales de una raza; presentando en todo momento el fiel retrato, la efigie verdadera de lo que constituye, en la inacabable serie de mu-

danzas y transformaciones que desarrolla la actividad humana, algo así como el *substractum* de los tiempos, la histórica esencialidad del progreso.

Desde la rudeza de las artes orientales, hasta la suavidad de las producciones helénicas; desde las toscas representaciones de la inteligencia y de la fuerza en la escultura india, hasta la mística sensualidad, la hipostática unión de la belleza y el bien en el arte griego, desde la esfinge egipcia hasta la Venus de Médicis, desde el Ramayana á la Iliada, y desde la Biblia á la Odisea, desde el simbolismo hasta el antropomorfismo, desde las catacumbas humilladas hasta las basílicas triunfantes, desde la escuela de Rodas hasta la escuela de Efeso, y desde el grupo de Lacoonte hasta la estatua de Antinóo, esta ley inflexible que preside á las manifestaciones de las bellas artes, ha venido cumpliéndose sin excepción posible, de un modo permanente, con absoluta universalidad, con necesidad ineludible.

La lírica de los primeros tiempos, vaga y rudimentaria, sin carácter psicológico todavía, porque el hombre vive aún en el seno del sentimiento colectivo cuando comienza á alborear

con pálidos destellos la civilización, se hace subjetiva y pensadora, personal y reflexiva cuando la aurora delicada se convierte en astro radiante de luminosos fulgores, y el sol de la cultura se para majestuoso en su zenit, y despojándose de su primitiva forma, tímida como la pasión del adolescente y fragmentaria como los incoherentes juicios de la infancia, se reviste de la serenidad del raciocinio, y abandona el anónimo para ostentar el sello individual del artista creador. La dramática se inicia con farsas groseras y rapsodias vulgares, se desarrolla luego en el poema de acción, y se perfecciona y completa en la tragedia sublime. La épica surge al calor del entusiasmo que irradia el fuego de la fábula heróica, glosando primero hazañas maravillosas y proezas semidivinas, cantando después con inspiración hercúlea la protección efectiva de Belo y las victorias de los pueblos, narrando y describiendo, por último, en pinturas murales, en cuadros atractivos ó en graciosos bocetos, las costumbres y los hechos, las creencias y los ideales, los sentimientos y las negaciones, y hasta las artes y las ciencias de las modernas edades.

Tal el origen, tal la causa de la novela, única forma capaz de contener el tejido complicadísi-

mo de la vida moderna, cuya complejidad de elementos y díversidad incalculable de factores semejan, en su conjunto, espesas malezas de inextricable selva, impidiendo la concepción individual de ese todo inmenso, la reducción de variedad tan rica y ubérrima á la unidad de un pensamiento dominante, donde hay tantos que comparten el señorío de la inteligencia, ó á un ideal perseguido con fe incorruptible y tenacidad perseverante, donde la duda reina como soberana y el escepticismo sofoca y ahoga, y la indiferencia cunde, y se propaga la atonía, con la siniestra violencia del huracán desenfrenado que todo lo arrasa, y el egoísmo hace súbditos de su despótica autoridad los más generosos corazones, ensanchando los términos de su criminal reinado con la tranquila seguridad que á la frondosa encina prestan sus robustas y extendidas raíces. Y así como sería calificado de imbécil ó de loco quien pretendiera reproducir en el lienzo, con la minuciosidad del detalle, todas las mínimas bellezas y todas las innumerables hermosuras de un bosque virgen, así fuera juzgada descabellada empresa y empeño vano el intento de escribir la epopeya de los actuales tiempos.

He aquí por qué se ha podido escribir con verdad que las novelas que, en número infinito, corren de mano en mano por el mundo, llevando sano alimento ó ponzoñosa comida al espíritu, no son más que capítulos diseminados de esa epopeya inmensa é inorgánica de la edad moderna. Así es, en efecto; recordad si no, señores, los varios asuntos que á la novela se han llevado; parad vuestra atención en la diversidad y oposición de su respectiva naturaleza; fijáos bien en la universalidad que resplandece en su cabal conjunto y os convenceréis de que nada falta, nada ha quedado sin representación en ese colosal poema, mónstruo de cien cabezas y milenarios miembros, tan apropiado al gusto de las modernas generaciones, y en el que han colaborado todo género de ideas, toda clase de sentimientos, todo linaje de intereses; escritores de todos los temperamentos, de todas las aptitudes, de todas las razas, de todos los pueblos y de todos los sistemas.

Pesimista con Voltaire, pedagógica con Rousseau, íntegramente católica con Wisemann, católico-liberal con Feuillet, racionalista con Jorge Sand, plutócrata con Balzac, criminalista y defensora de la irresponsabilidad con Ernest

Feydeau, socialista con Eugenio Sué, propagandista del socialismo cristiano con Fenelón, individualista con Laboulaye, esclavista con mister Eastman, abolicionista con Mss. Stowe, reformadora con la canonesa Gunderode y la condesa de Hhan, resueltamente contraria á la emancipación de la mujer con Mme. de Craven y Fernán Caballero, la novela con su espíritu sincrético, su natural flexibilidad y su característica amplitud, reviste todas las formas, admite todos los tonos, acepta y recibe todas las lucubraciones por abstrusas que en sí parezcan. Combinación indefinible de todos los géneros, es épica porque se nutre de la realidad objetiva; lírica porque se adorna con la expresión del sentimiento personal del artista; dramática porque bebe los gérmenes de su eficacia estética en los conflictos humanos. Sin dejar de ser poética, no lo es por entero ni en modo exclusivo, pero tampoco puede calificarse entre los géneros de transición. Más comprensiva que el drama, á su hospitalario regazo se acogen sin oposición las tesis más contradictorias, las opiniones más opuestas, las más diversas ideas; el dogma impenetrable, la oscura doctrina filosófica, los debatidos principios de la moral, la trascendente

teoría científica, la observación del psicólogo, las mordeduras de la sátira, el sentimiento personal y el sentimiento colectivo, la suma totalidad, en fin, de conocimientos, de impresiones, de juicios y de deseos que el alma puede contener.

Justificada queda por estas razones la amorosa predilección con que nuestra sociedad ha acogido la novela, dando al olvido la magna epopeya del clasicismo, y probado también queda cómo esta esencial flexibilidad de la nueva forma de poesía objetiva la hace utilísima para la difusión y propaganda de sistemas políticos y teorías sociológicas, que son las cuestiones que hoy más interesan y las que más utopias han engendrado de muchos siglos acá, no pocas de las cuales han sido fácilmente aceptadas por la masa social, merced al atractivo encanto y á la amenidad de formas que la novela les prestó. Y en esto sí que no puede ser acusada la Avellaneda ni del más ligero pecado contra las leyes del buen gusto ó contra los fueros siempre respetables de la inspiración poética, que en las obras de este género debe ser siempre lo principal y no el medio sujeto á una pauta concebida de antemano y subordinado á un camino pre-

viamente trazado, que se pone en ejecución para el logro de fines extraños por completo á la producción estética. La Avellaneda cultivó la novela con el mismo desinteresado objetivo con que descubrió en sus versos los secretos de su alma y trasladó al drama las grandezas de la historia; con el mismo fin puramente estético tocó la épica trompa que tañó el melodioso rabel.

No diré yo que todas sus novelas carezcan de finalidad trascendente, ó estén faltas de sentido didáctico, ni mucho menos que no dejen grabada alguna enseñanza en el corazón, con esa permanencia y esa solidez que sólo la impresión por la belleza causada puede originar; lo que sí afirmo, y la lectura de sus novelas comprueba mi afirmación, es que la ilustre escritora no se propuso jamás, como fin primordial, nada que no fuera la producción de la belleza literaria por medio del poema novelesco.

Así *Sab*, es en el fondo una novela abolicionista, entusiastamente abolicionista; los horrores de la esclavitud, los indecibles sufrimientos del siervo infeliz que en los cañaverales de Cuba amasaba con las trizas de su pellejo, desprendido por los abrazos de fuego del látigo del mayoral, la

espléndida riqueza de su amo; la humillante condición del hombre-máquina, para quien el descanso no es un derecho sino una graciosa concesión del poderoso señor, la inspiraron esta obra, cuyo héroe, dotado de noble y ardiente pasión, es un carácter de inapreciable valor típico, tanto más cuanto que fué producido cuando apenas comenzaba á recibir la entonces gentil doncella las primeras claridades del matinal crepúsculo de la adolescencia. Pero, si comparais esta novela con *La cabaña del tio Tom*, observaréis al punto que esta es más alegato que poema, mientras que *Sab* es una creación puramente artística; que la novela yankee es el vehículo que lleva á todas partes el generoso odio de su autora hácia la inhumana institución que pisotea la dignidad del hombre, mientras que la novela cubana tiene por base de sus méritos las bellezas de un carácter y los tormentos de una pasión individual, á través de la cual el lector adivina la generalización de aquellas amarguras comunes á todos los esclavos, y siente surgir de su espíritu la espontánea condenación que la humana naturaleza formula enérgica ante el espectáculo de la injusticia y del dolor. Ambas muestran la misma tendencia, pero el proceso psicológico es distinto en

cada una: la primera se propone exclusivamente un fin transcendental; la segunda un fin puramente estético. Esta lo subordina todo á la belleza; aquella todo lo pospone á la tésis. La obra de Mss. Stowe va directamente á la reforma social; la obra de la Avellaneda se dirige resueltamente á la producción estética. En la una, la novela es el medio y la forma; en la otra, es la novela el fondo y el fin. Ambas son abolicionistas; pero la una lo es porque así se propuso la autora que lo fuera, mientras que, en la otra, el pensamiento sociológico aparece como derivación del fondo artístico que todo lo absorbe. Y hasta tal punto es cierta esta supremacía, que, cegado con la luz que irradia la hermosa figura del protagonista, el insigne Pastor Díaz no vió en la novela otra cosa que aquél hérce y aquella pasión, tan gallardamente descritos, y afirmó que «*Sab* es una pasión, un carácter, nada más», á pesar de que la enseñanza que la novela difunde, no puede ser más elocuente y provechosa.

Lo mismo puede decirse de *Espatolino*, novela filosófico-social, en donde se plantea el problema de la justicia colectiva y se ponen de manifiesto las deficiencias de la acción del Poder público, ineficaz para proteger la honra y asaz contreñido

para reprimir todas las infracciones de la ley moral, y todos los delitos horrendos que están fuera de la jurisdicción del Derecho positivo y que, sin embargo, son fuente de tantas desventuras. El pensamiento artístico domina al pensamiento filosófico, que luce secundariamente, y como natural consecuencia de la impresión por el arte causada.

Con tal verdad y riqueza de colorido, con tanta energía y de modo tan magistral está hecho el retrato de aquel célebre bandido italiano, que en los primeros años del siglo alcanzó fama terrible por sus crímenes; del jefe de aquella gavilla de bandoleros, que asoló con sus depredaciones la Italia y cuyas funestas hazañas, descritas en incontables composiciones líricas por los poetas de la nación citada, corrían en prodigiosas narraciones de Palestrina á Sorrento, de Monteleón á Gensano, que apenas se concibe tanta exactitud si no es teniendo en cuenta el genio insigne de la escritora principeña.

Un hombre de familia acomodada, de no vulgar talento, de sentimientos elevados, en quien el hado fatal que le persigue sin tregua va poco á poco apagando toda idea generosa, ve arruinada su familia por la codiciosa perfidia de un

personaje que pasaba por el tipo más acabado de la honradez y de la rectitud, el cual logra seducir, después, con el repugnante brillo de sus riquezas usurpadas, el corazón egoista de la mujer á quien aquél amaba con frenética pasión. Un su amigo del alma, que providencialmente impide el suicidio á que se condenaba, saca á su hermana, fingiéndole amor entrañable, del hogar paterno, que la recibe al poco tiempo sola, sin honra y con un hijo, fruto del capricho amoroso de su novio. El hermano quiere vengar la ofensa y reta al seductor; pero los padrinos declaran que el desafío sólo puede verificarse entre iguales, y entonces Espatolino hiere al conde, arrojando sobre su sangre el oro vil con que pretendió comprar el honor y la felicidad de una familia. Transcurrido algún tiempo, mientras el asesino salía para un presidio á cumplir la condena de diez años, que la pública vindicta le impusiera, el noble conde, restablecido ya de sus heridas, se paseaba alegremente por las calles de Roma, acechando tal vez la ocasión de satisfacer nuevamente sus instintos, á costa de la tranquilidad de otra familia. Extinguida la pena, dirígese el presidiario á su casa, en la que el dueño ni siquiera dejó expirar á su hermana

agonizante, su madre muere en un hospital, y Espatolino, para quien la vida no había tenido más que amarguras y desdichas, solo ya en el mundo, arrojado de todas partes y despreciado por todos, porque en su frente llevaba impreso el negro estigma del asesino, declara guerra á la sociedad hipócrita que adula y besa las plantas al criminal poderoso, y, reunido con otros desesperados, organiza la horda famosa que capitanea, compuesta de verdaderos batallones disciplinados. La Providencia interpone en su camino una hermosa joven, toda candor y virtud, que le inspira pasión arrebatada. Ella le aconseja, le exhorta á abandonar la vida de facineroso, y le persuade, por último, de lo erróneo de sus negaciones y de la existencia de la virtud, á la cual se decide á volver influído por el amor, esa fuerza incontrastable que ha venido á sustituir en la moderna literatura al destino fatal de los poemas griegos; sentimiento que purifica y regenera el alma corrompida de aquel bandido. Pónese en comunicación con un funcionario del Estado para acogerse al indulto; pero el empleado con quien trata es un traidor sin entrañas, que, más atento á su personal medro que á la fidelidad de su palabra, hace pasar por vic-

toriosa captura la voluntaria presentación del temido bandolero, y Espatolino muere, por fin, en el patíbulo, poseído de arrepentimiento y cristianamente resignado... ¿Puede pedirse más naturalidad en el desarrollo del asunto, ni más realidad en el carácter de los personajes, ni más artística grandeza en la figura del protagonista, ni más apasionado sentimiento en las situaciones altamente dramáticas que llenan la novela?

Quien—dando muestras de poco avisado, y haciendo gala de exagerados escrúpulos—osara calificar de inmoral esta novela, probaría que no tiene ideas exactas acerca de la legítima intervención del mal en las obras literarias. Ciertamente que la vida de Espatolino no puede ser presentada como modelo de edificación; lejos de eso, sembrada, como está, de crímenes, se hace merecedora de la más alta reprobación; pero ni la autora la aplaude, ni la ofrece como ejemplo de conducta, ni siquiera la justifica, pues que, limitándose á explicarla, coloca la expiación al lado del delito, exponiendo su origen y dando un aviso a la sociedad egoista para que se preocupe con más solicitud y justicia de muchos respetables y sagrados intereses que están hoy casi fuera de su salvaguardia tutelar. La honradez de-

rrocada por la avaricia; la sed de riquezas venciendo al amor; la lascivia disfrazada con las albas vestiduras de la amistad leal... he aquí el cuadro que contempla Espatolino, y las causas que determinan su criminalidad.

Así impresionado, y pisoteados así sus más nobles y puros afectos, es natural su odio á la sociedad y lógica su conducta, dado su temperamento dignamente irritable y saturado de grandes pasiones. Colocado en la para él indudable alternativa de soportar con santa humildad el desprecio que inspira su condición, ó de rebelarse contra el poder social, escoge el segundo camino, y roba, saquea y mata, pero no ultraja, ni ennegrece aún más su obra, que él cree de lícita venganza, con los refinamientos de salvaje crueldad. y lucha contra la sociedad que así lo ha lanzado de su esfera, y que—cuando su alma, muerta á todo noble impulso, resucita á la vida de la fe, al calor de una pasión que le impele á buscar nuevamente refugio en la compañía de sus semejantes, en la comunidad social, en cuyo seno intenta reingresar—le cierra sus puertas con cobarde traición, y rompe el hilo de su existencia, haciendo ineficaz la obra de regeneración realizada por el amor, viniendo á convertirse de este modo el trá-

gico fin de Espatolino en protesta vehementísima contra esa pena que no corrige, contra ese suplicio estéril que no da ocasión á la enmienda, contra la inícua venganza social que implica la pena de muerte.

Grande en medio de sus crímenes, siempre noble en medio de sus hechos abominables, Espatolino despierta y agita las simpatías del lector, no por sus delitos, sino, apesar de ellos, y la natural excelencia de sus instintos, brilla por cima de su forzada y ocasional perversidad. Espatolino, criminal y escéptico, es una condenación de las deficiencias del Poder social; Espatolino, arrepentido, creyente y castigado, es un tributo de respeto á los rígidos principios morales. Por eso Espatolino es un problema de alta filosofía social, un carácter de grandes proporciones artísticas y un anatema elocuente lanzado contra la humana injusticia.

Inspirada en el más puro romanticismo, es *El Artista barquero ó Los cuatro cinco de Junio* una delicada melodía de amor, expresada con afortunado acierto en variedad abundante de finos matices. Josefina, criolla encantadora, tanto por su belleza física como por la hermosura de su alma candorosa, y Huberto, batelero gallardo,

de continente gentil y artístico temperamento, se tropiezan un día en el camino de la vida y se aman con aquella ardorosa pasión que solo tiene cabida en corazones puros, y en sus aras se sacrifican para ceñirse en sus aras la nupcial corona, prenda de bienestar y nuncio de venturas. Mr. Caillard, el padre, adora á su muerta, á la esposa ejemplar arrebatada para siempre á sus caricias por el rigor de la Parca, con aquella adoración solemne que engendra el recuerdo á la sombra del fúnebre ciprés; con aquel culto severo, rico de sentimiento y pobre de liturgia, que se practica ante la majestad imponente de los mudos sepulcros. La marquesa de Pompadour, inteligencia nada vulgar, ama á Huberto con aquel amor que resurge en el ocaso de la juventud, como última esperanza de terrena felicidad; y ese amor lava las impudicias de su vida de favorita, á donde la llevaron las sugestiones de la mujeril vanidad, y limpia su alma del egoismo ciego con los suaves alisios de abnegada generosidad y las tibias auras de la resignación consoladora, que apagan el rescoldo de la pasión y refrescan el ambiente en que el alma respira. Hasta la fiel mulata, tipo hermosamente simpático, trasladado de la realidad de las

costumbres cubanas á las páginas de la novela, se mueve dominada por el amor, sentimiento que muestra constantemente en sus relaciones con la familia á quien sirve y que ha llegado á ser la suya propia. Novela sentimental, en *El Artista barquero* todo es delicado, todo pasional y conmovedor.

En *Dolores*, por el contrario, la pasión dominante es el orgullo, soberbiamente personificado en la criminal altivez de la condesa de Castro, doña Beatriz de Avellaneda, quien, dominada por los desvarios del honor mal entendido, pospone á la nobleza de su abolengo la felicidad de su hija y la tranquilidad de su esposo, haciendo pasar á aquella por muerta y matándola realmente en vida, pues no á otra cosa equivale la forzosa permanencia en el sagrado claustro, que es la dicha más preciada para las esposas de Cristo que han dejado en sus umbrales toda mundana afección; pero que debe ser martirio inhumano y amargura indefinible cuando con la casta virgen atraviesa las puertas santas de aquella angélica morada la imágen del hombre querido, que atenacea y destroza el alma con la idea desconsoladora de una pasión contrariada. *Dolores* es una historia doméstica, basada en una

crónica de la familia de la Avellaneda, entre cuyos ilustres antepasados hubo, á lo que parece, varias víctimas de esa equivocada idea del honor reinante en los pasados tiempos; error que enloquece á Munio Alfonso y mata todo sentimiento de afecto en la condesa de Castro; la cual, á pesar de cerrar los oídos á las voces de los más arraigados cariños, se nos ofrece en la novela llena de soberana majestad, luchando con sin igual entereza y llegando hasta el propio sacrificio, á impulsos de la dureza de su gran carácter.

La profunda simpatía que despierta en los corazones generosos—y generosos son los corazones de los verdaderos poetas—el infortunio del caído y la inmerecida adversidad, fué el sentimiento que dictó á la Avellaneda su preciosa novela *Guatimozin*, en la que—dejándose llevar de su sensibilidad, impresionada por las crueldades y abusos de fuerza propios de toda conquista y que, en la convencional y acomodaticia justicia política, se han aceptado sin reparo, aparentemente en favor del progreso de la humanidad, y en rigor de verdad, disfrazando, con el pomposo fundamento de la *razón de Estado*, el fundamento real de aquellos excesos, que no es otro sino el

interés egoista y las miras ambiciosas de las grandes naciones,—trazó el cuadro interesante de la vida y muerte del mal aventurado descendiente de Motezuma, del último emperador de Méjico, y penetrada de sincera admiración, cantó la gloria de su martirio y entonó alabanzas al heroismo infelice del noble azteca vencido; más con tan raro acierto que logró hacer convivir, sin oposición, el entusiasmo hácia la víctima con los respetos sagrados que en justicia se deben al vencedor español, nuestro inmortal Hernán Cortes, cuya gran figura no sufre menoscabo, ni se estremece con ofensivas apreciaciones.

De esta novela no se incluyó en la colección de 1869, más que el epílogo, con el título de *Una anécdota de la vida de Cortés;* pero todavía tuvo menos fortuna *Dos mujeres*, que, al igual de *Sab*, fué totalmente excluida. En ella, y al modo de Jorge Sand, aunque con distinta tendencia, pues la escritora francesa examina la cuestión desde un punto de vista menos elevado y su observación queda encerrada en horizontes menos amplios, la novelista española trata con profunda filosofía y maduro conocimiento de las debilidades humanas, los pavorosos problemas que—

ocultos allá en el fondo de la sociedad conyugal, asómanse diariamente á la superficie de ese lago tranquilo y manso por arriba y agitado terriblemente por profundas conmociones subterráneas— se formulan con diversos enunciados y que no hallarán nunca resolución satisfactoria en los raciocinios del sociólogo ni en los consejos del jurisconsulto, y sólo dejarán de presentarse en las familias engrandecidas con la práctica vivífica de las consoladoras virtudes cristianas.

En el notable fraccionamiento á que han sido sometidos los moldes épicos por virtud de la complicación de las relaciones sociales y la multiplicidad de necesidades intelectuales y artísticas propias de la época contemporánea, se encuentra una especie de forma poética objetiva, que al divulgar en composiciones de reducido tamaño todo género de tradiciones y creencias de los pueblos, ejerce poderoso influjo en todas las clases de la sociedad, y trasmite, cubiertas con el atractivo ropaje de una encantadora vaguedad, profundas enseñanzas morales que, flotando antes con indeterminado movimiento en la atmósfera intangible de las consejas populares, adquieren luego fijeza y permanencia en su ritmo civilizador, cuando se hacen correr por el cauce fecun-

dante de la poesía. La imaginación popular, tomando por base los hechos portentosos de los héroes, ó los sucesos sobrenaturales con que Dios muestra á los hombres su infinito poder, crea la narración poética; la narración, revistiendo con sus galas suntuosas los acontecimiencos, propaga las ideas morales en ellos contenidas, y crea la tradición; la tradición expresada en formas artísticas, engendra la leyenda, que tal es la clase de poesía objetiva á que me refiero.

De ella se sirvió la Avellaneda para interpretar en hermosas parábolas, ó elocuentes narraciones, con toda la verdad que al poema otorga la sumisión sabia y prudente á las leyes morales que rigen el instinto universal de los pueblos, las profundas verdades de la filosofía del vulgo, las doctrinas morales de las gentes indoctas, cuya espontaneidad de origen y común aceptación pregonan la alteza augusta de su eterno fundamento; los principios de la lógica popular, la cual no se engaña nunca, porque no se aparta en sus raciocinios de la norma trazada por el común sentido, que brilla en ella radiante de luz, sin que las nubes del error sistemático ó de la teoría de escuela, interrumpan su esplendorosa trayectoria. Y cómo interpretó estas doctri-

nas, y cómo dió forma á estos sentimientos, díganlo la execración vigorosa de la ingratitud filial, que prestó vida artística á *La Montaña maldita*, tradición helvética; el exaltado frenesí por la poesía, enseñoreado del alma de un artista campesino, que dictó la mágica creación de *La Ondina del lago azul*, leyenda fantástica; el castigo horroroso de la esposa infiel y del adúltero amante, que inspiró las sugestivas páginas de *La Baronesa de Joux*, tradición francesa; el fervor religioso y la veneración infundida por la santidad, que trazó el piadoso relato *El Aura blanca*, tradición camagüeyana; la obsesión amorosa, la pasión suicida que trasladó á los territorios de la república literaria la mística *Flor del Angel*, tradición vascongada; la hermosa diafanidad con que lucen los primores del género en *La dama de Amboto, La bella Toda, El cacique de Turmequé* y *La velada del helecho*.

Leed, señores, estas composiciones, y si las embriagadoras emanaciones de candor y sencillez que de su seno se desprenden, os dejan íntegra la necesaria serenidad para juzgar, observareis con qué primoroso cuidado se conserva la índole popular de la narración, la hechicera llaneza de la conseja, las seducciones fascinadoras del idea-

lismo, y con qué exquisitos escrúpulos se difunde, sin presuntuosos dogmatismos y sin alardes de filosofía, el recto sentido moral de las tradiciones populares, escondido debajo de los encantos de la forma, en los arranques de la imaginación, en las vibraciones del sentimiento y en el vaivén incesante de los hechos, en el flujo y reflujo de la agitada vida humana.

No necesito insistir mucho en los juicios consignados en la primera de mis conferencias; voces más elocuentes y autorizadas que la mía han entonado calurosos laudes á la inspiración que agitó el estro de la Avellaneda, reconociendo con fallos inapelables el portentoso valer de sus composiciones líricas. Admirada por sus coetáneos de España y del extranjero, colocada por Valera al nivel de Safo (XXVI), y reconocida por Pastor Diaz igual en grandeza á los «poetas masculinos» de más renombre (XXVII), su genio lírico alcanza tal elevación y sublimidad que la crítica ha aceptado unánime el juicio de Gallego considerándola la primera de las poetisas españolas (XXVIII.)

Como novelista, tiene razón el Sr. Menéndez Pelayo al afirmar que su labor en este sentido es la «menos personal», y que sus obras reflejan «un gusto que tiene para nosotros la desgracia de ser viejo, sin ser todavía venerable por su antigüedad.» Pero también debe tenerse en cuenta la opinión de otro crítico que con verdad sostiene ser muy meritorias las novelas de la Avellaneda, aunque por no llegar á la perfección de sus poesías líricas y de sus obras dramáticas, despiertan menos entusiasmo (XXIX). Impregnadas todas ellas del espíritu romántico que dominaba á mediados del siglo, nada de lo que hoy se busca en la novela pueden ofrecer sus páginas; pero abundan en descripciones brillantes y caracteres magistralmente trazados, cosa bien natural, pues quien supo expresar con tan artística gentileza sus íntimos sentimientos en la poesía subjetiva, y llevar con tanta fortuna al teatro las pasiones humanas, no había de encontrar grandes dificultades para conseguir iguales resultados valiéndose de las formas épicas de la novela.

Muy superiores á sus méritos de novelista son sus cualidades como autora de leyendas, en las cuales encuéntranse rasgos dignos de Hoffmann

y la brillantez fantasmagórica propia del sentimentalismo popular que inspira estas creaciones

Como poetisa dramática ha sido imperfectamente estimada, y «no alcanza—según el citado Menéndez Pelayo—toda la fama que merece». No hay, en efecto, ninguna crítica completa acerca de su teatro; sólo revistas aisladas de algunas obras, como las de *Baltasar, Munio Alfonso* y *La aventurera,* pueden encontrarse, para estudiar la poesía dramática de la Avellaneda; pero ni aun las más entusiastas son capaces de hacer formar concepto cabal del valor y significación que en la poesía dramática alcanza la fecunda hija de los trópicos.—Veremos si puedo yo lograrlo.

Inspiróse siempre en la realidad de la vida humana, presentando sin alteración esencial los hechos, reproduciendo los sentimientos y las pasiones, los dolores y los regocijos, la convicción y la duda, la ira y el temor, el escepticismo y la fe; reproducción ajustada á las exigencias y contenida dentro de los límites de la naturaleza, pero hecha con plena conciencia de la libertad del artista para crear bellezas, para mejorar la realidad sin desfigurarla, para embellecer la na-

turaleza, para idealizar la verdad; colocándose siempre en aquel justo medio donde el poeta concibe y produce la idealidad de la belleza real, sin que su obra pueda ser condenada por copia servil ó por fantástica historia, fruto de un idealismo calenturiento y trasnochado; no olvidando nunca que el hombre sólo se interesa por sucesos reales ó posibles, caracteres profundamente humanos, pasiones verdaderas que quepan naturalmente dentro del alma, y sólo se conmueve con la expresión artística de la belleza sentida; apartándose tanto de los funestos errores de un realismo exagerado como de los ridículos desvaríos de un idealismo de imposible aplicación, y haciendo brotar de esta unión concertada y de esta armonía fecunda el conflicto dramático, la situación trágica, el personaje interesante, la acción conmovedora y la intriga cómica.

Hé aquí el secreto de los grandes dramaturgos y la causa fundamental y originaria de los triunfos de la Avellaneda: que el poeta tiene imaginación y el mundo objetivo tiene realidad, que la una y la otra nada valen por sí solas para los fines estéticos, que únicamente en su acertada combinación estriba el arte, y que la Dramática

como la Literatura y como el Arte en general, no son precisamente máquinas fotográficas ni linternas mágicas, aunque tengan mucho de los dos aparatos; tal la provechosa enseñanza que adquirió nuestra autora antes de emprender sus trabajos y que siempre tuvo presente en su memoria.

Los asuntos por ella tratados son por demás interesantes y conmovedores, y su concepción dramática entraña conflictos en que las pasiones se desarrollan con toda su fuerza impetuosa, la condición humana aparece fielmente retratada, la acción dotada de movimiento y energía, y los sucesos se reflejan con brillantes colores, resultando del juego concertado de tales elementos el legítimo efecto dramático, esa especial y singularísima combinación de sentimiento y sorpresa á la cual suelen sacrificar muchos autores hasta los más elementales principios del Arte, haciéndolo derivar única y exclusivamente de la complicación de la trama y de los variados lances de la acción, y que la Avellaneda consigue sin menoscabo de la belleza y de la verdad, sin absurdos ni inverosimilitudes, sin torpes bufonadas ó espectáculos repugnantes, sin perder de vista que el fin esencialísimo del Arte es la producción de la emoción estética, y que á esta deben subordi-

narse todos los demás, sin olvidar jamás que en el drama íntimo y personal que se desenvuelve allá dentro de la conciencia de los personajes, es en donde residen las causas verdaderas del efecto y del interés dramático; fiando más que en la imaginación en la sensibilidad del público, á quien no pocas veces subyugó con las bellezas de esas luchas interiores, encerradas en los moldes de una acción en extremo sencilla y exenta de peripecias, y confeccionando con diestra mano esa difícil y artística mezcla de inspiración poética y realidad humana, que despierta la atención, cautiva la fantasía, conmueve las más delicadas fibras de la sensibilidad, suspende el ánimo y excita el interés, elevándolo hasta su máximo grado en esos momentos críticos de la acción en que los incidentes que complican la trama, los cambios de posición en los personajes ó la intervención de nuevos elementos—motivado todo ello de un modo natural y lógico, sin que se eche de ver la labor de preparación que evita la sorpresa, ni la falta del necesario enlace entre estos factores—dan origen á lo que se ha convenido en llamar situaciones dramáticas, cuya moderada sucesión, cuyo interés creciente y cuya personal virtualidad hacen del poema creación bellí-

sima de artísticas excelencias y fiel reflejo de la naturaleza humana.

Artista de genio exhuberante, la Avellaneda no se extravió, sin embargo, en el camino de la producción literaria, y supo conciliar los vuelos gigantescos de su ardiente fantasía con los principios fundamentales del Arte. Sus obras dramáticas son perfectas porque están adornadas de las cualidades esenciales de toda obra literaria; los elementos que engendran la armonía, y la armonía que da vida al conjunto, no faltan en ninguno de sus dramas: unidad en el pensamiento, unidad en el asunto, unidad en la inspiración, unidad en el plan, unidad en la acción, unidad en el fondo, unidad en las formas de expresión; variedad en los personajes, variedad en los incidentes, variedad mesurada en los episodios; armonía en la estrecha alianza con que se ostentan las antedichas cualidades, armonía en la proporcionalidad, armonía en el desarrollo, armonía *viviente* que se manifiesta con todas las energias de su realidad en lo poderoso de la inspiración, en la expresión vigorosa de los afectos, en el carácter acentuado con que cada obra revela su especial fisonomía y su peculiar individualidad.

Libre en la ejecución, con la libertad impecable

del genio, que como destello de la divina luz no está sujeto al imperio de reglas, que más tienen de pueriles que de razonables y filosóficas, desdeñó por lo común las famosas unidades de tiempo y de lugar que, como observa Voltaire, permitieron escribir una tragedia detestable al buen abad de Auvignac; pero supo también hacerse digna de la admiración de La Bruyere, probando que podía marchar con desembarazo y caminar sin tropiezo, ligada con las trabas de Metastasio.

La acción se desenvuelve en todos sus dramas dentro de los límites de la naturalidad y con sujeción rigurosa á un plan lógicamente determinado. La exposición nunca es fría ni oscura ni fatigosa; llega á conocimiento del público envuelta entre los sucesos y las escenas de que es testigo, y nunca necesita del pobre recurso de los monólogos, narraciones y confidencias, medios inverosímiles por los que los autores de escasas dotes trasmiten al espectador la necesaria noticia de los antecedentes y causas de la acción y el carácter, propósitos, relaciones y situación de los personajes. En la conducción de la trama, desde la exposición hasta el desenlace, dió la Avellaneda sobradas pruebas de que poseía en alto grado esa especial cualidad que se llama

destreza escénica, que no puede alcanzarse sin práctica en el manejo de los recursos dramáticos, pero que tampoco se logra cuando falta el ingenio, cuyas consecuencias provechosas se ven en la complicación gradual del nudo, en la riqueza de situaciones dramáticas, en la abundancia de peripecias y efectos escénicos, y que permite al poeta preparar con habilidad las situaciones, calcular con acierto los efectos, motivar todos los acontecimientos, justificar las entradas y salidas de los personajes, recoger y atar todos los cabos, sin que por impericia ó descuido quede ningún suceso sin explicación racional y satisfactoria, cuidando de que los espectadores no dejen nunca de experimentar emociones, y de que siempre esperen algo que no pueden prever; no descubriéndoles anticipadamente el desenlace, que ha de ser natural y fundado, pero, al mismo tiempo inesperado é imprevisto, y que debe aparecer á los ojos del público como la incógnita interesante del problema planteado, á la cual se llega por el talento del autor, guiado en la resolución por la lógica.

Con ser empresa árdua conducir con feliz acierto la trama de una acción interesante, los obstáculos y dificultades se acrecientan por modo

insuperable cuando el artista se propone encarnar en los personajes de su obra las pasiones y los antagonismos que, chocando violentamente, han de producir el conflicto. Por eso ha dicho, con fundamento, un eminente tratadista que la creación de carácteres constituye el grado supremo de perfección en la poesía dramática; porque es indudable, señores, que dotar de humana verdad á los carácteres; llevar á la escena una reproducción plástica de los combates que se libran dentro del alma, y de las tempestades que agitan el corazón; animar á las figuras de cualidades tan vigorosamente reflejadas que las hagan aparecer interesantes, haciéndolas resaltar con notable relieve en el curso de la acción, presentar á los personajes dominados por pasiones vehementes y obrando á impulsos de una energía poderosa que les lleva á luchar con ardimiento y denuedo; reunir en un solo tipo cualidades comunes á muchos individuos, y diferenciarle á la vez, adornándole con un carácter firme y acentuado, de tal modo que signifique, al mismo tiempo, la encarnación perfecta de una clase de pasiones, la personificación acabada de un aspecto de la humana naturaleza, y un carácter especial, dotado de fisonomía personalísi-

ma y propia, realizando así en imperecedera creación el artístico maridaje entre lo individual y lo genérico, lo común y lo particular, lo general y comprensivo, con lo exclusivo y propio; sostener con perseverante consecuencia esta unión en todo el desarrollo de la obra, de tal suerte que el carácter nunca aparezca desmentido, ni el tipo disfigurado, y pintar este carácter y este tipo con cuatro trazos enérgicos y cuatro pinceladas vigorosas, es intento peligroso que sólo cabe en las inteligencias de superior grandeza, y cuya feliz consecución denuncia inevitablemente los felices arranques de un genio dramático.

Por eso, porque el genio de la poesía alumbraba su cerebro, pudo la Avellaneda realizar esta maravilla; por eso los caracteres que hacen inmortales sus obras aparecen dotados de esa doble personalidad, realizando la aparente antimonia que envuelve la condición señalada, y Baltasar que es la sensualidad y el hastío, Saul que es el orgullo, Munio Alfonso que es el honor caballeresco de la antigua nobleza castellana, Natalia que es la virginidad del alma juntamente con la cínica prostitución del cuerpo, vivirán perdurablemente en la admiración de los

literatos y en el favor del público, porque son tipos humanos, verdaderos, reales, á quienes vemos moverse diariamente en el amplio escenario de la sociedad, y á la vez ofrecen los rasgos acentuados de un carácter personal, que se destaca y sobresale entre los de su clase, que no se confunde con ningún otro, y arrastran tras sí como árbitros de la agena sensibilidad, y cual si fueran dueños de sugestiva influencia, á los espectadores, que con ellos se sienten indentificados, porque en ellos ven la humana realidad, palpitante y llena de vida, el eco de sus sentimientos y el reflejo de sus pasiones.

Ni Orestes ni Edipo, en la tragedia clásica; ni ni Otelo ni Hamlet ni Macbhet ni Poliuto, en la época moderna, exceden en grandeza al carácter de aquel Baltasar que con inimitable maestría retrató en la obra del mismo título nuestra eminente poetisa, la cual, semejante en esto á Victor Hugo y á Calderón, sabía hacer conocer al público con una frase oportuna é impregnada de verdad, con un trazo enérgico, las más íntimas y características cualidades de un temperamento.

Magnífica, grandilocuente y profundamente entusiasta, á la manera de Esquilo, exornada

con la serena majestad de Sófocles y armada del escalpelo de Pascal, con el que penetraba en los escondidos secretos del humano corazón para pintar después, con la perfectísima fidelidad de Eurípides, las pasiones que en su seno se albergan, la personalidad de la Avellaneda brilla con deslumbrantes fulgores en la poesía trágica, que ostenta con ella nueva tendencia y original perfección.

Hasta entonces, la tragedia en España había seguido exclusivamente, ó las inspiraciones de los poetas clásicos, ó los rumbos del romanticismo. El gran Lope de Vega, desarrollando la tendencia iniciada por Cervantes, fundó la tragedia romántica, casi al mismo tiempo que Shakespeare, aprovechando los elementos de su predecesor Marlowe, hizo germinar la semilla que este depositara en el suelo fecundo de las nuevas corrientes. Alarcón, Rojas, Tirso de Molina y el inmortal Calderón de la Barca, siguen las huellas del Fénix de los ingenios, y dan vida robusta y exuberante al glorioso teatro nacional, que empieza á decaer visiblemente después de ellos, y que casi muere por completo, sobre todo desde que el renacimiento de la escuela clásica, en el siglo pasado, extravió la dirección de pre-

claros ingenios, que—ciegos á la luz de la realidad, y olvidando las leyes de la evolución dramática y los genuinos caracteres del teatro español—gastaron estérilmente sus energías en el absurdo empeño de resucitar un teatro que, por responder á ideas, creencias, sentimientos y gustos de remotas edades, no encajaba bien dentro de los moldes de los modernos ideales y costumbres, y era como planta exótica privada de su natural ambiente, que moría arrastrando vida lánguida y enfermiza, y anacronismo falto de viabilidad condenado á desaparecer por siempre del campo de la escena.

A la Avellaneda cupo la gloria, que nadie en justicia le disputará, de armonizar las ineludibles leyes de la realidad histórica, las justas exigencias de la realidad nacional con los supremos principios filosóficos de la Literatura dramática, con las condiciones esenciales y distintivas de la tragedia. Oidme con atención, señores, y os convenceréis de esta verdad.

Todos sabéis que, en la tragedia, el conflicto de los afectos y el choque de los sentimientos llega hasta los más altos límites que es posible concebir en lo humano; que las pasiones, exaltadas con exaltación convulsiva hasta el hir-

viente paroxismo, influyen en los personajes y determinan la acción de una manera decisiva; que esta ruda batalla entre tan formidables combatientes no acaba nunca en armónico final, sino, como es lógico, en horrendo desenlace, en espantable catástrofe, que aterroriza por su magnitud y causa pavura por sus horrendos caracteres. También recordáis que, entre estas condiciones de fondo y las puramente formales, exige la preceptiva literaria la justa proporcionalidad que debe siempre existir entre la idea y su expresión; que los personajes deben hablar un lenguaje escogido y elevado, y deben expresarse en un estilo elocuente y majestuoso, cual corresponde á la alteza de los caracteres que los animan, y á la fuerza de las pasiones que les impulsan; y que, por último, nada debe haber en la tragedia que contradiga ó amengüe esta su esencial sublimidad.

Pues bien, señores; examinad con escrupulosa observación las tragedias de nuestros más grandes dramaturgos, y encontrareis la falta de muchas de estas cualidades. Estudiad las de Lope, y en ellas veréis, codeándose con los personajes productores del conflicto y animados, por tanto, de enérgicas pasiones, caracteres rufianescos y

truhanes llenos de gracejo, muy del gusto del público de aquella época, pero incompatibles con la grandeza del género; frente á los elementos trágicos los recursos cómicos; juntamente con la acción principal, y á veces sin que á ella las enlace nexo alguno, otras acciones accesorias que daban variedad al poema, eso sí, pero á costa de sacrificar sus naturales condiciones. Otro tanto sucede en las obras de Calderón, como en las de todos los escritores del siglo de oro: asuntos trágicos en que interviene de un modo demasiado persistente el elemento cómico; episodios graciosos que excitan la risa, á continuación de escenas violentas y situaciones de dramática sublimidad, cuyos efectos en el público son, por natural consecuencia, muy poco eficaces para los fines de la tragedia. Esto hicieron los romanticistas.

En cuanto á los clásicos, ya habeis visto que si evitaron este defecto, incurrieron en el no menos grave de escribir para pueblos que pasaron, y que, por eso, sus producciones no gozaron del favor del público, que sólo se interesa por lo que siente y por lo que le rodea. Cuantos escritores se han ocupade de la crítica de estas producciones han reconocido el defecto, afirmando

que ni Lope, ni Calderón, ni ninguno de los que á ellos sucedieron en la Dramática, compusieron tragedias en el sentido clásico, y con este adjetivo atenúan no poco la desnaturalización del género, cuyas especiales cualidades y caractéres diferenciales están claramente señalados por la Filosofía del Arte literario. Mas no contentos con la improcedente atenuación, llegan á sostener y á pretender, en vano, probar que tales deben ser el carácter y la tendencia de la tragedia moderna.

Es cierto que la vida se desenvuelve en medio de constantes transiciones, que el hombre busca por natural inclinación el contraste de opuestos elementos y que lo trágico y lo cómico en rara ocasión se dán absolutamente aislados; que el llanto y la risa, las burlas y los gemidos, lo patético y lo ridículo alternan de contínuo en la sociedad, donde los Heráclitos y los Demócritos se muestran en contínua convivencia; que, como consecuencia de todo ello, el drama propiamente dicho es, dentro de la Dramática, el poema más humano y realista, porque reproduce con más fidelidad la vida humana, toda vez que se funda en lo general y corriente, y emplea la combinación de los elementos serios y cómicos. Pero ¿es

que la Dramática no puede reproducir lo excepcional y extraordinario de la vida humana? ¿Es que la exaltación de las pasiones, factor artístico de realísima verdad, no puede ser llevado aisladamente al teatro, sino que ha de presentarse forzosamente acompañado de los chistes y de las notas picarescas? ¿Es, por ventura, que no se da en lo humano acción exclusivamente patética y asunto únicamente trágico?... Pues entonces suprimamos el entremés y el sainete, que iguales razones hay para condenar el espectáculo de regocijo que el cuadro de terror; quede reducida la poesía dramática á la representación de las escenas comunes de la vida, de los conflictos ordinarios en que interviene el hombre, de los caracteres usuales en la sociedad. Pero mientras en el hombre germinen y fructifiquen pasiones que todo lo absorben, sentimientos que todo lo avasallan, afectos que todo lo rinden, héroes del bien y mónstruos del vicio; mientras haya martirios que santifican, y abnegaciones que engrandecen, y sacrificios que dignifican, y crímenes que degradan; mientras haya acciones sublimes y asuntos grandiosos, y combates horripilantes, la tragedia vivirá perennemente, ya que no en el teatro—que en no pocas épocas se ve privado de

las galas de esta selecta poesía, pues no siempre existen ingenios que sepan vencer cuantas dificultades ofrece el cultivo de esta clase de dramas, —en la teoría literaria, en los principios filosóficos del Arte dramático, como vive en el corazón del hombre la ingénita inclinación á lo grande, el poderoso estímulo de lo descomunalmente bello, el ardoroso sentimiento de lo sublime, que estalla y se difunde en grandiosos trasportes, y se manifiesta en magistrales producciones, cuando en alas de su influjo se remonta el genio á las célicas alturas de la más admirable de las inspiraciones. Por eso, porque la Avellaneda supo penetrarse de la verdadera naturaleza de la tragedia; porque logró conciliar la grandiosidad clásica con la libertad del romanticismo; porque consiguió hacer compatible el imperio de la realidad con las exigencias del género, la pompa de los poemas griegos y el movimiento de los dramas románticos, por eso afirmo, sin temor de ser desmentido, que fué el más trágico de nuestros autores, y que sus obras, iguales en perfección á las más perfectas, constituyen la realización acabada del ideal trágico, y son eterno monumento de inmarcesible gloria para ella y de legítimo orgullo para su patria.

Maestra en la síntesis y universalización de los caracteres, como Byron y Shakespeare; poseedora de los resortes escénicos, y sumamente diestra en el manejo de la trama, á la manera de Schiller y Dumas; espontánea y brillante, como Lope de Vega; profunda en el pensar, como Calderón, sus obras—perfectamente planeadas, en las que la acción se produce merced á la colisión de los afectos y no nace de frías preconcepciones que delatan falta de sensibilidad, ni aparecen afeadas por la incongruencia y desorden, como sucede en el teatro de nuestro Fénix dramático,—carecen de la afectación y ampulosidad con que la despótica soberanía del insoportable culteranismo, reinante en el siglo XVII con toda la pujanza que la sumisión incondicional del mal gusto le prestara, deslució las producciones más valiosas de aquel insigne escritor, á cuyo esfuerzo se debió la definitiva y perfecta constitución del teatro español.

El de la Avellaneda, eminentemente nacional y sinceramente católico, se nutrió con la jugosa savia de los tres grandes sentimientos que dieron acentuada fisonomía y prosperidad venturosa á la nación ibera: la fe religiosa, el honor caballeresco y el amor á la monarquía, sentimientos que

muestran los dramas de la Avellaneda en las benéficas enseñanzas morales y en el ferviente respeto á la religión, en la galantería masculina y en el culto de la mujer, y en la defensa implacable del honor ofendido, en la completa adhesión y probada lealtad hácia el poder real, que impulsan y mueven á los tipos que en ellos nos ofrece, como acabada personificación de las cualidades predominantes de la hispana raza.

Los que midan el mérito y la significación literaria de una personalidad por el número de obras producidas, juzgarán apasionados ditirambos los anteriores juicios, y alegarán que quien, como la Avellaneda, careció de la asombrosa fecundidad dramática de Lope, y ni siquiera llegó á la poco común de Calderón, no merece ser colocada en el nivel de estos dramaturgos; pero para los que, con más recto sentido del Arte y más exacto conocimiento de la historia literaria, aprecie, serena é imparcialmente, lo que representa en la nuestra la magnífica obra de la poetisa americana, el nombre de la Avellaneda ocupará siempre puesto preferente entre los más gloriosos, porque, precisamente, á la prolífica virtud que adornó las inteligencias de aquellos grandes poetas, y á la manía de producir sin

descanso que les atormentaba, hay que hacer responsables de los defectos capitales que impurifican sus dramas, y la Avellaneda, si no produjo tanto, supo conquistar por otros títulos la preeminencia á aquellos otorgada, porque arrancó á los libros sagrados el misterioso secreto de sus suaves encantos, trasmitiéndolos en fidelísimas reproducciones, «grado supremo en la espinosa ciencia de escribir dramas»; porque con su manera originalísima y su sistema dramático, completamente propio, dió nueva vida á las grandezas del clasicismo heleno, y señaló tal vez la forma definitiva de la tragedia moderna; porque trasladó al teatro las admirables sublimidades de la poesía heróica, convirtiendo el poema escénico en grandilocuente epopeya dramatizada.

He concluido, señores, mi tarea. Bien conozco cuán imperfecta y deleznable salió mi obra; humilde confieso la impotencia de mi esfuerzo, y también comprendo que en estas conferencias no he logrado encerrar un estudio completo de

la labor literaria de mi ilustre comprovinciana.

Sean ellas símbolo fiel, demostración indudable de mi profundo entusiasmo, de mi justificada admiración hácia sus méritos, que otros, con más dotes de ilustración y más perseverante estudio, podrán aquilatar y definir. Sean también testimonio irrecusable del legítimo orgullo nacional con que la Literatura española ostenta el nombre augusto de esta mujer esclarecida, y prueba suficiente de que en este país, tan rico de grandezas y tan abundante de glorias, no se extingue en absoluto el recuerdo de sus grandes figuras, que al más leve soplo—como en la ocasión presente ha sucedido—se aviva y enciende de nuevo, para reconocer á esos grandes ingenios su derecho imprescriptible á que la posteridad les conozca con precisión y les aprecie con justicia. Sean, por último, estímulo para los laboriosos, acicate para los hombres de talento, incentivo para la curiosidad de los amantes de las bellas letras, iniciación fecunda para todos de una nueva obra en la que se determine de un modo preciso la clase y el grado de intervención que en el cultivo de las letras patrias cupo á la Avellaneda, los resultados de su obra y los caracteres de su personalidad, la cual quisiera yo

concentrar ahora, dando remate á estos discursos, en un rasgo feliz, en una frase brillante, en un giro afortunado, para que así quedase grabada con singular relieve en vuestra imaginación. Lamento la ineptitud de mi entendimiento para estas grandes síntesis, y me alegra el pensar que, evitándome la tortura que el intento había de causarme, un escritor y poeta de merecido renombre, se adelantó á mis deseos, con evidente ventaja para vosotros, refiriendo á la Avellaneda estas frases sentenciosas:

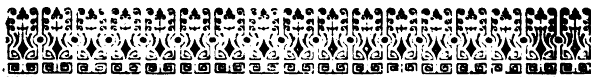
«Fué una mujer muy hermosa; fué hija y hermana ejemplar; fué excelente esposa; fué buena, constante y tierna amiga.

»Fué uno de los escritores que más realzaron el lustre y la majestuosa pureza del habla castellana.

»Fué uno de los más ilustres poetas de su nación y de su siglo; fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos.»



NOTAS



NOTAS

I

La primera estrofa es una bellísima condensación de todas esas impresiones:

> No existe lazo ya: todo está roto:
> Plúgole al cielo así: ¡bendito sea!
> Amargo cáliz con placer agoto:
> Mi alma reposa al fin: nada desea;

pero el natural movimiento de dignidad con que pretende recobrar su dominio el humillado corazón, aparece valientemente traducido cuando exclama:

> Te amé, no te amo ya: piénsolo al menos:
> ¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!
> Que tantos años de amargura llenos
> Trague el olvido; el corazón respire;

la fe en la providencia omnipotente de Dios cuando increpa al ingrato bardo, advirtiéndole:

> De graves faltas vengador terrible,
> Dócil llenaste tu misión: ¿lo ignoras?
> No era tuyo el poder que irresistible
> Postró ante tí mis fuerzas vencedoras.

—

Quísolo Dios y fué: ¡gloria á su nombre!
Todo se terminó: recobro aliento;

(obedeciendo otra vez al impulso del amor propio herido, se propone rebajar el orgullo del triunfador):

¡Angel de las venganzas! ya eres hombre...
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

—

Cayó tu cetro, se embotó tu espada...

Pero pronto pasa esta mentida ilusión del *yo* despreciado, que se rebela contra el poder del dolor, y el dolor recobra en seguida su primitivo trono, exhalando este lamento compungido:

Mas ¡ay! ¡cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de tí, que hoy se anonada,
Y en honda y vasta soledad me miro,

y sobreponiéndose á todo la entrañable pasión que necesita complacerse en bendecir á la causa de sus torturas indecibles, cierra sus hermosos desahogos con melancólica despedida, y aún tiene fuerzas el acongojado espíritu para lanzar al viento un suspiro de amor infinito, deseando felicidad para el ser adorado:

¡Vive dichoso tú! Si en algún día
Ves este *adiós* que te dirijo eterno,
Sabe que áun tienes en el alma mía
Generoso perdón, cariño tierno.

¿Cuándo habéis visto reflejar por medio del arte con tan afortunada propiedad la situación conmovedora en que se encontró la poetisa? ¿Verdad que en

estos flébiles sones con que nos cuenta su amargura, sin execrar al desdeñoso, logra sublimar y hacer amable su erótica sensibilidad, y que no habrá en idéntico trance y de cualidades semejantes, mujer que, oyéndolos, no quiera expresar en la misma forma sus amargos resquemores?...

Sí; por indudable lo tengo: el amor sin correspondencia nunca tuvo más noble expansión; ese fué, dentro de lo humano, el amor supremo de la lirista española. En ninguno de sus dos maridos se encarnó el ideal erótico de la Avellaneda; por el primero no pudo sentir más que un afecto de hermana, y ella misma, incapaz de destrozar con villana falsía un pecho generoso, se lo dice con ejemplar sinceridad:

Yo no puedo sembrar de eternas flores
La senda que corréis de frágil vida;
Pero si en ella recogéis dolores,
Un alma encontraréis que los divida.

—

Yo pasaré con vos por entre abrojos;
El uno al otro apoyo nos daremos;
Y ambos alzando al cielo nuestros ojos

(siempre el ánsia de lo infinito inundando su alma)

Allá la dicha y el amor busquemos.

—

¿Qué más podéis pedir? ¿qué más pudiera
Ofrecer con verdad mi pobre pecho?
Ternura os doy con efusión sincera...
¡De mi ídolo el altar ya está deshecho!

Y en esto sí que se equivocó de medio á medio, porque el altar todavía no se había levantado, ni su corazón había aún rendido culto al esperado ídolo, que llegó, al fin, en la época de su primera viudez.

En cuanto al segundo marido ¿cómo podía haber hecho brotar en el alma de nuestra poetisa la lumbre de ardiente pasión, si cuando su vista paróse admiradora ante la todavía fresca gentileza de la hermosa indiana, esta vivía en la edad en que deshojadas ya las ilusiones, no hay calor en el alma, ni bríos en el sentir, ni fuerzas amorosas para lo terreno en el gastado corazón? Entonces sí que estaba vacío el tabernáculo, apagado el incensario, desnudo el altar y sin más luz el silencioso templo que el tibio fulgor de reposados afectos.

Cumple, sin embargo, á mis respetos por la verdad histórica advertir seguidamente, para evitar injustas sospechas, que esta falta de vehemencia en el cariño conyugal, no fué obstáculo para el cumplimiento de los santos deberes del matrimonio, y que la Avellaneda fué en este estado y en las dos veces que lo abrazó—como habrá podido verse en la ligera reseña biográfica que va en el texto del discurso—modelo de fidelidad y cariño, y ejemplo inimitable de virtuosa abnegación.

II

Todas las afirmaciones absolutas son falsas.—La explicación verdadera de las cosas no se consigue sino por transacciones con los extremos. A veces se hallan en un caso reunidas dos verdades, que parecen contrarias entre sí.—El juicio se confunde sobre cuál de las dos es la verdadera, y por fin, al escoger una de las dos declara á la otra falsa. Es verdad que la Avellaneda es poeta, pero es verdad también que es poetisa, y de estas dos verdades resulta la razón de que el Sr. Ferrer del Río la haya colocado entre los poetas, y de que yo la coloque entre las poetisas.

Para explicar este fenómeno, es preciso que definamos el carácter de algunos talentos. Me parece imperfecta la calificación que se hace del ingenio, llamándole, según su tono, femenino ó masculino. Como

hay flores sencillas y flores dobles, hallo que algunos ingenios tienen la doble facultad concedida á los dos sexos. Doble facultad que necesariamente ha de poseer el poeta para ser buen dramático. Doble facultad que poseen en grado eminente Shakespeare, Schiller, Lope de Vega y Hartzenbusch. No pueden expresarse en el teatro con perfecta propiedad las pasiones de una mujer, ni puede imitarse su acento, si el poeta no tiene la cualidad de sentir é imaginar como una poetisa. No basta para ello el arte. Esto pertenece sólo y exclusivamente á la sensibilidad. En vano la actriz se presenta en las tablas á interpretar el papel de una heroina, á quien el autor ha prestado su carácter, si el autor no tiene las dotes de poetisa. Aunque parece dama, es galán. Todos son hombres en aquella comedia. Al contrario, cuando escribe los papeles una poetisa que no tiene las dotes del poeta, el galán habla como ella, y en aquella comedia todas son mujeres. La mayor parte de las obras dramáticas que han sido escritas por poetas, y todas las que conozco escritas por poetisas, excepto las de la Avellaneda, adolecen de aquel defecto.»

....

....

No se hagan ilusiones los poetas. Los que más tierna, blanda, suave y dulcemente cantan, no producen sonidos como la *Contemplación*, *A la Virgen*, y los cuartetos *A Sabater*. No se hagan ilusiones las poetisas; las que más brava, fuerte, enérgica y valientemente cantan, no producen ecos como *A Francia*, *Al Escorial*, *A Washington*.

Un poeta festivo pudo exclamar al leer estas últimas composiciones: «Es mucho hombre esta mujer.» Yo, al leer las primeras, pensando en que han declarado hombre á su autora, exclamo: «¡Es mucha mujer este hombre!» (a).

(a) *Galería de poetisas contemporáneas*. Artículos publicados en *La Discusión*, en 1858.

III

Al mar.

Suspende, Mar, suspende tu eterno movimiento,
Por un instante acalla el hórrido bramar,
Y pueda sin espanto medirte el pensamiento,
O en tu húmeda llanura tranquilo reposar.

Ni el vuelo de la mente tus límites alcanza;
Se pierde recorriendo tu vasta soledad;
Medrosa si contempla tu indómita pujanza,
Y atónita si admira tu augusta majestad.

¡Espíritu invisible, que reinas en su seno,
Y oscilación perpétua le imprimes sin cesar!
¿Qué dices cuando bramas terrible como el trueno?
¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?

¿Al mundo acaso anuncias algún eterno arcano,
Que oculta en los abismos altísimo poder...
O luchas blasfemando con la potente mano
Que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer?

Coloso formidable te he visto en tu osadía,
Para escalar el cielo montañas levantar,
Y al trueno de la altura tu trueno respondía,
Cual si el furor divino quisieses parodiar.

Mas luego, quebrantado tu poderoso orgullo,
Atleta ya vencido mirábate rendir,
Y en la ribera humilde, con lánguido murmullo,
Rodabas por la arena tus orlas de zafir.

Entonces tu ribera buscaba complacida,
Gozando de tu calma mi ardiente corazón,
Y acaso los pesares de mi agitada vida
Adormeció un momento dulcísima ilusión.

Tal vez, cuando en la playa tus olas me seguian,
Mirándolas, y oyendo su plácido rumor,
—»Palacios te guardamos (pensé que me decian),
»En antros solitarios, ignotos al dolor.

»¡Ven, pues, á nuestros brazos! Apaga en nuestros
[senos
»El fuego que devora tu esteril juventud.....
»Ven, pues, alma doliente, y gozarás al menos
»Lejos del mundo loco pacífica quietud!

Si á veces nos alzamos terribles y violentas,
»Vorágines abriendo con hórrido rugir,
»En tu alma se levantan más férvidas tormentas,
»Que tu razón acaso no alcance á resistir.

»Ven, pues, á nuestro impulso tranquila te aban-
[dona;
»Que nuestras hondas simas descanso y paz te den;
»De perlas y coronas ciñéndote corona,
»Que apague los latidos de tu abrasada sien!»

¡Oh Mar! ¡y cuántas veces en su fatal delirio
Tradujo así tu arrullo mi herido corazón!.....
¡Y cuántas más templaste mi bárbaro martirio,
Mirando de tus olas la eterna sucesión!

Así, tal vez pensaba, sucédense los días,
Tras sí llevando raudos las penas y el placer.....
Que pasan cual los duelos las fiestas y alegrías,
Y nada ¡por ventura! durable puede ser.

Perecen las naciones, caducan los imperios,
Y un siglo al otro siglo sucede sin cesar.....
¡El porvenir tan solo conserva sus misterios!
¡El *más allá*, que inmóvil nos mira delirar!

Pasaron ¡Mar! pasaron las ánsias y tormentos

Que entonces me agobiaban con bárbaro tesón;
Y acaso sucedieron delicias y contentos,
Que para siempre ¡oh triste! pasados también son.

Que nunca de tus olas agótase el tesoro,
Ni agótase en el alma la mina del dolor;
Más huyen—y no tornan—los gratos sueños de oro,
Del alba de la vida dulcísimo favor.

Prosigue ¡Mar! prosigue tu eterno movimiento,
Cual sigue de mi vida la ardiente actividad;
Pues eres noble imagen del móvil pensamiento,
Que es como tú grandioso, con calma ó tempestad.

Prosigue, que cual pasan tus olas formidables,
Pasan por él acaso las dudas en tropel;
Mas veo en lontananza las rocas inmutables,
Que burlan los embates de tu furor cruel.

Así la fe se eleva, y en lo interior del alma
—Mil choques resistiendo—conserva su vigor....
¡Prosigue, Mar, prosigue; y en tempestad ó en calma.
Proclama la grandeza de tu divino Autor!

Paisaje guipuzcoano.

IMPROVISACIÓN

Suspende, mi caro amigo,
Tus pasos por un instante:
No está la ermita distante,
Y apenas las cinco son.

Ven á admirar—bajo el toldo
De aquellos verdes ramajes—
Los pintorescos paisajes
De esta encantada región.

Mira á tus piés ese río,
Cuyas herbosas orillas
Millones de florecillas,
Cubren, difundiendo olor;

Y desde el borde escarpado
Oye las mansas corrientes
Deslizarse trasparentes
Con soñoliento rumor.

Hileras de álamos blancos,
Que el hondo cauce sombrean,
Sus altas copas cimbrean
Del viento al soplo fugaz;

Mientras pescan silenciosos
Con luengas cañas y anzuelos,
Dos vigorosos chicuelos
De viva y morena faz.

Mira en torno cuál se extienden
Cuadros de trigos dorados,
Por ricas franjas cortados
De verde-oscuro maiz;

Y esos tan varios helechos
—Fieles hijos de las sombras—
Que prestan al bosque alfombras
De primoroso matiz.

¿Ves allá los caseríos
—Que siembran el valle á trechos—
Levantar sus rojos techos
De entre el verde castañar?

¿Ves cuál visten sus paredes
De parra lindos festones,
Y cómo van los gorriones
Sus racimos á picar?

Mas ya que las chimeneas
Despiden humo, repara,
Anunciando se prepara
La cena del segador;

Y á las vacas lentamente
Mira bajar de esos cerros,
Llamando con sus cencerros
Al perezoso pastor.

Mas ¡oh! ¡ve! también desciende
Saltando por entre breñas,
Turba de niñas risueñas
Que acá parece venir,

Sí; no hay duda: ramilletes
Nos ofrecen con empeño.....
¿Comprendes tú, caro dueño,
Lo que nos quieren decir?

¡Ah! sabe que esos perfumes,
Que rinden cual homenaje,
Sólo son mudo lenguaje
De un triste y constante afán;

Pues—con rara poesía—
El mendigo guipuzcoano,
Cubre de flores la mano
Que tiende pidiendo pan.

Acepta al punto ¡querido!
¿Quién hay que negarse pueda
A cambiar una moneda
Por cada hermoso clavel?

Venid, niñas, cada tarde;
Yo en el trueque me intereso,
Y si al ramo unís un beso
Garante os salgo de él.

¡Pero no entienden!... ¡Se alejan!
Mira por esos barrancos
Saltar, desnudos y blancos,
Sus breves y lindos piés...

Se detienen, se sonríen
Viendo en mi pecho sus ramos,
Y ligeras como gamos
Desaparecen después.

Mientras tanto las montañas
Sus picachos desiguales
Van envolviendo en cendales
De gualda, azul y arrebol.

Y en su carro majestuoso,
Surcando el tibio occidente,
Hunde á su espalda la frente,
Cansado de vida, el sol.

A su postrera mirada
Y á su postrera sonrisa,
Suspiros vuelve la brisa,
Perfumes vuelve la flor;

Y llanto puro los cielos
Vierten en el valle umbrío
Que lo convierte en rocío
De delicioso frescor.

¡Oh! ¡Mira! ya por las faldas,
Que cubren altos castaños
Bajando van los rebaños
Para acogerse al redil...

Ya los niños sus anzuelos
Han recogido en la pesca,
Y se van armando ~~grescas~~
Con regocijo infantil.

Ya con alegre aleteo
Buscan las aves el nido...
¡Marchemos pronto, querido,
La Virgen á visitar,

Y estas flores, que nos dieron
La desgracia y la inocencia
Llevemos á su presencia
Y ofrezcamos en su altar!

La Virgen de la Esperanza
No desdeña pobres dones;
Antes bien dos bendiciones
Volverá por cada flor.....

¡Ven! la luna, que allí asoma,
Cuando el regreso se emprenda
Esmaltará nuestra senda
Con placidísimo albor.

IV

La Señora Coronado ha explicado con fortuna la diferencia que consigno: «No hay duda alguna—escribe.—Como hemos dicho antes, España no ha tenido nunca una poetisa de tanta energía, de tan sublime genio, de tanta elevación y grandeza. Yo, al menos, no la conozco, por más que miro al través de los siglos. Santa Teresa, si tenía más alto espíritu y más tierna sensibilidad, no fué un ser humano: pertenecía á esa raza intermedia de mujer y divinidad, que da por resultado la santa... Santa Teresa tenía ese dón sobrenatural de virtud y sabiduría, que no se explica por la posesión del talento y ciencias conocidas, ni áun por la inspiración del genio. Más allá del genio, más allá de la inspiración poética, Santa Teresa nació con una cualidad, que ninguna mujer poseyó en el mundo, ni acaso volverá á poseer. Pude compararla á

Safo en todo cuanto tenía de poetisa; pero la luz santa que radia en su aureola, sólo ella la tuvo, solo ella la tendrá. Nosotros escribiremos odas, dramas, poemas; *Los conceptos del amor de Dios* sólo Santa Teresa los escribe.»

Es difícil elegir entre las poesías religiosas de la Avellaneda, porque todas son hermosas á cual más. El lector podrá juzgar por las siguientes muestras:

A la Virgen.

CANTO MATUTINO

Mientras la aurora con rosados tintes
Baña las nubes que al Oriente vagan;
Nubes que arrolla con su leve soplo
Céfiro blando:
Mientras exhalan sus aromas puros
Flores que guardan de la noche el lloro:
Lloro que ostentan convertido en perlas
Trémulas hojas:
Mientras preludian jubilosos himnos
Coros volubles de pintadas aves,
Trisca el rebaño, y hasta el toro fiero
Brama de gozo:
Mientras se riza el matinal aliento,
—Ovas ligeras sacudiendo—el río,
Discos formando con raudal sonoro
Límpida fuente:
Mientras que todo en la natura inmensa
Vida y belleza de la luz recibe,
Tú, luz del alma, de la gracia aurora!
Séme propicia.
¡Sones, albores, y perfumes y auras,
Forman concento de sublime aplauso...
Todos te aclaman del Autor del día
Madre gloriosa!
Deja que en tanto que el empíreo absorto,

Dicha contempla y majestad tan alta,
Tímido el labio del mortal, tu nombre
Grato bendiga.
Grato bendiga, y á su influjo santo
Huyan del alma tenebrosas dudas,
Como las sombras de la noche fría
Huyen del alba.
Deja que en tanto que triunfante y leda,
Ella alboroza é ilumina al mundo,
Yo entre sus luces y cambiantes bellos
Mire tu imágen.
Mire tu imágen, y mi lira humilde
—Como las flores sus aromas leves—
Brote, en obsequio á tu beldad divina,
Fáciles ecos.
Ecos que ensalcen tu sin par destino,
Para que entienda el universo que eres
Reina del cielo, y en la tierra triste
Madre del pobre.
Pobre de gracia y de ventura, llamo
Como mendigo á tu sagrada puerta...
Oyeme, ¡Oh, Virgen! que de amor en alas
Vuela mi ruego.
Vuela mi ruego, y endulzando al pecho
Plácido el nombre—que doquier invoco—
Ecos del monte, del vergel y el valle,
Vuelven *¡María!*
Vuelven *¡María!* y sin cesar mi lengua
Torna—*¡María!*—á pronunciar despacio...
Siempre—*¡María!*—y cada vez más dulce
Suena ese nombre.
Pueda asociarse á mi último suspiro...
Pueda ser ¡cielos! mi postrer acento...
¡Láncese mi alma, en su armonía envuelta,
Fuera del mundo!

A Dios.

SONETO

¿No es delirio, Señor? Tú, el absoluto
En belleza, poder, inteligencia;
Tú, de quien es la perfección esencia
Y la felicidad santo atributo;

Tú, á mí—que nazco y muero como el bruto—
Tú, á mí—que el mal recibo por herencia—
Tú, á mí, precario sér, cuya impotencia
Sólo estéril dolor tiene por fruto...

¿Tú me buscas, oh, Dios? ¿Tú el amor mío
Te dignas aceptar como victoria
Ganada por tu amor á mi albedrío?...

¡Sí! no es delirio; que á la humilde escoria,
Digno es de tu supremo poderío
Hacer capaz de acrecentar tu gloria.

Miserere

PARÁFRASIS

¡Misericordia, oh Dios, de tí demando!
¡Misericordia ten del alma mía!
Líbrala ya del opresor infando,
Cuya audaz tiranía
Pretendió hacerla esclava:
Que su yugo destruya
Tu fuerte diestra, que el empíreo alaba,
Y el rastro vil de mi deshonra lava
Según la gran misericordia tuya.

—

Lávame más y más; que está delante
De mis ojos mi culpa, y me acobarda
Su recuerdo incesante,
Pues nunca tu piedad se muestra tarda
Si á ella recurre un pecho arrepentido;
No desoigas mi voz cuando con llanto
Misericordia pido.
Falté, Señor, á tu precepto santo;
Mas tú tendrás clemencia;
Porque engendrada en el pecado he sido,
Y fué el pecado mi primera herencia.

Tú eres de mi alma dueño,
Purifícala y templa su amargura,
Dispensándola, ¡oh, Dios!—depuesto el ceño—
Del perdón la dulzura.
Digna soy de tu enojo,
Y es tu venganza justa;
Mas no me arrojes, como vil despojo,
De tu presencia augusta.

Recuerda por piedad que en algún día
De tu amor me mostrastes los secretos,
Y adoré de tu gran sabiduría
Celestiales decretos.
Vuélveme, pues, Señor, vuélveme aquellas
Gloria, ventura y calma...
Borrando del pecado infames huellas,
Renueva ya mi alma.
Hazla sentir los santos embelesos
Con que al perdón benéfico acompañas,
Y temblarán gozosas mis entrañas,
Extremecidos de placer mis huesos.

Feliz entónces, con sublime canto
Celebraré tus dones;
Conocerán tu nombre sacrosanto
Las extrañas naciones;

Con ecos de perpétuas bendiciones
Se extenderá tu excelso poderío;
Para que el ciego á conocerte aprenda,
Y á tí venga el impío
Abandonando la precita senda.

Así ensalzando el nuevo beneficio
Mi agradecido pecho,
Te ofreceré por grato sacrificio
Un corazón en lágrimas deshecho.
Tú lo recibirás benigno y blando,
—Pues nunca rechazaste al penitente;—
Y luego más ferviente
Por tu pueblo rogando,
¡Alza, diré, tu brazo omnipotente!

Grandeza de Dios.

EN SÍ MISMO Y EN SUS OBRAS

(Imitación del salmo 103)

¡Bendice, oh, alma mía,
Bendice de tu Dios la omnipotencia,
Y difunde con ecos de alegría
Su sábia providencia!
Es ¡oh, Señor! la inmensidad tu asiento;
La luz tu vestidura;
Tarima de tus piés el firmamento;
De tu querer el universo hechura.
Las brillantes estrellas
Son de tus pasos luminosas huellas;
Tus ministros los fúlgidos querubes;
Tus agentes los puros elementos;
Tus carrozas las nubes;
Tus corceles los vientos.

Tu mano abrió las puertas de la aurora;
Tu dedo al sol le señaló carrera;
Haciendo que su luz germinadora
La vida difundiera...
Y al eco de tu acento sacrosanto,
La noche triste y grave
Acudió envuelta en majestuoso manto,
Brindando al mundo con su paz süave.
Mandaste al mar que *fuera*
Y el mar se alzó rugiente,
Cual si á los astros apagar quisiera;
Mas allí do tu diestra omnipotente
De humilde arena le trazó barrera,
Allí rompe los ímpetus pujantes,
Y con ronco gemir rinde obediente
Sus olas espumantes.

Por la ecuórea llanura
Nadan séres sin cuento,
Que hallan albergues en su sima oscura,
Y en sus salobres ondas alimento;
Mientras la surca lento
Alzando—al resollar—chorros de espumas,
El gran mónstruo marino
Que reina entre las olas y las brumas;
Y naves arrogantes
Tendiendo al aire su turgente lino,
Para playas distantes
Se abren entre ellas líquido camino.

Tú alzaste las montañas;
Tú extendiste los llanos;
Tú henchiste de la tierra las entrañas
Con preciosos metales...
Tú la cubriste de árboles lozanos;
Plantas medicinales;
Salutíferas yerbas—que sustentan
A brutos numerosos;—

Flores fragantes, que á la par que ostentan
Matices primorosos,
—Con que á los campos esmaltar te plugo—
Le brindan en sus senos virginales
A la industriosa abeja el grato jugo
Que convierte en dulcísimos panales.

Tú haces, en fin, que la fecunda tierra
—Que tesoros encierra,—
Cumpliendo tus designios soberanos
Brote, cual madre amante,
El pan del hombre en suculentos granos;
Y áun más próvida y rica,
El vino—que restaura y fortifica—
En los racimos de la vid flotante.

Tú haces correr las fuentes
Por los valles umbríos;
Tú señalas el curso de los ríos
Regando las campiñas; tú despeñas
En sonoras cascadas los torrentes;
Y hasta del centro de las rudas peñas
Desatas manantiales,
En que apagan su sed los animales..
Y á cuyo placidísimo murmullo,
Desde su nido, que en la roca esconde,
La enamorada tórtola responde
Con querelloso arrullo.

En lóbregas honduras
El topo sabe procurarse asilo;
Trepa ligero el corzo á las alturas;
Busca albergue tranquilo
La liebre temerosa entre las breñas;
En los ásperos montes el venado;
El cuervo en agujeros de las peñas...
Y al ejército alado
Le anuncian la estación de los amores

Bandadas de cigüeñas,
Que antes que broten las primeras flores
Van á dejar sus nidos
De las ramas del cedro suspendidos.

Cuando la noche espesa
Envuelve al mundo en lúgubres crespones,
Demandando su presa
Se lanzan de sus grutas los leones...
Mas cuando el alba pura
Se asoma por las puertas del Oriente,
La caterva rugiente
Torna en tropel á su guarida oscura;
Y sin recelo el hombre
Que al trabajo condenas,
Sale á emprender sus útiles faenas,
Bendiciendo tu nombre.

¡Cómo brilla tu sábia providencia
En tus obras sublimes,
Y cómo el sello de tu gran clemencia
En todas ellas poderoso imprimes!
¡Tú eres, mi Dios, tú eres
El padre universal! Todos los seres
Claman á tí por su alimento, y vano
Nunca fué su clamor. Tú abres la mano,
Y se sacian de bienes
Que para todos preparados tienes...
Mas si de ellos se aleja tu mirada,
Túrbanse al punto con pavor profundo;
Y si retiras tu hálito fecundo
Se vuelven á la nada.
Que es tu soplo la vida,
Tu voluntad la ley del universo,
Y tu bondad—que del insecto cuida—
Ni áun del hombre perverso,
Que tu poder desconoció, se olvida.

Mas ¡huyan los ingratos!
¡Disípense cual humo los impíos!
Y tú ¡fe santa! con mayores bríos,
De la esperanza á los acentos gratos,
Por cuanto alumbra el sol y el mar abarca
Tiende las alas—con que al cielo subes,—
Clamando: «¡Gloria al inmortal Monarca,
Cuyos agentes son los elementos,
Sus ministros los fúlgidos querubes,
Sus carrozas las nubes,
Sus corceles los vientos!
Gloria al Rey de la altura;
Cuyas sagradas huellas
Son millones de estrellas;
La luz su vestidura,
La inmensidad su asiento,
Tarima de sus pies el firmamento,
De su querer el universo hechura!»

Dedicación de la lira á Dios.

Composición inspirada por una bella invocación de Lamartine.

Tú, que le dices á la hojosa rama
¡Susurra! *¡Muge y gime!* al mar bravío;
¡Silba! al rudo Aquilón; *¡murmura!* al río;
¡Suspira! al aura, y al torrente *¡brama!*

Tú, que le das dulcísona garganta
Al pajarillo que saluda al día,
Y le enseñas patética armonía
Al que en la noche sus amores canta:

Tú, que al alma también prestas acento
Que hasta tu trono remontarse anhela,
Y que más alto tu poder revela
Que las voces del mar, torrente y viento:

De esa gran facultad que tiene nombre
De *Gracia* allá de donde ardiente emana;
De ese dón celestial, luz sobrehumana,
Que *Genio* llama en su lenguaje el hombre...

Tú solo, sólo tú, ¡Sér de los séres!
Sabes la esencia, y los misterios sabes...
De esta lira inmortal los sones graves
Sólo pueden brotar cuando Tú quieres.

Sólo á tu voz el mundanal ruido
Se vuelve en ella armónico concento;
Sólo á tu luz descubre el pensamiento
En cada eco fugaz hondo sentido.

Naturaleza en inefables sones
Tu nombre anuncia, tu bondad proclama,
Y esas bellezas, con que al genio inflama,
Son de tu amor benéficas lecciones.

El las entiende: su oblación te envía
Con ígneas alas al dosel superno,
Y eso que llama el mundo *poesía*
Es de tu nombre ¡oh, Dios! un eco eterno.

Mas ¿dó hallar formas su entusiasmo santo?
¿Qué expresión digna de tan alto anhelo?
Para tal fuego la palabra es hielo;
Para tal melodía es rudo el canto.

¿Qué importa, empero, á la inspirada mente,
De su idea encontrar débil sonido,
Si comprende el silencio aquel oido
Que halla en cada emoción himno elocuente?

¿Qué le importa á la lira, que desprende
Del alma un són, se extienda poco ó mucho,

Si antes que ella lo exhale yo lo escucho;
Si antes que yo lo escuche Dios lo entiende?

¡Oh Autor del genio, divino!
Su destino
Sólo es mostrar tu poder;
Que Tú á este polvo que piensa
Das la inmensa
Revelación de tu ser.

Soy un gusano del suelo
Cuyo anhelo
Se alza á tu eterna beldad;
Soy una sombra que pasa,
Mas se abrasa
Ardiendo en sed de verdad.

Soy hoja que el viento lleva,
Pero eleva
A Tí un susurro de amor...
Soy una vida prestada,
Que en su nada
¡Tu infinito ama, Señor!

Soy un perenne deseo,
Y en Tí veo
Mi objeto digno, inmortal:
Soy una inquieta esperanza
Que en Tí alcanza
Su complemento final.

Perdona si en mi error ciego,
Con el fuego
De los bardos de Israel,
Osé encender torpe pira,
Y á la lira
Ceñir profano laurel.

Perdona si de tus dones
Mis pasiones
Trocaron el alto fin,
Marchitando santas flores
Con vapores
De este mundano festín;

Y si el incienso sagrado,
Destinado
Sólo, mi Dios, á tu altar,
En aras de deidad vana
Llegué insana,
Alguna vez á quemar.

Perdona si los sonidos
Despedidos
Del arpa del corazón,
Pidieron al vulgo necio
Bajo precio
De su elevada ambición;

Y si la bella armonía
Que debía
Buscar su autor inmortal
Lanzó el alma -en su locura—
Por la impura
Atmósfera mundanal.

Borra, Tú, borra de la mente mía,
De aquel delirio la tenaz memoria,
Y sea ya mi eterna poesía
El himno santo de tu eterna gloria.

Sea mi vida un acto reverente,
Un éxtasis de amor mi alto destino,
Y cada aliento de mi pecho ardiente
Un holocausto á tu poder divino.

¡Liras del alma, remontad las voces!
¡Llenad la tierra! ¡fatigad los vientos!
¡Que surquen el espacio ecos veloces!
¡Que se hinchen las esferas de concentos!

De la noche entre sombras, entre albores
De alba, vuele vuestro aplauso eterno;
Envuelto en los aromas de las flores;
Flotando con las nubes del invierno.

¡Corra en el huracán; zumbe en el trueno;
Gire en las olas de la mar bravía;
Llene del universo el ancho seno;
Pase en su vuelo al luminar el día!

¡No hay más que Dios! Tu fuerza es ilusoria
Si te apartas de Dios, genio del hombre.
Tu nombre ensalza el preludiar su nombre;
Tu gloria existe en proclamar su gloria.

¡Y Tú, que este anhelar del alma entiendes,
Y en quien su alta ambición reposo alcanza,
Hoy, que en sublime fé mi pecho enciendes,
Préstale alas de fuego á mi esperanza!

¡Pueda tus huellas adorar de hinojos;
Pueda entrever las olas de tu manto...
Y un rayo hiera de tu luz mis ojos,
Y un soplo aspire de tu aliento santo!

Al Santo Espíritu.

CÁNTICO

¡Ven, oh Santo Espíritu,
Raudal de agua viva,
De amor llama activa,
Fuente de verdad!

Ven, oh gran Paráclito!
De inefables dones
Nuestros corazones
Colme tu bondad,

Su impureza íntima
Tu crisol depure
Sus heridas cure
Tu divina unción:

Con tu luz benéfica
Vista el ciego cobre,
Y enriquezca al pobre
De tu gracia el don.

Fertiliza al árido,
¡Celestial rocío!
Haz arder al frío,
¡Fuego abrasador!

¡Ven, huésped vivífico!
Corazón no exista
Que al poder resista
De tu inmenso amor,

Y del orbe en ámbitcs,
Que tu soplo llene,
Sin cesar resuene
Con feliz clamor:

—¡Gloria al Padre Altísimo
¡Gloria al Hijo Eterno!
¡Gloria á tí, oh, Superno
Santificador!

V

Al partir.

SONETO

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir! La chusma diligente,
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.
¡Adios, patria feliz, eden querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
Tu dulce nombre sonará en mi oído!
¡Adios!... Ya cruje la turgente vela...
El ancla se alza... el buque, estremecido,
Las olas corta y silencioso vuela!

VI

El genio de la melancolía.

Fantasía.

Yo soy quien abriendo las puertas del ocaso,
Al sol le prepara su lecho en cristales;
Yo soy quien recoge sus luces postreras,
Que acarician las tibias esferas.

Yo soy el que viste la pálida tarde,
Bordando sus velos de púrpura y nácar;
Yo soy quien le inspira balsámico ambiente,
Que le envidian las auras de Oriente.

Yo soy quien murmura del río en las aguas,
Rizando sus ondas de cándida espuma;
Yo soy quien se mece con blando desmayo
De la luna en el nítido rayo.

Yo soy quien impulsa los céfiros gratos
Y empapa sus alas en fresco rocío;
Yo soy quien les presta sus músicos sones
Que preludian ignotas canciones.

Yo soy quien inventa las flébiles notas
Que ensaya en la selva la tórtola triste:
Yo soy quien modula los tonos que imita
Filomena, que insomne se agita.

Yo soy quien exhala perfumes süaves,
Que guardan las flores en púdico seno;
Y aquel que recogen, de perlas tesoro,
Lo destila mi límpido lloro.

Yo nunca presido las báquicas fiestas,
Ni escucho del mundo tumultos y aplausos...
Jamás me conocen los lúbricos seres
Que devoran infandos placeres;

Mas siempre me siguen los fieles amantes;
Recibo en silencio sus férvidos votos;
Y acaso en mi seno, de dulce beleño,
Los aduermo con plácido sueño.

Me acosan y alejan los hombres feroces
Que cubren la tierra de llantos y lutos;
Y nunca en los pechos que albergan rencores,
Se derraman mis tiernos favores.

Mas grato me invoca, con ávido anhelo,
De vírgenes puras el cándido coro;
Y asilo me ofrecen las almas inquietas

De los nobles y ardientes poetas.

No habito palacios de mármol y bronce,
Que el yerto fastidio me veda su entrada;
Mas vuelas ¡oh tiempo! sus muros inclinas,
Y yo guardo las mudas rüinas.

Sus alas despliega, de rica esmeralda,
Placer turbulento, que rápido vuela...
Mas ¡ay! cuando toca su término triste,
De mis vagos colores se viste.

Ostenta su pompa feliz primavera,
Y en torno la ciñen las risas y amores:
Su lujo me agobia, su orgullo me irrita...
Mas recojo su gala marchita.

Deslumbran mis ojos los fuegos de estío;
Su sol implacable las alas me quema;
Mas yo soy quien rige las riendas del coche
Do desciende su lánguida noche.

Los meses de otoño me están consagrados,
Con próvida mano les vierto mis dones;
Sus lentas auroras, sus tardes sombrías,
Cual sus mieses doradas, son mías.

Venid á mi seno, venid sin demora,
¡Oh mentes inquietas! ¡Oh pechos cansados!
Yo el bálsamo tengo que ardores mitiga
Y hace dulce la inerte fatiga.

De todos los genios hermosos
Soy el más bello
Y en todas las almas sublimes
Se ostenta mi sello:

Yo presto á las penas más hondas

Un mágico encanto;
Yo presto á los juegos tristeza,
Placeres al llanto.

Mi origen disputan los genios,
Más yo los concuerdo:
¡Nací de la ardiente esperanza
Y el triste recuerdo!

VII

A El.

En la aurora lisonjera
De mi juventud florida,
En aquella edad primera
—Breve y dulce primavera,
De tantas flores vestida—

Recuerdo que cierto día
Vagaba con lento paso
Por una floresta umbría,
Mientras que el sol descendía
Melancólico á su ocaso.

Mi alma—que el campo enagena—
Se agitaba en vago anhelo,
Y en aquella hora serena
—De místico encanto llena
Bajo del tórrido cielo—

Me pareció que el sinsonte
Que sobre el nido pïaba;
Y la luz que acariciaba
La parda cresta del monte,
Cuando apacible espiraba;

Y el céfiro, que al capullo

Suspiros daba fugaz;
Y del arroyo el murmullo,
Que acompañaba el arrullo,
De la paloma torcaz;

Y de la oveja el balido,
Y el cántico del pastor,
Y el soñoliento rumor
Del ramaje estremecido...
¡Todo me hablaba de amor!

Yo—temblando de emoción—
Escuché concento tal,
Y en cada palpitación
Comprendí que el corazón
Llamaba á un ser ideal.

Entonces ¡ah! de repente,
—No como sombra de un sueño,
Sino vivo, amante, ardiente—
Se presentó ante mi mente
El que era su ignoto dueño.

Reflejaba su mirada
El azul del cielo hermoso;
No cual brilla en la alborada,
Sino en la tarde, esmaltada
Por tornasol misterioso.

Ni hercúlea talla tenía,
Mas esbelto—cual la palma—
Su altiva cabeza erguía,
Que alumbrada parecía
Por resplandores del alma.

Yo, en profundo arrobamiento,
De su hálito los olores
Cogí en las alas del viento,

Mezclado con el aliento
De las balsámicas flores;

Y hasta su voz percibía
—Llena de extraña dulzura—
En toda aquella armonía
Con que el campo despedía
Del astro rey la luz pura.

¡Oh, alma! dí: ¿quién era aquel
Fantasma amado y sin nombre?...
¿Un genio? ¿un angel? ¿un hombre?
¡Ah! ¡lo sabes! era *él*;
Que su poder no te asombre.

Volaban los años, y yo vanamente
Buscando seguía mi hermosa visión...
Mas dió al fin la hora; brillar vi tu frente,
Y «es él,» dijo al punto mi fiel corazón.

Porque era, no hay duda, tu imagen querida,
—Que el alma inspirada logró adivinar—
Aquella que en alba feliz de mi vida
Miré para nunca poderla olvidar.

Por tí fué mi dulce suspiro primero;
Por tí mi constante secreto anhelar...
Y en balde el destino—mostrándose fiero—
Tendió entre nosotros las olas del mar.

Buscando aquel mundo que en sueños veía,
Surcólas un tiempo valiente Colón...
Por tí—sueño y mundo del ánima mía—
También yo he surcado su inmensa extensión.

Que no tan exacta la aguja al marino
Señala el lucero que lo ha de guiar,
Cual fija mi mente marcaba el camino
De hallar de mi vida la estrella polar.

Más ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente
Que ejerce en las aves terrible poder...
Las mira, las lanza su soplo atrayente,
Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?
¿O quién á la fuente no vió presurosa
Correr á perderse sin nombre en el mar?...

¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?
¿Serás mi oceano? ¿mi sierpe serás?
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

A la hoja que el viento potente arrebata,
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?...
Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,
Volando, volando le habrá de seguir.

VIII

Mi mal

SONETO

En vano ansiosa tu amistad procura
Adivinar el mal que me atormenta;
En vano, amigo, conmovida intenta
Revelarlo mi voz á tu ternura.
Puede explicarse el ansia, la locura
Con que el amor sus fuegos alimenta...
Puede el dolor, la saña más violenta,
Exhalar por el labio su amargura...
Mas de decir mi malestar profundo
No halla mi voz, mi pensamiento medio,
Y al indagar su origen me confundo:
Pero es un mal terrible, sin remedio,

Que hace odiosa la vida, odioso el mundo,
Que seca el corazón... ¡En fin, es tedio!

IX

De la realidad histórica del protagonista se encuentran abundantes pruebas en varios libros y documentos, citados por la Avellaneda en el prefacio de la tragedia que estudiamos. Salazar de Mendoza, en su obra *Dignidades seglares;* el Obispo Sandoval, en su *Historia del Emperador Alfonso VII;* Fray Román de la Higuera, en su *Nobiliario;* Luis de Mármol, en la *Historia de Africa*, y sobre todo, Méndez Silva, cronista general de S. M. Católica, en la *Ascendencia ilustre, gloriosos hechos y posteridad noble del famoso Nuño Alfonso, Alcayde de Toledo, Príncipe de su milicia y rico-home de Castilla*, refieren con elogio los meritísimos hechos de tan preclaro varón, calificado de *bellicosissimus* por las viejas memorias de Toledo, y comparado al Cid en la *Historia de los Arabes de España*, de Conde.

X

En cuanto á la verdad del parricidio en que se funda la catástrofe, no pueden existir dudas, después de la comprobación llevada á cabo por el citado Méndez Silva, quien, al relatar el suceso, dice que como «Munio Alfonso se ofendía hasta de los átomos del sol, si llegaban á cosas de su honra, hirió con ímpetu violento á su propia hija, por haberla sorprendido en conversación de amores.» Demuéstrala también la siguiente cláusula del testamento de Munio Alfonso, transcrito en la antedicha obra: *Item: mando que se digan doscientas misas por la desdichada de mi hija Fronilde, que yo maté.*

XI

También consta la autenticidad del Concilio ó Junta de dignidades eclesiásticas—porque acerca del carácter de esta Asamblea, no tengo datos suficientes para calificarla con propiedad, según el tecnicismo canónico—á que se refiere la tragedia. La mencionada obra, *Ascendencia ilustre*, cuenta que reconociendo Munio la injusticia con que obró, quiso hacer penitencia de su pecado yendo en peregrinación á los Santos Lugares, como lo hubiera hecho de no haberse opuesto el Emperador, el Arzobispo de Toledo y otros sabios Prelados, «juntando un Concilio» que determinó, *visto ser el varón más importante que tenía España para defensa de la fe*, se le conmutase aquella pena por la de consagrar su vida á combatir contra los moros.

XII

Véase cómo explica la Avellaneda las causas que determinaron el comienzo de su carrera dramática:

«Fué éste el primero—dice, refiriéndose al drama *Munio Alfonso*—que me aventuré á someter al fallo del público; pero no tuve tal intención al escribirlo, pues sólo me propuse satisfacer un deseo que me asaltó desde que en los archivos de mi familia paterna tuve ocasión de conocer y admirar la severa figura del décimo alcaide de Toledo, que me pareció muy propia para el coturno, probando una vez más, que la edad media—desdeñada por la mayoría de los autores clásicos dramáticos—podía sumistrar argumentos y caractéres no menos dignos de la tragedia que los rebuscados todavía en las historias de los antiguos griegos y romanos.

»Escribí, pues, en menos de ocho días mi incorrecto

ensayo, que conocido poco después casualmente por el gran actor D. Carlos de Latorre, tuvo la buena suerte de agradarle, hasta el punto de instarme repetidas veces para que le permitiera ponerlo en escena en el teatro que por entonces dirigía, y en el que trabajaban la mayor parte de los artistas distinguidos que poseía entonces la capital de España. Cedí al cabo á tan lisonjeras invitaciones, animada por algunos amigos inteligentes, que se atrevían á pronosticarme un éxito extraordinario, como felizmente se realizó sorprendiéndome, y superando con mucho á mi ambición más alta.

»No me desvanecieron, sin embargo, los elogios y aplausos que la prensa y el público dispensaron tan generosamente á mi obra, desmintiendo la vulgar opinión de que la tragedia había caído para no volver á levantarse: comprendí perfectamente, al presenciar sus representaciones primeras, que *Alfonso Munio* adolecía de todos los defectos consiguientes á la inexperiencia de la autora, á la precipitación con que fué concebido y escrito, y á lo poco que había cuidado de las conveniencias escénicas, á causa de no destinarle á la ejecución en el teatro. Resolví, por tanto, desde entonces mismo, refundir mi drama; y lo hubiera hecho en seguida, si compromisos con algunos actores y algunas empresas no me hubiesen obligado á ocuparme de nuevas producciones análogas, que, precipitadamente, fueron apareciendo en la escena, tan incorrectas como la primera, y aun algunas de ellas con pésimo plan y pésima ejecución, porque puedo decir, con verdad, como el *Fénix* de los ingenios,

que en horas veinte y cuatro
pasaron de mi mente hasta el teatro».

XIII

A tal extremo llegaron en este punto los religiosos escrúpulos de la gran trágica cubana, que poco faltó para que decretaran la exclusión de *El Príncipe de Viana,* al coleccionar ella misma sus obras. Por qué fué indultado en la timorata conciencia de la autora nos lo dicen las líneas que, como dedicatoria de esta obra, dirige á Fernán Caballero: «Pero, usted lo leyó; usted tuvo con él tanta bondad, que dispensó elogios calurosos á algunas de sus escenas; usted lo favoreció hasta el punto de dispensarle preferentes simpatías, y desde aquel momento *El Príncipe de Viana* quedó absuelto y salvo».

XIV

No es ocioso transcribir aquí el juicio emitido por el Excmo. Sr. Duque de Frías, cuyo buen nombre literario explica por qué la Avellaneda conservó «como uno de los más favorables fallos pronunciados sobre sus obras por competentes jueces» la carta en que se contiene, y que, en su parte principal, dice á la letra:

«Ya sabrá usted que la ejecución distó mucho de ser buena: sólo las dos damas estuvieron á la altura de sus papeles; pero, á pesar de todo, el triunfo fué completo, por más que no hayan faltado *críticos de pasillos* que declarasen la obra muy inferior en mérito á *Alfonso Munio.* En mi sentir, no es eso verdad, y el día en que tengamos *verdadera crítica, El Príncipe de Viana* será colocado muy alto entre las producciones dramáticas más notables de la época presente.

»Los caracteres en general, y en particular los de los reyes Don Juan y Doña Juana, están magistral-

mente trazados y sostenidos; todas las principales situaciones son buenas, se hallan bien preparadas, y hay escenas dignas de Shakespeare. De la versificación no hablemos, porque siendo de usted dicho se está que es bella, vigorosa y correcta. Lo que sí apuntaré es que ha salpicado usted su drama de pensamientos filosóficos, y hasta de máximas políticas, que sorprenden mucho en boca de una señorita; causando también no poca admiración el profundo estudio que se conoce haber hecho de la época de que trata.

»En fin, doy á usted cordial enhorabuena, porque su *Príncipe de Viana*, digan lo que quieran ciertos Aristarcos, es digno en todos conceptos del autor de *Alfonso Munio*, y ha justificado en la representación cuanto opiné la noche en que nos leyó usted á Gallego y á mí algunos trozos en los borradores de los primeros actos. Seguro estoy de que la otra producción dramática, que la preocupa á usted en estos días, será también nuevo comprobante de que, además de las dotes de gran poeta lírico, posee usted privilegiadamente las de pujantísimo poeta trágico. Si á esto se añade que en *Guatimozin*, *Espatolino* y *La Baronesa de Joux* (con cuya dedicatoria me ha honrado) hemos visto ya muestras indudables de que también tiene usted á su disposición no comunes facultades de novelista, es imposible dejar de asombrarse ante la extensión y la flexibilidad de un talento que, para mayor maravilla, ha colocado la naturaleza en la delicada organización femenina.»

XV

Las brillantes frases de la Avellaneda darán al lector completa idea de la importancia colosal de la tragedia:

«En efecto, Serenísimo Señor (a), la caída del imperio babilónico, señalada por celeste prodigio, fué más que el hundimiento de un trono: fué un gran suceso providencial, de más alta trascendencia que otras revoluciones análogas. Ciro, anunciado por los profetas, era el escogido para romper las cadenas del pueblo de Dios, para levantarle el nuevo templo... aquel templo en que resonó la palabra divina del Mesías. Con Baltasar, y como él—la copa del festín en las manos y la hiel de la impotencia en el alma—se hundió una civilización gastada y corrompida, «que entre las púrpuras de la orgullosa reina del Eúfrates parecía haber soñado en la fusión de las razas por medio de la prostitución; celebrando—según la enérgica expresión de un escritor moderno—con una Pascua de libertinaje su primer pensamiento de unidad.» Cayó aquella civilización, anunciando otra ruina más grande, más profunda, más trascendental: la del mundo antiguo, la de la sociedad idólatra, cuya última hora vibraba ya en los oídos de Daniel al término de las setenta semanas, por entre cuyas sombras columbraba los crepúsculos del día eterno de la verdad.

»La cabeza de oro de la simbólica estatua de Nabucodonosor rodó deshecha á los pies de los soldados de Ciro, dando lugar á un nuevo imperio, que, por nuevo paso providencial del progreso humano, sucumbió á su vez bajo la espada de Alejandro, preparando la unidad del mundo para recibir la luz del Evangelio. El heredero del genio de la Grecia; el que difundió sus ideas, sus ciencias y sus artes con el mismo soplo con que desbarataba los imperios; el que, enlazando los dos continentes, aspiraba con todas las fuerzas de su gigantesco pensamiento á la fusión universal, no encontró, no podía encontrar la ruta del destino; la clave augusta de aquel enigma santo estaba reservada al Rey de paz, al Deseado de las nacio-

(a) En la dedicatoria á D. Alfonso de Borbón, entonces Príncipe de Asturias.

nes. Como Baltasar, Alejandro celebró en la orgía la noche de su gloria, y arrastrando á su sepulcro los heróicos sueños de su genio, dejó en agonía la sociedad sensual y politeista, que tenía ya sucesora y heredera en Roma... ¡en la Roma guerrera y pagana, que abría—sin saberlo—con su espada, por entre las oleadas de los pueblos, ancho camino á la nueva idea, cuyo advenimiento se había anunciado en medio de los escombros de Babilonia idólatra, haciendo estremecer los ámbitos inmensos del Asia panteista!

»Los siglos son instantes en la vida de la humanidad. En pos de la cabeza de oro de la estátua se habían fundido la plata y el bronce... los dos grandes imperios persa y griego; y del mismo modo, Serenísimo Señor, al golpe invisible de la piedrecita desprendida del monte, debía fundirse el hierro sobre los pies de barro del coloso romano. Así, después de cumplirse las setenta semanas de Daniel, lució la luz para los que yacían entre las sombras de la muerte, y la civilización latina cedió el trono del mundo á la civilización cristiana, alumbrando desde el Capitolio con desconocidos resplandores las sombras y las ruinas de lo pasado, y haciéndolas de grande enseñanza para lo por venir. Entonces el mundo nuevo comprendió y explicó el antiguo, y el festín sacrílego de Baltasar surgió á los hijos de la filosofía como una de las páginas más elocuentes de la historía de la humanidad: como el gráfico sello de la agonía de una civilización materialista.

»Bajo este aspecto se presentó á mi vista cuando en un momento de temeridad osé comenzar este drama, intentando encerrar en las estrechas dimensiones de una composición teatral un gran pensamiento filosófico. Confieso, Serenísimo Señor, que no me lisonjea la presuntuosa esperanza de haberlo conseguido, porque siento la debilidad de mis fuerzas; pero he procurado indicar al menos mi idea, haciendo que ningún incidente, ningún personaje, ninguna palabra desdiga del carácter que quise dar á mi obra.

»Elda y Ruben representan en este pequeño cuadro los dos séres más débiles y abyectos de la sociedad antigua: la mujer y el esclavo, rehabilitados sólo por el Cristianismo. En aquellos dos seres encuentra sin embargo el déspota oriental el límite invencible de su poder tiránico. Baltasar, el alma devorada por el hastío de la vida entre todos los goces materiales y todas las pompas de la vanidad mundana; el alma sin Dios, que no se satisface con recibir de la tierra las adoraciones que ella le niega al cielo; el alma soberbia, que se imagina sin semejante entre los hombres, encuentra en la mujer y en el siervo la primera revelación de la dignidad humana y de la pequeñez de las potestades terrestres. El cetro del dios mortal de Babilonia se estrella en la virtud de dos corazones fieles, y en balde les pide el amor y la felicidad, de que se halla desheredado en la cumbre solitaria de su grandeza egoísta. Ciego Baltasar con la impotencia de su primer deseo, venga su desventura de hombre, con su tiranía de déspota; huella la virtud que ha negado en su escepticismo, y reconoce para su castigo. La virtud, negándole la dicha, le deja el remordimiento; comprende en la desesperación de su soledad que existen para el alma goces purísimos, que Dios no rehusa á las más bajas condiciones sociales, pero sí al soberbio que desconoce á sus semejantes en la tierra y á su infalible Juez en el cielo. Siente, en fin, el vacío inmenso de un alma sin fé ni amor, y quiere ahogar en vano entre los vapores de la orgía el grito de aquel dolor profundo, expiación providencial del orgullo.

»Baltasar—representante del despotismo de los reyes paganos, al par que de la corrupción é impotencia de una sociedad caduca—no es, sin embargo, en mi obra un personaje de repugnante odiosidad. He querido pintar en él lo poco que es la más grande alma cuando no la ilumina la fe, ni la fecunda el amor; y en el instante supremo en que se consuma la expiación, un rayo de claridad celeste viene á alum-

brar á aquella alma descreída, arrancando al arrepentimiento el gemido que no desoye nunca la inagotable clemencia. Joaquín extiende sus manos sobre la cabeza del sacrílego moribundo, perdonándole, en nombre del Dios de Abraham, del Dios único, universal... y resonando todavía aquellos ecos de misericordia sobre la tumba del escéptico—que proclama en su último suspiro la justicia de Dios y la dignidad del hombre—se alza el inspirado acento del profeta, anunciando entre las ruinas de la civilización arrollada por el soplo divino, la libertad del pueblo escogido y la reedificación del templo en que será promulgada la nueva ley de gracia, que, rompiendo las cadenas de los pueblos y disipando las sombras de la idolatría, hará santa la potestad y gloriosa la obediencia; la ley regeneradora que hará del esclavo el hermano del monarca, y de la mujer la compañera del hombre; la ley, en fin, Serenísimo Señor, que renovando la faz del mundo y abriendo inmenso campo por el seno de los siglos al progreso de la humanidad ha formado ya tantos reyes cristianos, padres, bienhechores de los pueblos, y entre los que cuenta vuestra Alteza ilustres progenitores.»

XVI

No pudiendo dedicar gran espacio á la copia íntegra de juicios tan respetables como los de los señores Alarcón, Catalina, Valera y Navarro Rodrigo, me limitaré á consignar algunas líneas de cada uno, para que no se tomen por apasionados mis encomios:

«Esta obra se presenta á nuestros ojos majestuosa y descomunal, ataviada con magnificencia, siempre excedente de nuestro modo actual de ser y de sentir, bien avenida con los santos é inmortales libros de que está arrancada, consonando con aquellos imperios que chocaban en las márgenes del Eúfrates.»

....

«Si de estas consideraciones descendemos á las galas poéticas de la obra, señaladas por el público con incesantes vítores y aplausos, nos hallamos perplejos, sin saber qué citar; si los rasgos escépticos del monarca, ó los dulces conceptos de la judía; si los salmos inspirados del profeta, ó las imágenes bíblicas que todos emplean en sus discursos, en las descripciones, en la expresión de sus afectos.»

»Ni ¿qué admirar más en todo esto? ¿Los conceptos ó la versificación? ¿La frase ó el giro? ¿La concepción ó la armonía? Como obra poética—en esto convendrán todos, hasta los más profanos en el arte—*Baltasar* es una joya de insuperable valor.»

»Los salmos con que principia la tragedia están magistralmente traducidos de la Biblia» (a).

....

«Brillan, pues, en el drama de la Sra. Avellaneda profundo conocimiento de la materia sobre que versa, recto y exquisito criterio en la apreciación de los sucesos y de las personas, elevación, pureza y ortodoxia de sentimientos, grande habilidad dramática y profusión de conceptos sublimes y de galas de lenguaje» (b).

....

«En el *Baltasar* hay, en nuestro entender, no sólo aquel acierto dichoso que cautiva la atención del vulgo, y le conmueve ó distrae; no sólo aquellos primores y delicadezas que proceden de la completa inteligencia del arte, de la práctica y buen tino con que el arte se ejerce, y del magistral conocimiento y dominio del idioma, sino que hay también elevada y legítima hermosura, en cuya creación y manifestación no caben ya procedimientos ni reglas» (c).

(a) Artículo publicado en *La Discusión* el 11 de Abril de 1858, por el Sr. Alarcón.

(b) Crítica publicada en *El Estado* el 10 de Abril de 1858, por D. Severo Catalina.

(c) *Observaciones sobre el drama titulado Baltasar*, por D. Juan Valera.

....

«Este es el drama de la señora Avellaneda, pálida y toscamente presentado en sus principales situaciones y en sus más culminantes detalles. Si no le ven, si no le oyen, es imposible que nuestros lectores puedan formarse idea del vastísimo cuadro que les describimos. *Baltasar* es una creación soberbia, un verdadero acontecimiento literario; es una luz que ilumina las sombras del mundo oriental; es un contraste admirable de dos civilizaciones, de dos pueblos que llenan el mundo.»

....

«Completemos nuestra revista diciendo que la obra ha sido presentada al público con un lujo, con una propiedad, con una magnificencia—lo mismo en lo principal que en lo accesorio—que no vacilamos en confesar no haber visto nada igual en Madrid hasta ahora. El teatro de la plazuela de la Cebada ha eclipsado por esta vez al aristocrático coliseo de la plaza de Oriente.

¡Ah! nos decíamos la última noche al salir del teatro; si fuera posible que el *Baltasar* se hiciera por actores á la altura todos del Sr. Valero, se vería la distancia que hay de esta tragedia bíblica á la *Judith*, que tanto nos hizo aplaudir la Ristori en el teatro de Jovellanos (a).»

XVII

D. Juan Valera, en sus citadas *Observaciones*.

XVIII

En la necrología publicada por el galano escritor D. Teodoro Guerrero, en la *Ilustración Española y*

(a) Artículo publicado en *La Epoca* del 12 de Abril de 1858, por el Sr. Navarro Rodrigo.

Americana, sólo se cita, como concurrentes al entierro de la Avellaneda, á los Sres. D Joaquín Cervino, D. Juan Valera, D. Carlos Frontaura, D. Luis Vidart y D. José Ramón Betancourt, únicos representantes de las letras, en unión del articulista, que presidieron el sepelio.

XIX

En la crítica que, firmada por el Sr. Romero Ortiz, publicó el periódico *La Nación*, léense, además, estas palabras que dan clara idea de la superioridad de *La Aventurera:*

«Ahora sólo resta añadir que sería una injusticia aplicar á *La Aventurera* española lo que de las traducciones en general dijo Cervantes, cuando las comparó con un tapiz flamenco mirado por el revés. Sucede, por el contrario, que en el cuadro de la señora Avellaneda es donde se descubren los rasgos más correctos, los perfiles más delicados y las medias tintas más suaves; mientras que en el del autor de la *Gabrielle* y de la *Cigüe* es donde se notan los hilos que alteran las formas, los nudos que endurecen los contornos, y las hebras que confunden los colores. Aquél es el derecho, y éste el revés. En el primero se destacan las figuras veladas con un casto ropaje: en el segundo se las ve casi enteramente desnudas, como en la *Dama de las camelias.*»

XX

Sin duda estos ridículos desplantes de algunos críticos pretenciosos, fué lo que inspiró á la Avellaneda la finísima sátira inserta en el tomo primero de la colección de sus obras, y que es una prueba de las felices disposiciones que para el género poseía.

Los lectores apreciarán su mérito, y de seguro ha-

brán de lamentar conmigo que la Avellaneda no haya consagrado algunas otras poesías al cultivo de esta clase de literatura:

A un amigo

Encargado por la Dirección de un periódico de la crítica de una comedia.

Sátira.

¡Cómo! ¿Tan gran perturbación te asedia,
Porque te ordenan—con rigor y prisa—
Juicio crítico hacer, de una comedia?

¡Por Dios, que al ver á tu ánima indecisa
En trance tal (perdona si te enfado),
Cualquiera puede reventar de risa.

¿Imaginas tal vez, pecho cuitado,
Que para censurar una obra de arte
Has menester de un gusto delicado?

¿Que talento tampoco ha de faltarte,
Ni juicio, ni instrucción, ni orden que guíe
A ver y á examinar parte por parte?

Juro, si piensas tal, que me desvíe
Para siempre de tí, como de un zote,
Por más que tierna tu amistad porfíe.

¿Hay, por ventura, estulto monigote,
Ignorante rapáz, coplero oscuro,
Que por cosa tan nimia se alborote?

¿Hay quien no sepa dar un golpe duro
Aun á la misma virginal Talía,
Con fuerte brazo y corazón seguro?

Si no lo emprendes tú, por vida mía,
Que no sin cascabel quedará el gato,
Y su pena tendrá tu cobardía;

Pues no has de ver expuesto tu retrato
En baratillos mil, ni en gacetillas
Te han de llamar *ilustre literato.*

Para crear de ingenio maravillas
Desvélense *Gallegos y Quintanas,*
y *Hartzenbusches,* y *Vegas* y *Zorrillas.*

Tú—sin recurso de las nueve hermanas—
Si esa tu indigna timidez sacudes,
Nombre á la par de sus ingenios ganas.

Y trabaje *Bretón,* que—sin que sudes
Para agradar, con su feliz constancia—
Que te has de ver más popular, no dudes.

¡Eh! ¡Dispón el papel! Poco, en sustancia,
Te conviene decir; moja la pluma,
Y comienza á escribir con arrogancia.

«*Juicio crítico.*» ¡Bien! ¡Como la espuma
Tu gloria va á crecer!—Mas ¿qué diremos?
—Para empezar y terminar, en suma

Basta elegir entre los dos extremos,
Y exclamar:—«La comedia es un dislate!»
O—«hay en ella doquier rasgos supremos!»

Lo primero es mejor: loar á un vate
Que adquiere gloria ó acumula plata,
Es, yo lo afirmo, insigne disparate.

Otra cosa ha de ser cuando se trata
De inofensivo autor ó gente nuestra...
¿Quién á los suyos con rigor maltrata?

Mas para caso tal, nula es tu diestra,
La juzga bien el que escribió la obra,
Y sus mismos elogios das por muestra.

Mas miro que renace tu zozobra:
¿Qué mosca te picó? Dilo y escribe,
Que para meditar tiempo te sobra.

—Quiero saber si el *juicio* se suscribe.
—¿El *juicio* suscribir?... Loco te creo:
—¿Quién duda igual sin delirar concibe?

Muy ignorante estás, por lo que veo.
De la crítica que hay en nuestra España,
O es que naciste para ser pigmeo.

No se firma jamás cuando con saña
Se le zurra á un autor, que capaz fuera
De contestar con fabuleja extraña.

¿Zapatero?...—¡Cabal! Mas la parlera
Fama divulga el recatado nombre,
Por la voz de una turba vocinglera.

Esa turba es de amigos: no te asombre:
Ellos dirán:—«La crítica es sublime:
La hizo Fulano.» Y cátate grande hombre.

¿Qué te habrá de importar que desestime
Tu censura el autor: que docta gente
Exclame con dolor—y esto se imprime?

Tú no por eso abatirás la frente,
Y el vulgo, que verá tu aire triunfante.
Acatará tu fallo reverente.

—Mas la habré de fundar—¡Calla, ignorante!
¿A qué viene pensar en fundamento
Si tu edificio debe ser *flotante*?

¡Es mala la comedia! Aquí está el cuento.
Es mala, y basta... porque yo lo digo;
¡Estilo pobre... pésimo argumento!

—Mas como del aplauso fuí testigo,
¿He de afirmar que el público se engaña?
¿Del voto general me haré enemigo?

—No; pero puedes deslizar con maña
Que llenaba el local una pandilla
De amigos del autor; ó que en España

El mostrarse cortés no es maravilla.
Y que á esta condición—tan oportuna—
Alto triunfo debió mísera obrilla.

Puedes decir también que allá en su cuna
Tuvo el autor benéfica influencia
De alguna estrella ó de la misma luna:

Mas que, en medio de todo, es por esencia
Un zopenco, un estúpido, un ilota,
Que sólo alcanza de agradar la ciencia.

¡No es poco, por mi vida! Pero nota
Que sólo comenzado el juicio tengo.
—Pues no habrás de añadir ni aún una jota.

Bueno está como está; yo lo sostengo:
No hay para qué meternos en hondura:
Lo esencial dicho está, y á ello me atengo.

Eso de analizar empresa es dura,
Y nadie tan sin miedo criticara
Si exigiese razones la censura.

Si saber demandase, cosa es clara
Que tanto parlanchin folletinista
Temblara al comenzar de pies á cara.

Mas por milagro un díario se conquista
La pluma de algún crítico discreto,
Y siempre encuentra á la ignorancia lista.

Ella le saca del perenne aprieto,
Y ora mime al autor, ora le zurre,
Nunca el arte infeliz halla respeto.

Si sesudo lector rabia ó se aburre
Del necio elogio ó torpe vituperio,
Otro por diversión á ellos recurre.

Y ni estólidos faltan, que al criterio
Del intruso censor la frente inclinen,
Por ejercer de su eco el ministerio.

Corre, pues, ¡vive Dios! no te acoquinen
Los descontentos que doquier pululan,
Más los necios serán que te apadrinen.

Adula ó pega á tu placer: circulan,
Buenos ó malos, los escritos todos
Que en las activas prensas se acumulan.

Nuestra patria feliz, por varios modos
Protege á los audaces, y aún levanta
A muchos ¡ay! que estaban entre lodos.

Así nuestra cultura se adelanta,
Y á fe que los quejosos escritores
Se divierten también en gresca tanta;

Pues ya entusiasmo encuentren, ya rigores,
Del *oso bailarín* hacen recuerdo,
Y al escuchar dicterios ó loores,
Saben si es *mono* el que los dice, ó *cerdo*.

XXI

Con tanta donosura propina la Avellaneda el palmetazo, que no resisto á la tentación de transcribir sus frases:

«Lo peor, y más singular del caso, es que me hallo cogida en esa ridícula falta—que hace asomar la risa á los labios del sabio crítico, según el mismo revela—por habérsele ocurrido á un satírico del mencionado siglo XVII el inexplicable capricho de escribir en esa *lengua babilónica*, no entendida por sus contemporáneos; cayendo yo ahora en la inocentada de *copiar sus versos*, por creer-en mi ignorancia—que pintaban abusos de entonces y desaciertos de entonces; pues, desgraciadamente, muchos de los males crónicos que aquejan á nuestro país son harto añejos, y no *lindezas desconocidas* hasta el presente.»

XXII

Firma que se encubría bajo el pseudónimo de *Pipi*.

XXIII

«En cuanto á carecer de pensamiento esta obra—escribe la Avellaneda,—sólo diré que al escribirla pensaba yo algo, verbi gracia:—«Valenzuela, hombre de ingenio, poeta activo, ambicioso de gloria, hubiera podido ser de provecho y de honra para su patria, si no se le hubiese arrancado de su esfera natural de acción para convertirle en mal ministro: si la miseria y el abandono en que se arrastra en España la literatura, no le hubiesen obligado á renegar de su vocación, buscando por la intriga y el favor lo que no podía alcanzar por el mérito.»

»Así, esa absurda antigua costumbre nuestra, de

reputar dignos premios para los talentos literarios. los empleos públicos -aun siendo muy ajenos á la índole de aquéllos—no sólo ha esterilizado y esteriliza cada día inteligencias fecundas, sino además — lo que aún es peor—carga al Estado de funcionarios inútiles ó malos; porque los genios universales son rarísimos, y—no hay remedio—la ambición que no halla natural y digno camino para remontarse, toma el que le abren imprudentemente por regiones desconocidas y derroteros peligrosos. Yo se lo hago decir á Valenzuela en estos versos:

No soy genio universal:
Abranme campo en mi esfera,
Y útil seré, seré grande
Quizá; pero no me tuerzan
El camino á que me llama
La divina Providencia,
Pues no sé, lanzado en otro,
Si útil ó dañoso fuera.

»Luego, cuando en la cúspide de la fortuna vuelve con ternura sus miradas á su triste pasado de poeta —pensando en lo que hubiera podido ser conservándose fiel á su vocación—y se pregunta á sí mismo lo que será en su nuevo destino, la respuesta no le parece dudosa: será, su conciencia lo dice, como la historia: —

Uno de tantos validos.»

XXIV

El Sr. Navarro Rodrigo, cuyas son las frases citadas, dice, hablando de esta obra: «Como la Sra. Avellaneda tiene ya un nombre demasiado ilustre en nuestra literatura, sólo le faltaba, por decirlo así, la sanción de la envidia, y aunque no creemos literal-

mente aquella máxima que dice que el mérito de un literato se mide por el número de sus enemigos, no por eso dejamos de confesar que la inspirada poetisa es un árbol demasiado frondoso en el campo de nuestras letras para que los parásitos no quieran alimentarse con su savia; demasiado cargado de frutos de oro, para que los envidiosos no le arrojen piedras con el fin de despojarle de algunos.»

»Esto sólo puede explicar que quien ha asociado su nombre á tantas obras bellísimas de arte; que ha obtenido triunfos tan repetidos en el variado campo de la poesía, de la novela y del teatro; que quien es una señora—por añadidura—y lleva un nombre que nosotros respetamos, y que envidian hombres de más talento que nosotros, recibiera recientemente en el teatro del Circo la prueba etc. Primera y acaso en el porvenir única protesta que ha recibido públicamente en nuestro suelo la proverbial galantería española.»

XXV

Escribió, además, las siguientes obras dramáticas: *Egilona*, *La Sonámbula*, *Errores del corazón* y *El donativo del diablo*, ninguna de las cuales he podido conocer porque la autora, juzgándolas «absolutamente indignas del trabajo de la corrección», no quiso incluirlas en la colección de 1869, deseando «queden sepultadas en el profundo olvido que merecen.»

Respecto de la primera dice, en una nota puesta en el prólogo de *Saul:* «El drama *Egilona*—escrito en tres días y cuando era víctima de una afección nerviosa que debilitaba mi cerebro—no se halla en esta colección por juzgarlo indigno del trabajo de una reforma, á pesar de la indulgencia con que lo acogió el público al representarse el año 1845.»

Falta saber ahora si fué justa la exclusión y merecida la dureza con que la Avellaneda juzgó estas obras.

XXVI

«..... como poetisa lírica no admite comparación ni halla competencia ni en España ni en otros paises. Como poetisa lírica, no tiene ni tuvo nunca rival en España, y sería menester, fuera de España, retroceder hasta la edad más gloriosa de Grecia, para hallarle rivales en Safo y en Corina, si no brillase en Italia, en la primera mitad del siglo XVI, la bella y enamorada Victoria Colonna, marquesa de Pescara» (a).

El sabio literato Sr. Menéndez Pelayo hace suya la opinión que antecede, y añade: «..... aun sus composiciones menos espontáneas é inspiradas suelen ser dechado de limpia y castiza locución poética, tan entonada y robusta como la de Quintana, y poco distante de la intachable correción de Gallego, que eran los poetas á quienes principalmente había tomado por modelo en sus composiciones de aparato, pues en las personales é íntimas, ya de amor, ya de venganza, ya de devoción, no puede decirse que imitara á nadie, y es tan grande como cualquiera» (b).

XXVII

«Nosotros extenderemos á más nuestras alabanzas; nosotros tampoco vacilamos en asegurar que la preciosa colección á que nos referimos, puede sostener ventajosamente el parangón con las colecciones de mayor mérito que han dado á luz en este último período los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imaginación, en talento, en genio. Ninguno, en la grandeza, elevación y originalidad de los pensamientos; ninguno en la robustez y valentía de la expresión; ninguno, en la facilidad, pureza y armonía del

(a) *Disertaciones y juicios literarios*, tomo II, pág. 111.
(b) *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo II, pág. XLV.

lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez y propiedad de las imágenes: ninguno, en la espontaneidad de la inspiración; muy pocos y contados, en la filosofía y profundidad de sus conceptos, en la extensión y trascendencia de sus ideas» (a).

XXVIII

«..... nadie, sin hacerla agravio, podrá negar á la señora de Avellaneda la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos» (b).

XXIX

«Si la señora Avellaneda no hubiese escrito más que novelas, éstas serían citadas con merecidísimos elogios; perjudican á su reputación de novelista los superiores méritos de sus obras dramáticas y de sus poesías líricas» (c).

(a) Artículo publicado en *El Conservador*, el 23 de Enero de 1842.
(b) Prólogo de las Poesías líricas de la Avellaneda.
(c) D. Luis Vidart.





ÍNDICE



FÉ DE ERRATAS

Pág.	Línea	DICE	DEBE DECIR
15	12 y 18	en la política y en las artes	en la política ó en las artes
36	5	dulcísimo	dulcísono
48	11	desobedientes, incorregibles	desobedientes incorregibles
82	13 y 14	expectáculo	espectáculo
94	17	autora;	autora,
96	25	de Irán	del Irán
99	14	la civilización, que muere,	la civilización que muere,
105	16	Dame	¡Dame
»	18	Algo...	¡Algo...
109	9	resplandores	esplendores
111	3	seriedad	serenidad
123	16	de voz	de mi voz
124	8	crecer	creer
147	18	contribuye	contribuyen
154	11	un ser	su ser
170	17	en el fausto boato	en el fausto y en el boato
175	20	impide	impele
224	20	aprecie,	aprecien,
237	17	De perlas y coronas	De perlas y corales
241	30	en la pesca	y su pesca
»	31	grecas	gresca



Obras del autor.

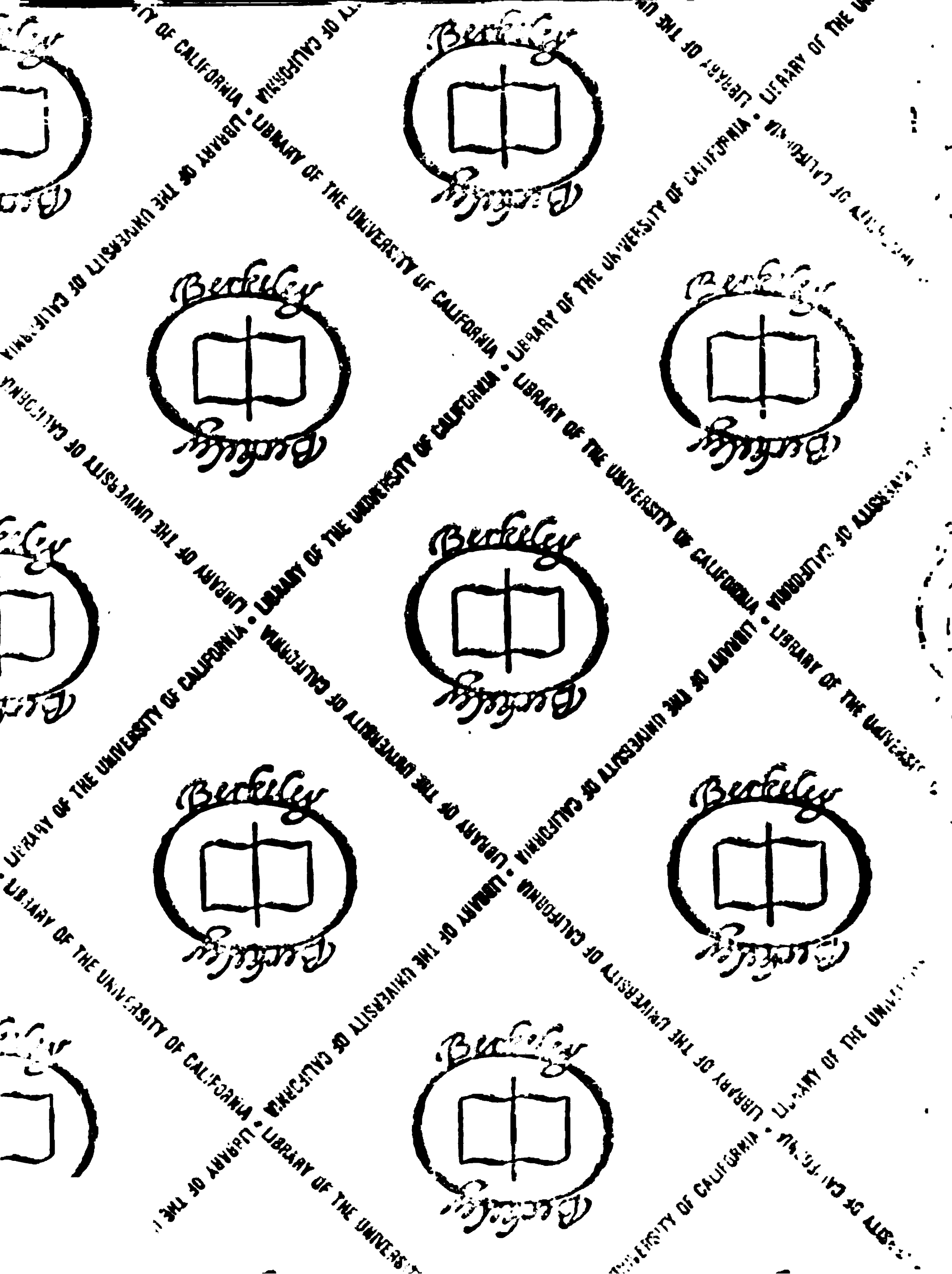
Estudio de las causas que determinan, modifican y extinguen la capacidad civil.—Premiada con medalla de oro por el Círculo de Abogados de la Habana.—Un volumen de 472 páginas en 4.°, 7 pesetas.

Origen, desarrollo y decadencia de la tragedia griega, folleto, una peseta.

La constitución política de Aragón.—Discurso inaugural pronunciado en la Academia jurídico-literaria aragonesa, folleto, una peseta.

EN PREPARACIÓN:

El régimen autonómico.


Berkeley
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA




Berkeley